

Con cariño, Maddie

María Moreno



CON CARIÑO, MADDIE

MARÍA MORENO

Con cariño, Maddie, de María Moreno

1ª Edición –, 2017

© María Moreno

© Dolce Selection

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

All rights reserved.

Esto es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.



ÍNDICE

Andrew y Maddie.

Álvaro y Sasha.

Con cariño, Maddie.

Alguien con quien contar.

El hotel de los corazones rotos.

Lo que el corazón no quiere ver.

La mujer que fui.

¡Vacaciones!

Blanca Navidad

Consecuencias.

La indecisión está tomada.

Cumpleaños feliz.

Cuestión de confianza.

De tal palo, tal astilla.

Diana.

Lo que es amor y lo que no.

¿Por dónde íbamos?

Andrew y Maddie.

La fachada del edificio era un poco diferente al resto de las que abundaban en la zona, más de tipo mediterráneo, pintada de blanco y con balcones de forja negra, y lo mejor de todo es que estaba flanqueada por un restaurante persa a la izquierda y un italiano a la derecha. *Siempre es bueno vivir cerca de donde puedes tomarte una buena copa de vino*, pensó mientras colocaba la llave en la cerradura, algo antigua, la verdad, y un poco grande, lo que le facilitaría enormemente encontrarla en el fondo de aquel infierno que llamaba bolso, donde parecía existir un agujero negro que se tragaba casi todo lo que metía dentro. Una vez en el interior del edificio comenzó a subir las escaleras cubiertas por moqueta no sin antes fijarse en el enorme espejo que cubría la pared justo enfrente de los buzones. *Así tendré donde darme un último repaso antes de salir a la calle*, se dijo sonriendo al reflejo de su imagen. Su ascensión hasta la tercera planta fue la peor parte de lo que había visto hasta ahora, pues no había ascensor. *No importa, mejor, así haré algo de ejercicio cada vez que entre y salga del bloque*. Hasta ahora su nueva vivienda estaba recibiendo un seis o siete en su escala de uno a diez de valoración de las cosas. Estaba en una calle céntrica justo frente a una de las entradas de Hyde Park, rodeada de restaurantes, cafeterías, tiendas de souvenirs y hasta con un pequeño centro comercial y un Boots un poco más abajo, por lo poco que había podido ver. Personas de todas las edades, etnias y ocupaciones paseaban arriba y abajo y llenaban los negocios. Vida, en definitiva. Y la estrella de todo aquello, o mejor, las estrellas: dos enormes estaciones de metro, Queensway y Bayswater, una en el extremo superior y otra en el inferior de la amplia calle. La segunda recibía el nombre por el distrito londinense en el que el barrio estaba situado que la comunicaban con toda la ciudad en cuestión de minutos. Esta vez Andrew se había lucido, no había duda. *Queensway, creo que vamos a estar juntos mucho tiempo*.

El estrecho rellano al que finalmente había logrado llegar casi sin respiración constaba de dos puertas. La suya era la A. Metió la llave en la cerradura, esta vez una normal, afortunadamente, y descubrió que no se abría. Un nuevo intento, unos zarandeos, unos empujones. *¡Fantástico! Ahora tampoco puedo sacarla*. Un chasquido detrás de ella la advirtió de que alguien había abierto la puerta de enfrente y se dio la vuelta.

Un chico de algo más de treinta años, con el pelo hecho un desastre y que a juzgar por eso debía haber acabado de levantarse, llevando el pijama de Spiderman más hortera que ella había visto en su vida, asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Has venido a robar? – preguntó en inglés con un fuerte acento ruso o algo parecido y con los ojos medio cerrados.

—¡Nooo! Vivo aquí.

—Ahí no vive nadie – contestó el chico bostezando y rascándose la coronilla.

—Sí, yo. Acabo de mudarme y no puedo abrir la puerta.

—¡Ah, vale! ¡Suerte! – dijo volviendo a meterse en el apartamento y cerrando la puerta.

Si este elemento que parecía haber sido sacado borracho de un after era su nuevo vecino, ya había encontrado la primera piedra en el camino. ¿Quién demonios lleva un pijama de Spiderman a esa edad? ¿Y cómo se puede ser tan maleducado de no ayudarla a abrir la puerta?

—Gracias por la ayuda – dijo ella con la esperanza de que pudiera oírla.

Volvió a su forcejeo con la puerta y por fin escuchó el glorioso chasquido que anunciaba que había conseguido abrirla. Andrew le había dicho que vendría a la hora del almuerzo con las maletas, así que lo mejor que podía hacer era echar un vistazo mientras tanto.

Al abrir la puerta lo primero con lo que se encontró fue con el cuarto de baño, sencillo pero amplio y bien equipado, aunque quedaría mucho mejor cuando el blanco absoluto de sanitarios, pared y suelo, se viera adornado con unas cuantas cosas como velas, alguna planta y sus tarros de sales de baño perfumadas. A la derecha, la cocina. No es que fuera muy grande, pero estaba muy bien equipada con una lavadora—secadora a la que aplaudió en cuanto descubrió. *Con lo que llueve en Londres, tú eres lo mejor que hay aquí.* Incluso había sitio para una pequeña mesa con cuatro sillas. Se acercó a la ventana y observó los edificios cuyos patios traseros daban con el suyo. Una imagen tan típica de

esta ciudad como la del Big Ben. Luego salió de la cocina y fue a echar un vistazo al otro lado del pasillo donde un pequeño salón con un sofá, un sillón, y una mesa de café fueron lo primero que vio, y detrás una mesa y unas cuantas sillas. Algo desangelado, pero había que tener en cuenta que el piso no había estado ocupado en un tiempo. Un arco daba paso a un bonito dormitorio con lo básico, la cama, las mesillas de noche y el armario. Una preciosa ventana como cabecero de la cama que daba a la calle principal la hizo aplaudir. No le gustaba dormir en total oscuridad y por aquella ventana debía entrar la luz de las farolas y los negocios de la calle, lo que la tranquilizó enormemente.

Se sentó un momento en la cama pensando que lo mejor que podría hacer mientras su novio venía con el resto de sus cosas, sería bajar a la calle, ahora que había dejado de llover, y hacer un poco de compra. Darle a esa casa un aspecto familiar no sería difícil con los objetos adecuados. Pero antes se echaría un rato en la desnuda cama para hacerse una idea de la decoración. Cerró los ojos y sintió cómo se relajaba. Casi un absoluto silencio la rodeaba cuando un alarido masculino la hizo levantarse de un salto. Sonó como si alguien hubiera sido atacado justo en el piso de enfrente y la extraña imagen del tío con el pijama de Spiderman vino a su mente. *Seguro que es un psicópata*, pensó. Se levantó y se acercó a la puerta donde pegó la oreja. En el otro apartamento un hombre soltaba todas las maldiciones en inglés que ella conocía. Parecía muy enfadado, y se oía también otra voz más suave que intentaba calmarlo al tiempo que de vez en cuando soltaba una carcajada. Le pareció que esa era la voz del tío extraño que había visto en el rellano. Ya no se oía nada más. Maddie cogió de nuevo su bolso de la cocina y salió del piso dispuesta a bajar al Tesco que había visto junto a la estación del metro a hacerse con unas cuantas cosas.

A la vuelta saludó con la mano a Andrew, que estaba asomado a la ventana del apartamento. Había tardado menos de lo que ella había imaginado. Mejor, así tendría más tiempo para colocar las cosas e instalarse. Para cuando llegara la noche seguro que el piso tenía un aspecto mucho más acogedor.

Cuando Andrew abrió, lo primero que hicieron fue besarse como si no se hubieran visto en mucho tiempo. Estaban muy felices de haberse decidido por fin a vivir juntos y convencidos de que era lo mejor para los dos. No había sido una decisión fácil, sobre todo para él, que había conocido a Maddie cuando aún mantenía una relación con otra mujer. Mientras llevaban dentro las bolsas con la

compra, un joven salió del apartamento de enfrente. Un chico de pelo castaño oscuro y enormes ojos verdes que no pasaron desapercibidos cuando los clavó en la pareja que lo miraba fijamente desde el otro lado del pasillo. Andrew inmediatamente lo saludó, a lo que el joven contestó con un simple movimiento de cabeza y una leve sonrisa. Llevaba varias fundas de plástico redondas debajo de los brazos y en las manos lo que le dificultó enormemente abrir la puerta del rellano. Finalmente lo consiguió y salió de allí mientras ellos llevaban dentro la última bolsa y cerraban la puerta tras de sí. *Este no es el del pijama de Spiderman* – pensó Maddie sin darle mayor importancia. Era mucho más guapo. Al parecer sus nuevos vecinos eran una pareja de gays.

—¿Estás seguro de que hemos hecho bien? – preguntó a Andrew mientras colocaban la compra en los armarios y el frigorífico.

—¿No te parece un poco tarde para esa pregunta, nena? – contestó él tomándola por la cintura y besándola apasionadamente.

—Bueno, no puedo evitar sentirme culpable... — comenzó a decir y él volvió a besarla para que no siguiera hablando.

—Maddie...ya hemos hablado de esto muchas veces. Mi relación con Sarah hacía meses que no funcionaba. Cuando tú apareciste en mi vida fuiste el soplo de aire fresco que necesitaba para tener el valor de marcharme. Por favor, no hablemos de eso, hoy no. Hoy comienza nuestra andadura juntos por la vida. Vamos a disfrutar de nuestro nuevo comienzo.

Para cuando volvió a besarla ella ya no estaba pensando en nada. Se había perdido en sus inmensos ojos grises y cuando eso sucedía perdía la facultad de pensar, de hablar y casi hasta de respirar. Se besaron larga y dulcemente antes de volver a lo que les ocupaba.

—Vamos a adecentar esto un poco. – le dijo él mientras la soltaba.

La primera noche en su nuevo hogar fue un poco extraña. Ninguno de los dos se encontró lo bastante cómodo allí como para actuar como cualquier otro día y acabaron durmiendo espalda con espalda sobre su nueva cama antes de lo que esperaban. Eso sí, esto ya se estaba pareciendo a un hogar gracias a la ropa de cama y otros enseres y adornos que habían distribuido estratégicamente por la

casa.

Cuando abrió los ojos por la mañana, Andrew ya se había marchado a su trabajo como jefe de recursos humanos de una multinacional. Era un gran psicólogo y eso le había servido para llegar muy alto en muy poco tiempo. Maddie se estiró y bostezó antes de levantarse para ir a la cocina a prepararse su café matutino y el sonido de alguien hablando en español más alto de lo que ella consideraba normal, la hizo detenerse a escuchar. Quienquiera que fuera estaba muy enfadado con alguien, de eso no había duda, y las voces parecían provenir del apartamento de enfrente. Eran dos voces masculinas, así que la cosa cada vez cuadraba más. Se sentó en la cocina mientras salía el café y en el repentino silencio que se había creado le pareció escuchar el sonido del agua corriendo por alguna tubería con demasiada fuerza. Parecía venir del cuarto de baño. Se levantó y vio cómo el agua empezaba a salir por la rendija de debajo de la puerta.

—¡Mierda, mierda! – exclamó abriendo inmediatamente la puerta y agachándose delante de la llave de paso. Apretó y apretó y en lugar de cortar el fino hilo que hasta ahora se estaba derramando, la llave se rompió dando paso a un chorro enorme que ella intentaba tapar con una toalla de baño. Empapada y nerviosa, salió al rellano y llamó a la puerta de enfrente con toda la fuerza que pudo.

—¡Ya va! – dijo alguien desde dentro con tono de pocos amigos.

Quien abrió fue el gay guapo, tal y como ella lo había bautizado en su cabeza. Y es que era guapísimo. Tenía los ojos de un color verde profundo, el pelo castaño oscuro y unos labios... *¡Madre mía, lo que se va a perder el mundo femenino!* Si no hubiera estado tan agobiada por el agua que se derramaba en su cuarto de baño le hubiera gustado hablar algo con él, al menos disculparse por molestarlo, sin embargo, lo agarró de la mano y lo llevó dentro de su piso para enseñarle lo que estaba sucediendo. El joven volvió rápidamente a su apartamento y cogió una caja de herramientas que empezó a usar para cortar el chorro del agua, algo que consiguió relativamente pronto, aunque sin poder evitar mojarse. Maddie suspiró y soltó en un español perfecto y aliviado:

—¡Menos mal! ¡Menos mal! ¡Gracias! – dijo mirándolo y observando que se había empapado la camiseta y parte del pantalón.

Él contestó en español también y bastante más relajado:

—De nada. Si me necesitas ya sabes dónde estoy.

Y se pasó los dedos por el pelo mojado luciendo una preciosa y blanca dentadura al sonreír. Maddie sonrió también antes de preguntar.

—¿En serio? ¿Eres español?

—Sí. De Madrid nada menos. — contestó él orgulloso. — ¿Y tú?

—De muy cerquita de allí, de Ciudad Real.

El chico se levantó del suelo y se pasó las manos por la ropa como si quisiera sacudir el exceso de agua. *Es bastante más alto de lo que recuerdo*, pensó Maddie, *y no veas cómo se curran esos cuerpos*.

Él le tendió la mano:

—Álvaro — dijo mientras ella la estrechaba.

—Maddie — contestó ella sonriendo.

—¿Maddie? ¿De Ciudad Real? —preguntó con ironía.

La joven se echó a reír.

—En realidad me llamo Marga, pero no sé por qué todo el mundo aquí empezó a llamarme Maddie, y ya ves... — dijo encogiéndose de hombros.

El joven empezó a guardar las herramientas que había utilizado para arreglar la llave rota y salió del baño dispuesto a volver a su casa.

—No, por favor — dijo ella indicándole que entrara en la cocina — Lo menos que puedo hacer es invitarte a un café.

—Vaya, gracias — contestó él — Pero no es necesario, de verdad.

—Ya lo sé.

El joven se colocó de espaldas a la encimera de la cocina mientras daba un

sorbo al café recién hecho.

—Mmmmm... está buenísimo.

—¿Puedo preguntarte algo? – dijo ella en tono misterioso.

—Sólo si estás dispuesta a que te pregunte algo yo a ti.

Por un momento Maddie pensó que el chico estaba flirteando con ella. Su sonrisa pícaro y su mirada infantil apoyaban su teoría. Pero sentía demasiada curiosidad como para dejar escapar la ocasión y él tenía demasiado aspecto de “chico de al lado”.

—Tú y el otro chico sois pareja, ¿verdad?

Un chorro de café salió despedido de la boca de Álvaro entre risas y disculpas.

—Lo siento, lo siento – dijo mientras pasaba el trapo por encima de la mesa. — ¿Pareja? ¡Qué dices! – exclamó divertido – Es mi compañero de piso.

—Es un poco peculiar, ¿no? – preguntó ella curiosa.

—Eso es quedarse muy corto, créeme. ¿Por qué lo dices?

—Bueno, me abrió con un extraño pijama de Spiderman...y en lugar de ayudarme a abrir la puerta me dejó colgada y volvió dentro.

—Sí, señora, ese es Sasha. – dijo él divertido – Y su pijama de los jueves.

—¿Sasha?

—Sí, es ruso, aunque lleva aquí ya unos cuantos años.

Ella recordó su acento y ahora todo cuadraba perfectamente.

—¿Y cómo lleváis la convivencia?

—Si te digo la verdad, contestar a eso requeriría mucho más que compartir una taza de café.

Maddie no quiso preguntar nada más. Aún no tenía la confianza suficiente como para preguntarle por los gritos que había oído.

—En fin – dijo Álvaro colocando la taza en la mesa – Muchas gracias por el café. La próxima vez en mi casa, ¿vale?

Ella sonrió y asintió acompañándolo a la puerta.

—Andrew y yo sí somos pareja – dijo mientras Álvaro abría la puerta de su piso.

El chico se giró y sonrió haciéndola sentirse la más estúpida de las mujeres de esta ciudad ahora mismo. ¿Por qué había dicho eso? ¿A quién le importaba si Andrew y ella eran pareja o no? ¡Él no lo había preguntado! ¿Qué le había empujado a creer que tenía que soltar esa información? Mirando su espalda ancha acentuada por la camiseta mojada, suspiró.

—Es bueno saberlo – dijo él girándose y guiñándole un ojo.

Álvaro y Sasha.

Aquella noche, Álvaro se había ido a dormir más tarde de lo habitual. Estaba cansado, había tenido que acabar varias ilustraciones para revistas y libros que tenía pendientes desde hacía tiempo y en este mundillo, si no trabajas, no comes. Ser dibujante freelance no era lo que siempre había querido hacer, pero después de que la empresa en la que trabajaba fuera a la quiebra, no le había quedado más remedio que echarle imaginación a la vida y salir adelante con lo que mejor sabía hacer: dibujar.

Se metió en la cama y agradeció enormemente el calor de las sábanas de franela sobre su piel. No tardó ni cinco minutos en quedarse dormido profundamente. Estaba agotado. Al cabo de un rato, ya bastante entrada la madrugada, y mientras su habitación apenas estaba iluminada por las escasas luces que quedaban encendidas en la calle, una mano lo buscó en el edredón. Le dio varios toques en el hombro desnudo mientras un haz de luz le enfocaba directamente la cara. Álvaro abrió lentamente los ojos y soltó un alarido antes de tirarse de la cama por el otro lado. Un rostro monstruoso y ensangrentado lo miraba de frente, con enormes colmillos afilados asomando por entre los labios y terribles ojos rojos. Lo siguiente que escuchó fue una estruendosa carcajada y por fin se atrevió a encender la luz.

—¡¡Me cago en la puta!! ¿Pero tú qué quieres, matarme? – gritó mientras cruzaba la cama de un salto y le daba una patada en el culo a su compañero de piso, Sasha, que se revolcaba en el suelo muerto de risa mientras murmuraba cosas en su idioma.

—¡¡Menuda cara!!! ¡¡Eres una mina de oro!! – dijo por fin en inglés intentando parar de reír. – Lo siento, lo siento...— decía poniéndose en pie sin poder parar de reír. – Es que no tengo material.

—¡Como publiques eso en YouTube eres hombre muerto, ¿me has oído? – gritó enfadado. Son las cuatro de la mañana. Uno de los dos tiene que madrugar, así que lárgate de mi habitación.

Mientras su amigo salía de allí, aún riendo y apagando su cámara, Álvaro se planteó seriamente salir al día siguiente a comprar un cerrojo para su cuarto.

Ya era la segunda vez que Sasha se “quedaba sin material”, como él decía, para su programa de YouTube y rellenaba ese hueco gastándole a él alguna broma pesada. Volvió a su cama a intentar dormirse. Tenía que estar fresco a la mañana siguiente para ir a entregar los dibujos. Esta vez tardó un buen rato esperando a que su compañero volviera a entrar con otra de sus bromas, aunque normalmente con una toma tenía suficiente.

Cuando los primeros rayos de luz empezaron a colarse por entre las rendijas de la habitación lo único por lo que hubiera matado en aquel momento era por poder dormir un par de horas más, pero no tenía tiempo. Se levantó y se duchó para luego ir a su cuarto a ponerse unos vaqueros, una camisa y un chaquetón. Octubre venía bastante frío este año por lo visto.

Dos horas y unas cuantas estaciones de metro más tarde, Álvaro estaba de vuelta en el barrio comprando un poco de fruta y cerveza en el supermercado cerca de su bloque. Subió las escaleras que llevaban hasta su apartamento y dejó todo en la nevera antes de mirar el reloj y soltar un par de maldiciones. Había quedado en llevar a su amiga Rain a una entrevista de trabajo y se le había olvidado por completo. Cogió las llaves de nuevo y salió disparado de la vivienda para encontrarse a Maddie entrando en la suya.

—¡Vaya, hola! – saludó ella amablemente.

—¡Hola! Lo siento, tengo un poco de prisa. Te veo luego. – dijo lanzándose a correr escaleras abajo. Tres paradas de metro después, abandonaba el vagón visiblemente afectado por el retraso mientras juntando las manos le pedía disculpas a una chica que cantaba y tocaba un teclado allí mismo.

—Lo siento, lo siento, Rain. Se me olvidó. Aún podemos ir, aunque lleguemos un poco tarde.

Ella miró su reloj y asintió.

—Sí, pero tengo que recoger todo esto. – dijo señalando los cables, el teclado y el micrófono.

—Te ayudo.

Tras guardar cada cosa en su sitio, ambos tomaron el siguiente metro en

dirección al centro, a un restaurante junto al Museo Británico donde al parecer buscaban una cantante. Para desilusión de los dos, había cola en la puerta de gente con instrumentos. Deberían haberlo imaginado. Ante la posibilidad de pasar toda la mañana en la cola, Rain miró a Álvaro y le dijo:

—¿Sabes qué? ¿Y si me invitas a una cerveza en tu barrio?

—Necesitas el trabajo, Rain.

—Lo sé – dijo la joven con aspecto frustrado – Pero ya has visto el montón de gente que hay. Y además, casi prefiero el metro...

Álvaro sintió una enorme compasión ante su mirada de abandono, como si el mundo se le acabara de derrumbar a los pies. La tomó de la mano y se echó a cuestas la funda con el instrumento para volver juntos sobre sus pasos al metro.

Rain no tendría más de veintiuno o veintidós años, era alta y morena, con unos preciosos ojos negros que lo mismo prometían un día de sol cuando estaba alegre, que un huracán cuando estaba enojada o un diluvio si estaba triste. Durante el camino de regreso a Queensway, Álvaro recordó la primera vez que la vio en el metro y la invitó a desayunar. No recordaba haber visto nunca a nadie con tanta cara de hambre en su vida. Estaba pálida, pero aun así era preciosa y tenía la mejor voz que jamás había oído, capaz de imitar a cualquier cantante. Según ella, aceptó su invitación porque su cara de pringado lo delataba, pero, aun así, lo primero que le dijo es que no era prostituta y Álvaro se echó a reír. Un par de desayunos más tarde, ya le había contado que había dejado su casa, sus estudios y toda su vida en un pequeño pueblo para venir a buscar trabajo a la capital donde los sueños se hacen realidad. Era demasiado orgullosa como para reconocer que llevaba ya un año por aquí y no había conseguido nada, así que volver a casa con las manos vacías no era una opción. Sus padres estaban divorciados y ella no se llevaba muy bien con su madre, otro punto a su favor para no regresar. Desde aquel día, hacía ya casi dos años, Álvaro prácticamente la había apadrinado, como él solía decir. Se convirtió sin quererlo en una especie de hermano mayor a quien recurrir cuando las cosas se ponían feas, como ahora, que no tenía dónde vivir y tampoco trabajo. Le rozó la mano con el dorso de la suya mientras ella no dejaba de mirar tristemente por la ventana del vagón.

—No te preocupes. Lo arreglaremos. Hoy te quedas en casa.

La chica sonrió al devolverle la mirada. No era una solución definitiva, pero había dormido demasiadas veces en la calle y le daba mucho miedo volver a hacerlo.

Ya en el pub de la esquina, disfrutando de su London Lager, chalaron y rieron. Estaban sentados justo en la mesa junto al ventanal cuando Álvaro sonrió y saludó con la mano a alguien que pasaba en aquel momento. Era Maddie, que al parecer venía de hacer unas compras. La invitó a entrar haciendo un gesto con la mano y ella no lo dudó.

—¡Hola, vecina! – la saludó — ¿Quieres tomar algo con nosotros?

—Sí, claro. Aunque iba a preparar algo para almorzar.

—Siéntate, nosotros vamos a pedir un combo. ¿Te apetece?

Ella los miró un poco sorprendida por la familiaridad. Solamente se habían visto un par de veces y aún dudaba de que no estuviera flirteando con ella, a pesar de haber dejado claro lo de Andrew. Se ruborizó un poco al recordarlo y asintió.

—¡Genial! ¡Otra cerveza! – pidió.

Presentó a Rain y fue Maddie quien preguntó:

—¿Vendrá también tu compañero?

A lo que Rain no tuvo más remedio que contestar con una divertida sonrisa en la cara:

—¿Ya has conocido a Sasha?

—Digamos que lo he visto una vez...

—Una vez es suficiente para no olvidarlo – rio ella mirando a Álvaro que ponía los ojos en blanco.

—¿Sabes que anoche me despertó a las cuatro de la madrugada con una máscara de no sé qué animal? Un día de estos se lleva una hostia, vosotras sois

testigos de que lo he avisado. ¡Menudo susto me dio!

Rain rio a carcajadas.

—Pues conmigo que se ande con ojo, que tengo muy mal despertar. — advirtió.

—¿Tiene trabajo? ¿A qué se dedica?

—¡Se nota que llevas poco tiempo por aquí! Es youtuber, ya sabes, de esos que hacen todo tipo de chorradas y luego lo cuelgan en internet.

—¡Por el amor de Dios! — suspiró ella. —¿Eso es un trabajo?

—Pues deberías ver lo que llega a ganar algunos meses con sus chorradas. Y lo peor es que sus followers no dejan de aumentar. Ya lo han llamado de alguna cadena de televisión para entrevistarlo y hasta ha hecho un par de anuncios.

Maddie se llevó las manos a la cabeza:

—Supongo que ese es el objetivo ahora, triunfar en las redes sociales.

—No creo que él se lo hubiera planteado así, pero la verdad es que está teniendo éxito. A la gente le gusta su acento ruso y sus bromas. Echa un vistazo cuando tengas un momento. Te reirás. Y ya que estás, por favor, si ha subido algún vídeo conmigo avísame.

—Si oyes a Álvaro maldecir en español de madrugada, mira al día siguiente en Youtube — añadió Rain — Es muy posible que le haya gastado alguna broma y la haya colgado.

A la memoria de Maddie acudieron ecos de alguna de estas discusiones, a veces en español y a veces en inglés, y por fin sabía a qué se debían. Cuando llegaron las cervezas brindaron y dieron un largo trago. Un par de minutos después, Sasha pasó por la ventana y entró en cuanto los vio.

—¿Qué estáis celebrando? — preguntó mientras pedía otra cerveza.

—Que sigo sin trabajo — contestó Rain.

—Bueno, yo tampoco tengo trabajo y no me quejo. Por cierto, ¿quieres salir en mi programa?

—Ni de coña. Como te acerques a mí con tu cámara... — soltó amenazante.

—Cuéntanos — dijo dirigiéndose a Maddie.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Bueno, tú has sido la última en llegar. No sabemos nada de ti. — y al decir eso entornó los ojos como si se hubiera apoderado de él una sospecha.

—Pues... soy maestra, y vine aquí como aupair para practicar el idioma. Ahora no tengo trabajo. Y vivo con mi novio, Andrew.

—No nos olvidemos de Andrew — dijo Álvaro guiñando un ojo y levantando su cerveza para brindar. El resto hizo lo mismo.

Después de varias cervezas más, Sasha dijo que sería buena idea organizar una cena en su casa para que todos se conocieran algo mejor, ya que por lo visto iban a ser vecinos durante mucho tiempo.

—¡Sin bromas! — soltó de repente Álvaro — Ni arañas, ni comida de plástico, ni pedos en las sillas... ¿Estamos?

Sasha asintió haciendo falsos pucheros como un crío que ha sido pillado haciendo una trastada e intenta evitar el castigo, y los demás estallaron en risas.

—En fin — dijo Maddie cogiendo su bolso y sus bolsas de la compra — Tengo que irme ya. Andrew debe estar al llegar.

—¡Y allá vamos otra vez! — se burló Álvaro al escuchar ese nombre por tercera vez.

Ella le sonrió irónicamente, se despidió y salió del pub mientras los otros seguían bebiendo. Cuando llegó a su casa, efectivamente, Andrew estaba abriendo la puerta del portal. La esperó unos segundos y se saludaron con un beso. Él cogió las bolsas de la compra y juntos subieron al que ya era su nuevo hogar.

Con cariño, Maddie.

Hola, Daniel:

Sé que no te he contado nada en mucho tiempo y que tengo que llamarte por teléfono, pero es que está yendo todo tan rápido que no me lo puedo creer. ¡Andrew y yo nos hemos mudado a vivir juntos! Es un barrio precioso, cerca de Hyde Park, lleno de vida. Estoy muy ilusionada, aunque no te voy a negar que tengo un poco de miedo. Es un paso muy importante para mí. Tenemos muchos planes de futuro y eso da terror. Te iré contando, no te preguntes.

Con cariño, Maddie.

Ya ni siquiera sabía por qué seguía contándole su vida a Daniel, su amigo de España. Habían ido juntos al instituto y juntos habían terminado la carrera. Daniel, sin embargo, no se atrevió a marcharse de España a buscarse la vida. Maddie, mucho más aventurera que su amigo, había decidido que un mundo desconocido la esperaba en Inglaterra y había buscado trabajo como aupair. De eso hacía ya...ufff...unos cuantos años. Maddie sentía que aquellos correos y aquellas postales la mantenían ligada a una parte de su vida en la que fue muy feliz, quizás por eso no dejaba de escribirlos. Por un instante pensó que, si empezara a leer los correos desde el primer día que empezó a escribirlos, vería reflejada toda su vida como en un libro, y sintió un poco de melancolía.

Lo cierto era que se aburría enormemente en casa. No era un piso muy grande y una vez había recogido y bajado a hacer la compra, se le hacía eterno esperar a que llegara la hora de cenar, que era cuando Andrew aparecía. Había pensado en muchas ocasiones que debería buscarse algo, aunque fuera un trabajo que pudiera hacer desde casa, que la mantuviera ocupada. Desde que Andrew y ella habían decidido vivir juntos, él parecía muy satisfecho de ser el hombre de la casa, y de que ella no trabajara. Al principio a ella no le importó dejar su vida un poco aparcada, después de todo le debía tanto. Gracias a él había dejado atrás tantos miedos, tantas inseguridades, y tantos traumas, que después de todo aquello era un pequeño sacrificio. De repente recordó a Álvaro. Él le había dicho el día que estuvieron en el pub que era dibujante y que trabajaba desde su casa con su propio horario y su propio ritmo, sin las tensiones de tener un horario

fijo de nueve a cinco. Cogió sus llaves y salió para ir a verle.

Al llamar a la puerta nadie contestó, pero unos pasos le advirtieron de que alguien venía a abrir. Segundos después, el rostro sonriente de Álvaro la saludaba y la invitaba a pasar.

—¿Necesitas algo?

—No – contestó ella – Sólo estoy un poco aburrída y venía a pedirte un consejo.

El joven se dirigió hacia su mesa de trabajo, llena de papeles y rotuladores extraños que ella no había visto antes, y la ordenó un poco, cerrando los que estaban abiertos, para después prestarle a ella toda su atención.

—¿Café, verdad? – le preguntó tomándola ligeramente del brazo y llevándola a la cocina.

—Sí, gracias.

—Me preguntaba – dijo mientras se sentaba en el taburete junto a la mesa – Si sabrías de alguien para quien yo pudiera trabajar desde casa. Andrew no quiere que vuelva al trabajo por ahora y me aburro tanto...

—“Andrew no quiere que vuelva al trabajo” no suena a decisión propia.

—Bueno, es un poco protector conmigo. Además, quiere que intentemos tener un hijo.

—Eso tampoco ha sonado muy “a decisión propia”, si me permites repetir la expresión.

Viendo que un halo de agobio invadía la mirada de Maddie, cambió de tema y en un tono menos fraternal se limitó a decir:

—¿Y qué sabes hacer? – preguntó el joven mientras apretaba el café en la máquina.

—¡Sé hacer muchas cosas! ¿Por quién me tomas? – contestó algo ofendida.

—¡Vale, vale! No te lo tomes a mal. Lo que quiero decir es que yo solamente tengo relación por mi trabajo con gente que trabaja en temas de libros, editoriales, publicidad, ese tipo de cosas. ¿Hay algo que creas que puedes hacer en este mundillo?

—Pues podría corregir textos, o incluso maquetar, no sería la primera vez. También podría traducir.

El teléfono de Álvaro sonó y el joven le hizo a Maddie un gesto pidiéndole un minuto para contestar.

—Dime Rain.

Al otro lado, su amiga le contó algo y él sonrió ampliamente mientras dirigía su mirada hacia la ventana mostrando sus ojos verdes esmeralda y sus pestañas que para ella las quisiera Maddie, según se le ocurrió en aquel mismo momento.

—¡Eso es genial! Vale. Nos vemos esta tarde. – Colgó el teléfono y volvió a su interlocutora – es Rain, la han contratado ahí al lado, en el restaurante nuevo que tiene bolera.

Maddie le dijo que se alegraba mucho.

—Estoy en racha. Vamos a hacer una cosa. Hablaré con algunos de mis contactos y te diré algo en unos días, ¿de acuerdo?

—Eso sería estupendo – contestó ella sonriendo y dando un sorbo a su café. – Por cierto, ¿dónde está Sasha?

—Pues me dijo que tenía que hacer un karaoke en su coche con el tío de Coldplay, aunque si te digo la verdad no me lo he creído del todo.

—¡Te estás quedando conmigo! – dijo ella totalmente sorprendida.

—¡No! Ya te dije que Sasha es casi una celebridad a nivel nacional. Hace ese tipo de cosas, y entrevista a famosos, rueda sketches con actores, ese tipo de cosas que triunfan en internet.

Ella no daba crédito a lo que estaba oyendo, aquel ruso enorme con un

acento como si acabara de abandonar la estepa siberiana era tan famoso como para entrevistar al mismísimo Chris Martin. Eso tenía que contárselo a su amigo Daniel sin falta, era su cantante favorito.

Después de charlar un poco más, Maddie se fue a su piso con la excusa de dejar trabajar a Álvaro y no sin antes pedirle:

—Álvaro – dijo mientras abría la puerta – No le digas a Andrew que he estado aquí sola, ¿vale?

El joven se mostró algo sorprendido, pero decidió no preguntar y simplemente asintió, aunque para sus adentros no le parecía que la relación que había entre sus nuevos vecinos fuera muy de igual a igual, pero aquello no era asunto suyo.

El día le estaba pareciendo tan largo que salió a dar una vuelta y se alquiló una bicicleta para pedalear por Hyde Park. Hacía un poco de frío, pero no tanto como para no poder pasar un rato agradable al aire libre y lo mejor de todo, no sólo no había llovido en todo el día, sino que el día anterior tampoco llovió, con lo cual el parque se veía abarrotado de gente paseando, tumbados en la hierba comiendo, mamás con sus bebés en sus cochecitos y papás intentando atraer la atención de las ardillas con comida para que sus hijos las vieran saltar y guardar las nueces en hoyos en la tierra. Por un momento no tuvo más remedio que detenerse a contemplar el espectáculo. A lo lejos se veía el lago con sus patos y sus tumbonas alrededor, aunque ahora mismo estaban vacías pues no asomaba ni un tímido rayo de sol entre las nubes, al contrario, el cielo era un lienzo añil. Le encantaba este lugar. Lo había visto antes, desde otros puntos, y siempre le había parecido mágico por la vida y el ambiente que emanaba. Continuó pedaleando un rato más hasta que volvió a detenerse en un restaurante a comprarse un sándwich y una botella de agua de los que disfrutó sentada en un banco cercano. Ciertamente tenía que buscarse algo para hacer, pues no salir de casa para nada la estaba matando de aburrimiento.

Para colmo de males, Andrew la llamó para decirle que llegaría aún más tarde a casa por no sé qué historias de una entrevista de última hora. Así que seguramente ya estaría dormida cuando llegara y ni siquiera lo vería. Nunca pensó que el trabajo de psicólogo pudiera ser tan agotador.

Devolvió la bicicleta y se dirigió paseando a su casa, que no quedaba ni a cinco minutos a pie. Allí pasó la tarde leyendo, viendo la tele e imaginando lo entretenido que sería tener por fin algo que hacer, aunque solamente fuera media jornada. Ya de noche, alguien llamó al timbre y la despertó. Se había quedado dormida en el sofá. *Estupendo*, pensó, *ahora a ver quién duerme esta noche*. Se alegró tanto de ver que Andrew había venido antes de lo esperado que se lanzó a su cuello y estaban besándose apasionadamente cuando Álvaro abrió la puerta de su piso y los interrumpió.

—Lo siento, lo siento – dijo algo avergonzado.

—No. Nosotros lo sentimos. No es el mejor sitio para esto. – dijo Andrew henchido de orgullo. Si hubiera podido desplegar una cola como hacen los pavos reales, no se lo habría pensado.

—Iba a bajar la basura. – dijo Álvaro mientras se escurría hasta la puerta de entrada al rellano rápidamente y desaparecía por las escaleras intentando recordar la última vez que había besado así a una mujer. Andrew y Maddie se echaron a reír y se metieron dentro a preparar algo para comer.

Al día siguiente, Sasha había hecho una gran compra incluyendo carne, verdura y vino y había pasado el día preparando la cena que había organizado con sus amigos y con sus vecinos. Quería celebrar que Rain había sido contratada haciendo lo que más le gustaba, que era cantar, y quería proponerle en serio sacarla en su programa, en algún tipo de entrevista medio en broma medio en serio que seguramente le ayudaría en su camino hacia la fama. No es que fuera una garantía, pero al menos podrían probar. Había colocado un precioso mantel blanco en la mesa y muchas velitas que había distribuido entre la cristalería y la vajilla que también había comprado para la ocasión. Álvaro se había sorprendido ante tanto preparativo. Era la primera vez que organizaba tanto follón solamente por una cena. *¿Acaso querría impresionar a alguien?*, se preguntó. Había cocinado varios platos tradicionales de su país: pollo tabaka, rollitos de repollo rellenos de carne e incluso hacía preparado blinis para el postre, incluyendo la crema de la que estaban rellenos. Había comprado botellas de vino y champán rusos.

—Yo creo que te has pasado un poco – comentó Álvaro entrando al salón y observando atentamente la mesa – Ya teníamos vasos y platos, no hacía falta

comprar todo esto.

—Es una noche especial, Álvaro. Deja ya de reponzoñar.

Álvaro soltó tal carcajada que casi se le escapa el trozo de pollo que estaba probando.

—Refunfuñar, Sasha, se dice refunfuñar.

El otro lo repitió en voz baja un par de veces.

Además de Rain, Álvaro, Sasha, Andrew y Maddie, otro amigo de Álvaro, Brian, se unió a ellos a la hora de la cena. Maddie no podía creer que Sasha hubiera preparado él solo todo aquello y miraba la mesa con la boca abierta.

—¡Sasha, está todo precioso! — exclamó haciendo que los ojos grises del ruso brillaran como los de un niño al que le habían regalado un juguete.

—Gracias, Maddie.

Una vez todos se hubieron colocado en la mesa y con la copa llena de vino para brindar, fue Álvaro el primero que habló:

—Yo quiero brindar por Sasha. Hace varias noches que no me despierto durmiendo en el armario, y que no explota nada cuando abro la puerta, por no hablar de que no caen cubos de agua de ninguna parte. Amigo, estás madurando. Me alegro mucho de tu éxito y no, no voy a subir contigo a cantar en el coche.

Todos se echaron a reír.

—Pero esta fiesta es para todos — dijo Sasha — No es para mí, es para que todos celebremos que nos conocemos.

—Entonces yo sí que tengo algo que decir — interrumpió Rain levantando su copa — Por ti, Álvaro, por aquel día que me tendiste tu mano en el metro y me llevaste a desayunar, por erigirte en mi hermano mayor y cuidar de mí. No sé lo que habría hecho sin ti.

El joven sonrió algo emocionado y todos brindaron.

—Pues ya que estamos – esta vez fue Andrew el que habló – Quiero brindar por la mujer más maravillosa del mundo, Maddie, con quien pronto espero formar una familia.

Maddie sonrió ligeramente y dio la impresión de que se sentía un poco avergonzada porque Andrew hubiera compartido algo tan íntimo con unas personas con las que aún no tenía mucha confianza. Álvaro creyó ver en su rostro cierta preocupación. No estaba seguro de saberlo interpretar, pero le pareció que se sentía incómoda, así que levantó su copa y se dispusieron por fin a brindar. Brian interrumpió:

—¡Eh, yo también quiero brindar! Por el amor de mi vida – dijo dirigiendo su copa y su mirada a Álvaro, que intentaba tragarse el vino – Álvaro, con quien espero algún día darme al menos un revolcón.

—¡Vete a la mierda! – soltó él riendo a carcajadas.

—Esta mañana casi te beso cuando me enseñaste los nuevos bocetos para las novelas – dijo lanzándole un beso al aire, lo que provocó las carcajadas de todos.

—Pues cuando vuelva tu mujer de Francia, dile que quiero hablar con ella, si no te importa.

De nuevo todos rieron y el sonido del choque de las copas inundó la habitación.

Álvaro miraba de vez en cuando a Maddie y Andrew, quien no dejaba de tocarla un momento, rozándola con la mano, quiñándole un ojo de vez en cuando, incluso dándole algún beso. Recordó lo que la chica le había contado y por un momento se le pasó por la cabeza que quizás, sólo quizás, este hombre estaba un poco obsesionado con ella, aunque a ella no parecía molestarle, al contrario, se dejaba querer.

Alguien con quien contar.

Hola, Daniel:

Sé que estás muy ocupado como para contestarme, pero en serio, deberías conocer a mis nuevos amigos. Cuando me mudé con Andrew pensé que en cierto aspecto mi vida sería muy aburrida, todo el día en casa, y con el peso de que seguía sin quedarme embarazada. Pero la verdad es que ellos están haciéndolo mucho más divertido. Tienes que conocer a Álvaro, es guapísimo y muy interesante, además es muy creativo, de hecho, es ilustrador. Y a Sasha (ahora te pongo el enlace de Youtube para que lo veas). Es un fenómeno de las redes, y a Rain, a Brian...Te echo de menos. Ojalá estuvieras aquí.

Te quiero, Maddie.

Cuando cerró el ordenador, se asomó a la ventana un momento. Hoy sí que llovía y con bastante fuerza. Deslizó su dedo por el cristal persiguiendo una gota furtiva y luego otra, y otra, hasta que el sonido del timbre la interrumpió. Al abrir la puerta se encontró con el simpático rostro de Sasha que venía empapado de la calle.

—Sasha, ¿cómo se te ocurre salir hoy!

—Estamos en Londres, cariño, si yo no saliera cada vez que llueve aquí sería un monje.

—¡Pero está lloviendo a cántaros! – dijo ella invitándolo a entrar.

—¿Cántaros? ¿Qué tienen que ver los cántaros con la lluvia? ¿Y quién escribe los refranes en este país ahora que estamos hablando de eso?

Maddie se echó a reír ante la ocurrencia.

—¿Querías algo?

—He olvidado mi llave – suspiró contrariado – Y ahora tengo que esperar a que vuelva Álvaro de entregar sus dibujos.

Maddie miró el reloj. Aún era temprano, faltaban más de cuatro horas para

que volviera Andrew, así que no le importaba que Sasha se quedara en casa. Eso sí, si Álvaro no volvía a tiempo tendría que sacarlo de allí con alguna excusa. A su novio no le gustaba demasiado que ella tuviera una amistad estrecha con miembros del sexo opuesto.

—Cuéntame, ¿qué has hecho hoy?

—Pues nada, me ha fallado el invitado del karaoke. Quería ir a mi cuarto a grabar algunos chistes o algo para rellenar. ¿Tú no sabrás cantar?

—A mí no me mires. Ni se te ocurra subir nada mío a tu cuenta.

El silencio empezó a hacerse incómodo entre los dos y fue cuando Maddie decidió sonsacar un poco al ruso.

—Y dime, Sasha, ¿cómo conociste a Álvaro?

—No me acuerdo.

Ella lo miró sorprendida creyendo que le estaba tomando el pelo.

—En serio, no me acuerdo. Sé que estábamos tomando chupitos en un bar y a la mañana siguiente yo estaba en su piso, en el sofá. Por lo visto habíamos acordado compartir piso. No le preguntes a él, tampoco se acuerda.

Maddie meneó la cabeza como si quisiera averiguar cómo dos personas que jamás se han visto, amanecen un buen día viviendo juntas y llevan...

—¿Cuánto hace de eso, Sasha?

—Eeeeh, déjame pensar – dijo mientras murmuraba algo entre dientes y contaba con los dedos de la mano – Nueve años.

—¡Nueve años!

—Todo un record, ¿verdad? Más de lo que duran muchas parejas. En Rusia la amistad es sagrada y Álvaro es un gran amigo. Lo da todo por la gente a la que quiere.

Maddie sonrió de nuevo.

—¿Tú crees que Rain y él...?

Sasha no la dejó terminar.

—¡Rain es casi una niña! Él la ve como la hermana pequeña que nunca tuvo.

—¿Eso crees?

—Eso me ha dicho él. La ha sacado de más de un apuro. Creo que si no fuera por él ahora estaría en la cárcel o algo peor. La calle es muy dura.

El sonido de la cerradura de la puerta de enfrente anunció que la conversación estaba a punto de finalizar sin que ella hubiera tenido tiempo de averiguar muchas más cosas por las que sentí curiosidad acerca de Álvaro.

—Creo que tu compañero acaba de llegar – le dijo.

—Sí. Me ha gustado hablar contigo – dijo tocándole el brazo ligeramente – Eres una buena chica. Andrew no me gusta mucho.

Ella carraspeó antes de atreverse a decir:

—¿Perdona?

—No te lo tomes a mal, es como un ruso con una botella de vodka de las buenas en la mano, ¿sabes? La enseña, y no deja que nadie beba. – dijo con un acento que cada vez que hablaba de Rusia se le notaba más.

—Vaya...No se lo digas a él.

—No, claro. Si quisiera decírselo ya lo habría hecho. Pero está contigo, Maddie. No voy a molestar a ningún amigo de Maddie.

Ella volvió a reír preguntándose cómo es que después de tanto tiempo en Inglaterra y además siempre en las redes, con un programa de miles de seguidores, Sasha podía hablar aún con ese acento ruso tan exagerado.

Cuando acompañó al joven a la puerta, Álvaro estaba aún en el rellano cogiendo unas bolsas.

—¡Hola, Maddie! ¿Qué haces ahí, Sasha?

—He olvidado la llave y te estaba esperando.

—Maddie – dijo el joven dirigiéndose a ella – Creo que es muy posible que recibas una llamada de teléfono hoy con una oferta de trabajo.

No tuvo tiempo de decir nada más pues ella enseguida se lanzó a darle un abrazo.

—¡Gracias, gracias, gracias!

—Vale, vale. No sabía que tenías tantas ganas de trabajar.

—Estoy muy aburrida, ya te lo dije.

—Pues estate pendiente del teléfono porque me ha dicho Brian que necesitan a alguien con tu perfil y tienen tu móvil.

Todos entraron a sus respectivos apartamentos, Álvaro con la seguridad de que ésta Maddie, la que no estaba con Andrew a su lado, era mucho más abierta y feliz que la que iba con él a todas partes, sólo que quizás ni siquiera ella se había dado cuenta.

Al día siguiente amaneció una mañana espléndida de sol, aunque en la tele habían dicho que seguramente al anochecer las temperaturas empezarían a descender en picado. Noviembre vendría frío, muy frío, y eso era lo que menos le gustaba a Maddie de vivir aquí. Aunque ya se había logrado acostumbrar a levantarse con un cielo de sol brillante y descubrir al bajar a la calle que había empezado a llover a mares, echaba de menos un poco de estabilidad.

Hoy el tiempo no le importaba demasiado. Había recibido la llamada que Álvaro le había anunciado y había quedado en ir a la editorial donde trabajaba Brian para una pequeña entrevista. Así que se arregló, aunque no en exceso, y se lanzó a la estación de metro para estar allí lo antes posible.

El edificio era uno de esos modernos de la zona de la City, muy alto y elegante, aunque según le había dicho Álvaro, el trabajo podría hacerlo desde su propia casa. Cuando empujó la puerta y entró al mostrador de recepción Brian ya

venía a buscarla. Era un hombre alto, delgado y con barba, con cara de buena persona, o eso le pareció a ella desde el primer momento en que lo vio en casa de Álvaro, y tenía un gran sentido del humor, algo que cada vez apreciaba más en las personas. La saludó y la acompañó a un despacho en el que un hombre más mayor de aspecto también afable, le hizo unas cuantas preguntas y tomó nota. Antes de despedirse le dijo que la llamarían ese mismo día, y con esa promesa se fue de vuelta a casa con los dedos cruzados.

Cuando abandonó la estación del metro, ya se había nublado por completo y una brisa fría confirmaba lo que el hombre del tiempo había vaticinado. A punto de abrir la puerta del rellano para entrar a su piso se topó con Álvaro de sopetón.

—¡Hey! – saludó él — ¿Alguna novedad?

—Aún no. ¿Dónde vas con esas cervezas? – preguntó señalando unas botellas que llevaba en una caja.

—¡Ah, sólo has visto las cervezas! Pues también llevo unos sándwiches. Voy a almorzar a la azotea, si es que aún no ha empezado a llover.

—¡Hace frío!

—¡Bah! ¡Cómo se nota que no vives con un ruso! Si te oyera decir que esto es frío se estaría riendo durante una semana. ¿Vienes? – le preguntó guiñando un ojo.

—¡Venga! – contestó echando a andar detrás de él.

Cuando subieron las dos plantas que los separaban de la azotea, al abrir la puerta Maddie se quedó totalmente sorprendida. Había una mesa de forja y madera y varias sillas del mismo estilo, todo cubierto con un enorme plástico que Álvaro retiró para colocar lo que traía. Había varios tiestos grandes con plantas y una tira de bombillas que atravesaba en forma de equis la parte alta.

—¡Guau! Parece una verbena – sonrió ella.

—Idea de Sasha, no se lo tengas en cuenta.

—No sabía que tuviéramos azotea – dijo ella sentándose y cogiendo la cerveza que él le tendía.

—Pues sí, amiga mía. Y como no sube nadie, el año pasado decidí hacerme aquí un rincón donde venir cuando las cosas me superan. A veces celebro algo, otras me compadezco de mí mismo...

—¡Venga ya! – rio ella otra vez – No te imagino llorando por los rincones.

—Tienes razón, normalmente suelo venir a tomarme una cerveza a solas y a reflexionar.

El móvil de Maddie sonó de repente y ella apenas atinaba a meter la mano en el bolsillo para contestar. Cuando por fin lo consiguió, la conversación fue breve y luego una despedida.

—¿Quién era? ¿Era por lo del trabajo?

—¡Síiiiiiiii! – gritó ella lanzándose a abrazarlo.

—Tienes que dejar de hacer eso, un día lo vas a hacer delante de Andrew – dijo él con una sonrisa pícaro en el rostro mientras ella se retiraba.

—No tiene gracia, Álvaro. Andrew es muchas cosas, pero es buena persona. Es cierto que lleva un poco mal lo de que tenga amistades masculinas y eso, pero en serio, es un buen tipo. Le debo mucho.

—Yo no he dicho que fuera mala persona, simplemente que eso es imponerle algo a alguien a quien quieres y en quien se supone que confías por encima de todo. Y déjame añadir que en una relación de pareja nadie debe nada.

A pesar de que sus palabras la estaban haciendo sentir un poco incómoda, en lo único en lo que podía fijarse ahora mismo era en el color de sus ojos. No podían verse más bonitos que con aquella luz y su sonrisa, ¡ay, su sonrisa! ¿Cuántas mujeres se habrían perdido en ella? ¿Cuántas darían lo que fuera por tener esa oportunidad? Por un instante se permitió pensar en eso, pero enseguida lo apartó de su mente, aunque se disculpó a sí misma pensando que a pesar de que tenía pareja no se había quedado ciega.

—Brindemos por ese trabajo, ¿vale? Y ahora cuéntame las condiciones.

La puerta de la azotea se abrió y apareció Sasha con más cerveza saludando en ruso y vestido con una especie de mono que imitaba a un tigre, capucha incluida que imitaba la cabeza del animal. Maddie soltó una carcajada en cuanto lo vio entrar.

—¿De qué te ríes? Estaba grabando.

—Exacto, Maddie, no sé por qué aún te sorprendes. ¿No tienes frío? – dijo con tono guasón sólo para escuchar la respuesta.

—¿Frío? Esto en Rusia es un día de primavera, maldita nenaza. – contestó bebiéndose la cerveza casi de un trago y relajando el ambiente hasta el punto en que ninguno quería volver a su piso.

El hotel de los corazones rotos.

Holiiiiii:

Sí, ya sé que es cursi, pero ¿qué quieres? Estoy súper contenta. ¿Te acuerdas de que te dije que me habían dado el trabajo? Pues ahora tenemos una convención en un precioso hotel del centro de la ciudad. ¡Hasta nos han reservado habitaciones! Parece ser que va a haber también una gala de entrega de no sé qué premios. Vamos a ir casi todos, Andrew y yo, Álvaro, Brian y Sasha. Ya sé que Sasha no tiene ni por qué estar allí, no tiene nada que ver con esto, pero se ha empeñado en dar una vuelta por el hotel y rodar cosas para su programa. ¡Nunca me he alojado en un hotel de lujo! Puede que incluso Andrew y yo podamos aprovechar para tener una nocecita romántica. Ya te contaré.

Besos, Maddie.

El hotel estaba en pleno centro de la ciudad, en un enclave privilegiado que permitía acceder desde allí caminando a Regents Street, Oxford Street y todo el Mall. Al parecer había sido en épocas anteriores sede de un grupo de escritores elitistas y se decía que sus fantasmas deambulaban por allí por las noches y eso era precisamente lo que había atraído hasta aquí a Sasha, que era el único huésped que no había sido invitado.

Cuando el grupo llegó, lo primero que hicieron fue abrir los ojos como platos ante el magnífico espectáculo proporcionado por la enorme lámpara de cristales tallados que iluminaba el hall. Una vez se hubieron inscrito, cada uno se dirigió a la que sería su habitación aquella noche sin dejar de sorprenderse ante la decoración clásica y exquisita de cada pasillo. Las habitaciones eran muy amplias con enormes camas King size, zona con mesa y sillas, mini bar y un lujoso cuarto de baño de mármol que incluía bañera de hidromasaje. Unas enormes cortinas estampadas con filigranas y cogidas a cada lado con alzapaños de seda dorada le daban un aspecto menos sobrio al lugar. Sasha se lanzó a la cama sin pensarlo.

—¡Ni lo sueñes, Sasha! ¡No vas a quedarte! – decía Álvaro señalándolo con el dedo.

—¡No seas egoísta! En esta cama cabemos todos los que hemos venido

juntos a la convención.

—No voy a dormir contigo.

—No seas ridículo. Hemos dormido juntos muchas veces, ¿o es que ya no te acuerdas de cuando hemos salido de acampada con una sola tienda? ¿O aquella vez...

—¡Vale, vale! Si así te vas a callar, dormiremos juntos.

Sasha siguió revolcándose en la cama.

—Pienso probar esa bañera mientras vosotros estáis abajo – dijo dando pequeños saltitos hasta perderse en el cuarto de baño.

Una vez bajaron todos, lo primero de lo que disfrutaron fue de un cóctel de bienvenida en el piano bar del hotel. Maddie pensó que había menos gente de la que ella hubiera esperado, y en el fondo se alegró. Andrew estuvo saludando a un grupo de conocidos que habían venido a celebrar los veinte años de la compañía en la que trabajaban. Una mujer alta, quizás excesivamente delgada, pero desde luego muy elegante, vistiendo un precioso vestido de cóctel negro y unos tacones de infarto destacaba entre todos los demás, a pesar de que no era la única fémina de la reunión. Maddie se paseó un rato por entre los invitados con su copa en la mano, parándose a charlar un instante con Álvaro que hoy estaba espectacular. Tanto, que ella se ruborizó al sorprenderse a sí misma sin ser capaz de quitarle la vista de encima. Llevaba un elegante traje gris oscuro y una corbata también gris pero unos tonos más clara, el pelo como siempre, peinado hacia un lado, aunque ligeramente revuelto y aquellos ojos que ella quisiera que le contaran tantas cosas... Cuando el joven la saludó cordialmente, como si sólo de dos compañeros de trabajo se trataran, ella lo agradeció. Andrew estaba cerca y no se sentía cómoda hablando con hombres con él delante. A veces después tenían una buena discusión sobre el tema, y hoy no era eso lo que buscaba. Al contrario, hoy aprovecharía la cama del hotel todo lo que pudiera. Sonrió para sus adentros.

Después tuvo lugar la entrega de premios en uno de los salones de actos del hotel y una hora más tarde todos los invitados volvieron a reunirse en la discoteca. En aquel momento incluso Sasha se unió a ellos sin levantar ningún

tipo de sospechas. Maddie se unió a un grupo de chicas que trabajaban para la empresa y que habían decido organizar una fiesta por su cuenta sin sus parejas. Bailaron, bebieron y rieron y poco a poco la estancia se fue vaciando hasta que solamente quedaron unos cuantos, incluidos Sasha y Álvaro, que al cabo de un par de horas más eran los únicos y bailaban abrazados sujetando entre los dos una botella de whisky y turnándose para darle un trago. Para ese momento las chicas habían trasladado su fiesta al piano bar y estaban imitando una manifestación pidiendo al camarero que encendiera el karaoke. Por cómo estaban, iban a darlo todo. Fue Sasha el primero en decir que ya era hora de acostarse, porque quería estar despierto al día siguiente para disfrutar del opíparo desayuno con el que serían agasajados los invitados antes de acabar su estancia allí, y Álvaro lo siguió tambaleándose.

Cuando llegaron a la habitación, Álvaro duró en pie lo suficiente como para quitarse la ropa y meterse en la cama. Ni sabía ni le importaba lo que estaba haciendo Sasha ni dónde o cómo iba a dormir. Puso un pie en el suelo para no marearse y se durmió enseguida. Sin embargo, Sasha estaba totalmente de subidón y, como lo de grabar fantasmas con su móvil no estaba dando el resultado esperado, se le ocurrió que podía gastar una broma a Andrew y Maddie, que ahora mismo estarían solitos en su habitación. A juzgar por la última vez que los vio, iban ya un poco puestos, así que no iba a interrumpir nada íntimo. Su cabeza ya podía verlos a los dos dando un salto de la cama al escuchar el sonido de la bocina que tenía preparada. No había traído su cámara, pero no era necesaria, el móvil sería suficiente.

Salió sigilosamente de la habitación y bajó a recepción a decir que su tarjeta no funcionaba y que quería que la volvieran a activar. Eso le permitiría abrir la puerta de la habitación de sus amigos sin que lo escucharan. En su mente era todo tan divertido que no podía esperar a encontrarse dentro. Tal y como había planeado abrió la puerta móvil grabando en mano y se acercó a la cama cegado por la luz del flash. Entonces dio un bocinazo y estalló en carcajadas gritando “os pillé”, sin parar. Andrew no paraba de gritar y maldecir y Maddie...

—Un momento...Tú no eres Maddie... ¿Dónde está Maddie? — dijo caminando hacia atrás lentamente hasta que salió de la habitación como alma que lleva el diablo al darse cuenta de lo que había sucedido.

Ya en el pasillo echó a correr como un loco y se encerró en su cuarto dando un portazo. Varios golpes en la puerta le advirtieron de que iba a tener muchos problemas. Salió a abrir y un Andrew amenazante le dijo:

—¡Eres gilipollas o qué te pasa! ¿Cómo has conseguido entrar?

Sasha no contestó. Estaba empezando a asustarse de verdad al ver cómo el otro se dirigía hacia él amenazante.

—¡Dame el móvil! —gritó.

Álvaro entreabrió los ojos sin saber qué pasaba y les chistó para que se callaran volviendo a dormirse enseguida.

—He dicho que me des el móvil. No lo voy a repetir.

Entonces Sasha se acercó a la mesilla de noche donde lo había soltado un momento antes y se lo dio. Andrew entró al baño, abrió el grifo del lavabo y lo llenó dejando luego caer el móvil dentro.

—Una palabra y el resto de tu vida será un infierno. ¿Me has entendido? —amenazó.

Sasha asintió mientras contemplaba con estupor el móvil de Álvaro hundido en el lavabo. No lo había hecho a propósito, estaba nervioso, pero ya estaba hecho y las pruebas de lo sucedido seguían intactas.

Andrew salió de allí dando un portazo y volvió a su habitación.

A la mañana siguiente, cuando la claridad de la mañana empezó a filtrarse a través del visillo de la ventana, Sasha ya no pudo resistir más y empezó a zarandear a Álvaro, que se daba la vuelta murmurando que lo dejara en paz. Pero no estaba dispuesto a parar.

—Tienes que despertar, Al — insistía el otro quitándole la almohada de la cabeza.

Finalmente, Álvaro abrió los ojos como pudo para protestar:

—Eres con mucho el peor compañero de cama que he tenido en mi vida.

—Es urgente – decía recuperando de pronto toda la fuerza de su acento. – Es Maddie.

Álvaro se sentó en la cama frotándose los ojos dispuesto a prestarle la atención de que fuera capaz. Miró el reloj y luego buscó su móvil en la mesilla de noche, pero no lo encontró.

—¿Dónde está mi móvil, Sasha?

—Eso no es importante. ¡Esto es importante! – dijo con los nervios a flor de piel mientras rebuscaba las imágenes que había grabado la noche anterior.

—Presta atención. – advirtió antes de dar al play.

Se veía todo muy oscuro y se escuchaba susurrar a Sasha mientras entraba, al parecer, en la habitación del hotel. De pronto sonó un bocinazo seguido de su típico “Os pillé” y lo siguiente que se vio fue a Andrew desnudo gritando y a una mujer que no era Maddie tapándose con la sábana y gritando asustada. Los ojos deslumbrados de Andrew fueron lo último que apareció antes del final de la grabación.

Álvaro se llevó las manos a la frente:

—¿Qué coño es esto, Sasha? – soltó sin apenas poder conciliar su cerebro con su vista aún.

—Era una broma. Yo sólo quería asustarlos para ver si podía ponerlos en mi programa. No sabía que Andrew estaba con otra mujer. – repetía rápidamente Sasha visiblemente afectado

—¿Y dónde estaba Maddie? – dijo abriendo más los ojos.

—No sé. La última vez que la vi iba para el bar con un grupo de chicas. ¡Oh, tío! Ahora sí que estoy en un lío. Andrew vino a por mi móvil y me amenazó...y sin darme cuenta le di el tuyo.

—¡Qué!

—Sí... Y ahora tu móvil está ahogado en el lavabo.

—¿Ahogado? — dijo dando un salto de la cama para ir a buscarlo. — ¡Maldita sea, Sasha! — gritó desde dentro — Tienes que dejar de hacer estas cosas. Un día...

Sasha lo interrumpió.

—No importa, yo te compro uno. Tenemos la grabación. Podremos enseñársela a Maddie.

Álvaro salió del baño y se pasó ambas manos por el pelo.

—¡No voy a decirle nada a Maddie! ¡Ni tú tampoco! No es asunto nuestro. No nos habríamos enterado si no te metieras donde no te llaman.

—¿En serio? ¿Podrás seguir siendo su amigo sin contarle lo que hemos visto?

Álvaro cogió aire como si fuera a soltar después un huracán, pero se metió en el baño y cerró la puerta. Lo siguiente que se oyó fue el sonido del agua de la ducha. Si hubiera podido escuchar los pensamientos de su amigo habría tenido que oír unas cuantas palabras malsonantes. La idea de la infidelidad era algo que le repugnaba, pero es que además se notaba tanto que la única que había puesto su alma y su corazón en aquella relación había sido Maddie, que sabía que perder a Andrew sería un golpe muy duro para ella. La imagen de la mirada inocente de Maddie apareció en su mente. Era tan bonita, tan dulce...demasiado para Andrew, eso lo había notado desde el primer momento en que los vio. Inmediatamente tuvo la sensación de que algo no cuadraba en aquella pareja, aunque no supiera decir por qué.

Una vez los dos se hubieron duchado bajaron al comedor a disfrutar del desayuno, sólo que Álvaro ya no podía probar bocado por culpa del nudo que había sentado plaza en su estómago. Ver a Maddie sentada en una de las mesas con Andrew, ambos sonriendo como si nada, consiguió removerle las tripas aún más. Ellos se sentaron en otra mesa y, mientras Sasha daba cuenta de una gran cantidad de comida, Álvaro bebía lentamente de su taza de café sujetándola con ambas manos y sin apartar la mirada de Andrew. Quería hacerle ver que lo sabía, aunque él no supiera que conservaban las pruebas de lo que había sucedido la noche anterior. Andrew lo miraba también de vez en cuando soberbio, sabiendo

que si decía algo sería su palabra contra la de él, y al fin al cabo, él era su pareja y Álvaro casi un desconocido. No tenía nada que perder.

Ya cada uno en su casa, Álvaro era incapaz de decidir qué hacer con la información que tenía. Pero estaba claro que tenía que actuar pues no podía trabajar, ni dormir, ni comer. Se había repetido a sí mismo mil veces que si el caso fuera al contrario, a él le gustaría saberlo, pero cada vez que se imaginaba el rostro de Maddie recibiendo la noticia, perdía el empuje que hubiera logrado reunir para decírselo. Recordó que seguramente Rain ya estaría en el restaurante y decidió bajar a tomar un café con ella. La joven, además de amenizar las veladas con su música y sus canciones, formaba parte del equipo de limpieza que cada mañana dejaba el local listo para una nueva jornada. Le envió un mensaje al móvil, avisándola de que iba a buscarla y ella le devolvió un emoticono sonriente.

El aspecto del Álvaro que tenía ahora mismo delante no era el habitual. Parecía preocupado y hasta habían aparecido debajo de sus ojos dos ligeras sombras que oscurecían su preciosa mirada.

—¿Te pasa algo? – fue lo primero que dijo al verlo, mientras lo metía dentro del local agarrándolo por el brazo.

—¿Tanto se me nota?

—Ven, anda, vamos a la barra a preparar un café. No sé cuál de los dos lo necesita más.

Una vez sentados cada uno en un taburete saboreando su taza de café, Álvaro acertó a hablar:

—¿Te acuerdas de la convención a la que fuimos el fin de semana pasado?

—Sí, claro.

—Pues, en resumen, pillamos a Andrew enrollado con otra mujer.

Rain abrió los ojos de par en par.

—¡Cómo! ¡No me lo puedo creer!

—Pues deberías porque para colmo lo tenemos grabado.

Ante el asombro de Rain, Álvaro no tuvo más remedio que contarle cómo habían descubierto el pastel, maldiciendo de paso la horrible costumbre de Sasha de gastar bromas sin ton ni son. Sacó el móvil y se lo mostró.

—Vaya, me parece que estás ante un buen dilema.

—No sé qué hacer. Sé lo que tengo que hacer, pero no puedo soportar pensar en las consecuencias que esto va a tener en la vida de Maddie. Apenas hace dos meses que se mudaron a vivir juntos.

—No olvides que él dejó a su anterior pareja porque ya se había enrollado con ella.

—Rain – dijo él en tono gruñón.

—Es la verdad. Hay una cosa que se llama karma.

—Puede que tengas razón, pero aún te falta mucho por aprender del mundo de los adultos. A veces uno se enamora y pierde totalmente la capacidad de razonar. Pero lo de aquella noche no fue amor. Andrew sigue como si nada, y quién sabe si hasta seguirá liado con aquella chica, o si finalmente dejará a Maddie por ella.

—Quizás eso sea lo que se merece.

—¡A ti te han hecho algo parecido! – soltó Álvaro – No estás siendo imparcial.

—Tú tampoco. A ti te gusta Maddie.

—¿Cómo? ¡A mí no me gusta Maddie!

—Vamos, reconócelo. He visto cómo la miras cuando crees que nadie se da cuenta. Te has estado aguantando porque no querías meterte entre ella y Andrew, pero de que te gusta, te gusta, te lo digo yo. Seré más joven que tú, pero no soy tonta.

Con aquella última frase dando vueltas por su cabeza en brillantes luces de neón, Álvaro abandonó el local donde trabajaba Rain y echó a caminar por el

barrio sin rumbo fijo dándole vueltas a su siguiente movimiento. Una cosa es saber lo que hay que hacer, lo que es correcto, y otra muy distinta llevarlo a cabo sabiendo que causarás un terrible sufrimiento a alguien a quien aprecias. No estaba preparado para pensar en lo que Rain le había dicho. ¿Si le gustaba Maddie? ¿A quién no le gustaría una chica como ella? Sólo hacía un par de meses que se conocían y no habían tenido tiempo de intimar demasiado. Pero una cosa sí tenía clara: nunca la había visto realmente como la pareja de Andrew, o no había querido verla así.

Lo que el corazón no quiere ver.

—¡Estás aquí! — exclamó Maddie aliviada. — He ido a tu piso y no me ha contestado nadie.

—No hay nadie. Sasha ha ido a una entrevista para la televisión. — contestó Álvaro.

—¡Está imparable! Parece que va a llover — observó — ¿No tienes frío?

Álvaro ni siquiera había escuchado la última frase. Estaba asomado a la azotea del edificio mirando el ir y venir del bullicio de la calle. Había venido a pensar, como casi siempre que subía hasta aquí, y la casualidad se había burlado de él enviándole a Maddie. Quizás fuera lo mejor, quizás fuera el empujón que necesitaba. Ya hacía dos semanas del incidente del hotel y no había reunido las fuerzas suficientes como para contárselo. Sasha lo hubiera hecho enseguida, pero él le había pedido que lo dejara en sus manos. No se fiaba de cómo su amigo soltara la bomba. Y aquí estaba, apoyándose también en el borde de la azotea y mirándolo fijamente.

—¿Te pasa algo? — preguntó ella.

—Si supieras algo sobre alguien, algo importante, que sabes que tienes que decir, pero que también sabes que va a afectar terriblemente a la vida de esa persona, ¿se lo dirías?

—Supongo que sí. Si va a afectar tanto a su vida descubrirlo, puede que sea peor ocultárselo, ¿no te parece? ¿Rain, Sasha...?

—Tú.

Ella hizo un gesto de sorpresa con la mirada y pensó que por fin había llegado el momento. Lo sabía. Desde que lo vio la primera vez supo que este chico sentía algo por ella, y no es que a ella no le gustara, ¿a quién podría no gustarle? ¡Lo raro era que no tuviera pareja! Por un instante se le ocurrió que en cuanto él le dijera lo que pasaba por su cabeza, la amistad que estaban construyendo día a día desaparecería de un plumazo. No sería capaz de enfrentarse a sus ojos sabiendo lo que sentía por ella, sobre todo porque a ella no

le era indiferente por mucho que eso fuera lo que lograba aparentar, y mucho menos si Andrew se olía algo.

—¿Yo? – acertó a decir tímidamente y carraspeó.

Álvaro se giró hacia ella apoyando el brazo en el borde y dijo:

—Verás...La noche que fuimos a la convención, descubrí algo sin querer, y esto quiero subrayarlo porque daría cualquier cosa por no saberlo.

Ella lo miraba atentamente.

—Sasha fue a gastaros una broma a ti y a Andrew, a vuestra habitación.

Maddie trató de recuperar en su memoria el momento en que eso había sucedido y no lo consiguió.

—En fin. Sólo hay una forma de hacer esto. – dijo con la mirada empañada por un halo de preocupación – El caso es que...sorprendió a Andrew en la cama con una chica.

Todo el cuerpo de Maddie se volvió rígido de pronto. ¿Qué demonios estaba diciendo este tío? ¿Andrew con otra? ¿En qué momento, si no se había separado de él apenas?

—¿Perdona? – consiguió articular por fin.

—Lo siento mucho, Maddie, pero tenía que decírtelo. – dijo él frotándose los labios.

Maddie estaba enfadándose por momentos y no pudo detener las palabras que ya se estaban agolpando en su garganta.

—Álvaro, estaba convencida casi desde que te conocí de que sentías algo por mí, llámalo atracción, pero esto... esto es lo más vil que he visto hacer a alguien.

El rostro de Álvaro reflejaba su absoluta confusión.

—¿Estás diciendo que me lo he inventado?

—¡Claro que te lo has inventado! ¡Dios mío! ¿Sabes lo que Andrew y yo hemos pasado juntos? ¿Tienes alguna idea de lo que nos ha costado conseguir llegar hasta aquí?

—No me lo he inventado. Sasha me lo contó – dijo él firmemente y volviendo a apoyar los codos en el borde.

—¡Sasha! ¡Está como una maldita cabra! ¡Se lo habrá inventado!

—Puede que esté como una cabra, pero sería incapaz de inventarse algo así, eso te lo aseguro.

Su mirada vagó unos instantes por el horizonte mientras ella no paraba de recordarle las tonterías que había visto hacer a su amigo en el escaso tiempo que hacía que se conocían.

—¿Sabes? – le dijo al fin – No voy a tolerar esto. Prefiero que nuestra amistad, si es que la ha habido en algún momento, termine aquí y ahora. Y, de verdad, jamás me hubiera esperado esto de ti.

Álvaro metió la mano en su bolsillo y sacó su móvil.

—Vale. A ver si piensas igual cuando lo veas con tus propios ojos – soltó desafiante, poniéndole el teléfono delante de la cara.

Maddie miró el móvil un instante y apenas tuvo tiempo de imaginar lo que su amigo podría querer enseñarle cuando en la pantalla apareció el rostro sorprendido de Andrew tal y como Álvaro le acababa de contar, en la cama con una mujer que ella recordaba haber visto en la convención. Como si un velo invisible hubiera cubierto su rostro, sus ojos se volvieron unos tonos más oscuros, igual que cuando los nubarrones anuncian la tormenta. Se llevó las manos a la boca y miró a Álvaro, que ahora ya no estaba seguro de haber hecho lo correcto, y dejó caer las lágrimas que le quemaban en los párpados.

—Álvaro... — dijo levantando su mirada hacia él mientras se limpiaba los ojos con el dorso de la mano.

—Lo siento, lo siento, lo siento –repetía él lanzándose a abrazarla como si con ello pudiera borrar todo lo que había sucedido. En aquel momento recordó

las veces que su propio mundo se había hundido a sus pies y sintió el dolor que ella estaba sintiendo ahora mismo al saberse traicionada por el hombre a quien más quería, por el que había cambiado toda su vida y hasta su forma de ser.

Permanecieron abrazados unos instantes mientras Álvaro le besaba la coronilla con todo el cariño y la compasión que sentía ahora mismo por ella. Finalmente, Maddie volvió a mirarlo a los ojos y le preguntó:

—¿Por qué no me lo has dicho antes? De eso hace ya dos semanas.

—Porque no podía soportar verte así. No tengo otra explicación. Siento haber sido yo el que te lo haya dicho.

—¿Quién más lo sabe?

—Sasha y Rain.

Sin mediar palabra, Maddie se soltó de su abrazo y se marchó lentamente de la azotea. Él se quedó allí un rato más, a pesar de las enormes gotas de agua que habían empezado a caer y que enseguida se convirtieron en una fuerte lluvia. En aquel momento pensó que quizás la lluvia consiguiera llevarse la culpa que sentía ahora mismo. No era así cómo quería decírselo, pero así habían sucedido las cosas, y ya no había vuelta atrás.

Empapado hasta los huesos, volvió a su apartamento a darse una ducha y a esperar a que volviera su compañero para contarle lo sucedido. Cuando escuchó pasos al otro lado de la puerta, a eso de las seis, pensó que era Sasha, pero oyó la puerta de enfrente y todo su cuerpo se tensó.

En el salón de su apartamento, Maddie estaba de pie junto a la ventana esperando a Andrew, a quien acababa de ver abrir el portal. Había repetido mil veces mientras daba vueltas por la casa lo que iba a decirle, pero cuando lo tuvo delante sólo pudo preguntarle por qué.

—¿Por qué? ¿De qué hablas? — dijo mientras intentaba elaborar su discurso para convencerla de que sus amigos la habían engañado. Él ya sabía que esto sucedería tarde o temprano. Ni Álvaro ni el chiflado de su amigo ruso iban a poder mantener la boca cerrada.

—No seas cínico. Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Lo he visto con mis propios ojos.

Eso confundió a Andrew, seguro como estaba de haber destruido las pruebas de su infidelidad.

—Sí. Lo he visto. ¿Sorprendido?

No podía imaginar cómo habían llegado esas imágenes hasta ella, a no ser que el móvil que le dio el ruso no fuera el suyo. ¡Maldito cabrón! Lo único que le quedaba por hacer era admitir lo que había hecho ante ella e intentar convencerla de que había bebido.

—Maddie... yo... — balbuceó antes de que ella lo interrumpiera.

—No digas nada. Quiero que cojas tus cosas y te marches ahora mismo de aquí. — dijo echándose a llorar y escondiéndose en el dormitorio.

Él la siguió, su actitud ahora mucho más fría

—Había bebido. Ella empezó a insinuarse...Casi ni recuerdo cómo pasó. De verdad, estaba demasiado borracho.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo te atreves a acabar con lo que teníamos y encima decir que ni siquiera te acuerdas? ¡Eres un maldito cabrón! — le gritó.

A esas alturas, Andrew había perdido por completo el control.

—¿Yo soy un cabrón? ¡Pues tú te liaste conmigo cuando aún estaba con Sarah!

Maddie lo miró con los ojos inundados de ira.

—¡Habías roto con ella! Rompías y volvías cada vez que te daba la gana y en aquella ocasión habíais roto – volvió a gritar ella.

—Para tu información te diré que no habíamos roto. Cuando tú y yo nos enrollamos aquella noche, decidí que se había acabado.

—¿O sea que así es como lo haces siempre? Cuando te cansas de una mujer, te lías con otra y a esperar a ver qué pasa...

Andrew se acercó a ella para agarrarla por los brazos en actitud conciliadora.

—Nena. Después de todo lo que hemos pasado juntos...

—¡No me toques! Esto te ha terminado.

—Pues si se ha terminado – gritó él cambiando totalmente de actitud — coge tus cosas tú, porque este piso y tus gastos los pago yo y no pienso irme a ninguna parte.

Maddie, arrastrada por una furia que hasta ahora jamás había sentido, y sintiéndose más humillada que nunca, lo apartó a un lado y salió todo lo rápido que pudo sin percatarse siquiera de que Andrew la seguía. Abrió la puerta y fue a llamar a la del piso de Álvaro, que abrió sorprendido por la urgencia de los golpes. Antes de que pudiera darse cuenta tanto Maddie como Andrew estaban en su salón.

—Ahora me lo explico todo – dijo Andrew mirando a Maddie que se había colocado junto a Álvaro mientras el joven se interponía entre los dos.

—¡Pero serás cabrón! ¡Has sido tú quien se ha liado con otra! – le gritó ella.

—Eso es lo que dices tú, pero mira qué rápido has venido a esconderte con él. – gritó Andrew señalando a Álvaro con el dedo.

—¡Relájate! – le instó el otro joven en tono amenazador.

—¿O qué? ¿Me vas a pegar? – contestó Andrew acercándose peligrosamente a él.

—O te calmas o llamo ahora mismo a la policía. – dijo mirándolo fijamente.

Andrew dio un par de pasos hacia atrás sin apartar la mirada de Maddie, que estaba temblando sin poderlo disimular.

—Esto no ha acabado. Ya hablaremos tú y yo – amenazó.

Y dio media vuelta abandonando el apartamento. Maddie se arrojó al sofá soltando todo el aire que había estado conteniendo.

—¡Dios mío, me tiemblan las piernas!

—¿Te ha pegado? – dijo él examinándola con la mirada.

—No. No. Tranquilo. Estoy muy nerviosa. Ha sido...Ha sido horrible. — susurró echándose a llorar.

Álvaro, que se había sentado a su lado, la atrajo hacia sí con un brazo y le besó la sien mientras intentaba averiguar cómo evitar que Andrew volviera a hablar con Maddie en la forma en que acababa de hacerlo.

—Bueno, supongo que esta noche tendré que buscar un lugar donde dormir. — apuntó ella mirando a uno y otro lado de la casa.

—Dormirás aquí.

—No quiero traerte problemas.

—Para mí sería un problema que anduvieras por ahí sola e indefensa tal y como está Andrew. No pienso permitirlo.

Se levantó un momento y se perdió en su cuarto volviendo al cabo de unos minutos con unas mantas y una almohada.

—Dormirás en mi habitación, yo me quedo en el sofá.

—No, por favor. Así me voy a sentir fatal. Déjame que duerma en el sofá. — insistió ella.

—No hay nada más que hablar. Vete a descansar un rato.

—¿Y si vuelve Andrew?

—Tranquila. Andrew no se va a acercar a ti. Te lo prometo. Descansa un rato mientras preparo la cena.

Maddie se dirigió lentamente a la habitación de Álvaro y cerró la puerta tras de sí. Lo cierto es que no le extrañaba que enseguida la hubiera tomado bajo su protección, al parecer eso era lo que hacía con las personas que le importaban y jamás se había sentido más reconfortada de pertenecer a una lista.

Un rato después, Sasha llegó a casa cantando, bailando y dando palmas con sus auriculares en las orejas. Álvaro salió de la cocina y le hizo un gesto llevándose el dedo índice a los labios para que dejara de hacer tanto ruido.

—¿Qué pasa?

—Es Maddie. Está dormida en mi cuarto.

Los ojos risueños de Sasha se volvieron aún más alegres antes de decir:

—¿Quieres decir que tú y Maddie...? – sus ojos brillaron de alegría ante la posibilidad.

—¡Venga ya! Maddie y yo nada. Le he contado lo de la convención y Andrew y ella lo han dejado... O mejor, ella lo ha dejado, porque no me fío de lo que pueda hacer él. Ha estado aquí y casi llegamos a las manos.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! Pero vive enfrente... ¿cómo vamos a evitar que se vean? ¿Y si quiere vengarse de nosotros? – preguntó entrando en pánico.

—Cálmate, nadie va a hacernos nada. Ya lo arreglaremos.

Álvaro entreabrió la puerta de su habitación y comprobó que Maddie estaba profundamente dormida. Había sido un día demasiado duro para ella y sintió una profunda compasión y cierto sentimiento de culpa al verla dormida en posición fetal con ambas manos debajo de la cara. Decidió que no la despertaría para la cena y se fue con Sasha a la cocina. Finalmente, Sasha se fue a su cuarto y él vio un rato la tele en el sofá hasta que se quedó dormido.

La mujer que fui.

Cuando despertó a la mañana siguiente y salió del dormitorio, Rain estaba tomando un café en el salón mientras veía la tele, lo cual le sorprendió bastante pues a estas horas debería estar trabajando.

—Buenos días, bella durmiente – la saludó Rain con esa franca sonrisa suya.

—Buenos días. ¿Qué haces aquí? – dijo Maddie mientras se frotaba los ojos.

—Al me pidió que me quedara contigo hasta que él volviera de entregar sus trabajos. Sasha también tenía que ir a alguna parte.

Maddie levantó una ceja.

—¿Ahora tengo que llevar guardaespaldas? – una mueca irónica le ensombreció el rostro.

—No, mujer, pero será mejor que no estés sola hasta que todo esto se relaje un poco. Al me ha contado lo de ayer. No tenía ni idea de que Andrew fuera un tío violento.

—No es violento – contestó ella inmediatamente – Es cierto que tiene mucho carácter, pero siempre ha sabido controlarse.

—Pues por lo visto ayer casi traspasó el límite.

Maddie no contestó. Rememorando la escena que Andrew montó el día anterior no podía excusarlo de ninguna manera. Se metió en la cocina y salió de ella con una humeante taza de café para sentarse frente a Rain.

—Necesito encontrar un sitio para vivir. No puedo quedarme aquí mucho tiempo. Lo último que quisiera es provocarle problemas a Álvaro, después de todo lo que está haciendo por mí.

—Te diría que vinieras a vivir conmigo, pero ya sabes cómo es mi habitación, apenas quepo yo.

—Lo sé. Gracias. Miraré en Internet a ver qué puedo encontrar.

—¡Tengo una idea! ¿Y si buscamos algo para las dos? Nos saldría mucho más barato y no estaríamos solas. ¿No te gustaría?

Maddie sonrió:

—¿Tú y yo? ¡Pero si eres casi una niña!

A Rain no le gustaba nada que no la tomaran en serio.

—¡Eh, cuidadito! Seré más joven que tú pero podría enseñarte muchas cosas.

—Déjame echar un vistazo y hablemos, ¿vale?

Rain asintió e indicó a Maddie que la siguiera hasta el cuarto de Sasha para usar su ordenador.

—¿No se molestará si entramos sin permiso?

—¿Sasha? ¡Qué va! Sólo nos prohíbe la entrada cuando está grabando alguna de sus chorradas. Por cierto, ten cuidado porque hoy le oí protestar diciendo que necesitaba material nuevo, lo que significa que hay que estar atentos. Cualquiera sabe lo que se le puede ocurrir.

Durante un buen rato las dos chicas navegaron por Internet mirando apartamentos que no quedaran muy lejos de allí y que no fueran excesivamente caros. Ninguna de las dos ganaba un gran sueldo, aunque les daba para pagar las facturas. Seleccionaron unos cuantos y después llamaron por teléfono para concertar las visitas. Afortunadamente, este barrio se caracterizaba por la afluencia de turistas y gente de paso, lo que les facilitó enormemente la tarea.

—Debería ir a recoger mis cosas mientras Andrew está fuera, ¿no crees?

—¿Estás segura de que no está?

—Sí. A estas horas está trabajando.

—Venga. Entonces voy contigo y te ayudo. – Antes de que Maddie pudiera

levantarse del sofá, Rain le cogió la mano — ¿Cómo lo llevas? — preguntó preocupada.

—Mal, Rain, mal. Pero no pienso andar por ahí arrastrando penas. Él ha hecho mucho por mí, ha sido muy importante en mi vida, al parecer yo en la suya no tanto. Creo que no fui objetiva cuando me enamoré de él. Fue ese tipo de amor que no te deja pensar con claridad.

—¿Es que hay más tipos? — preguntó Rain con una sonrisa cínica en los labios.

—Supongo que sí, pero yo no los conozco. Me entrego por completo a la otra persona, aunque tengo que reconocer que esta vez me he pasado. Poco a poco me fue absorbiendo y en menos de seis meses sólo lo tenía a él. Decía que no necesitaba trabajar, que él ganaba suficiente para los dos, luego me fui a su casa un tiempo y empezó con la idea de tener un hijo.

—Sí que iba en serio.

—Lo peor es que yo estaba loca por él y por ser madre. Supongo que será cosa de las hormonas y el maldito reloj biológico. Todo me parecía perfecto. Estaría un tiempo cuidando al bebé y ya veríamos cuando fuera un poquito más grande cómo me organizaba para volver al trabajo. Todo tenía tanto sentido, Rain.

—Me lo imagino.

—Y él es posesivo, lo es con todo, con sus amigos, con su trabajo, conmigo...Yo lo sabía, lo que no hubiera imaginado en la vida es que podría engañarme con otra. Y si al menos hubiera sido amor...no sé cómo explicarlo. Si no hubiera sido un simple polvo de una noche de borrachera, creo que habría dolido menos. Ahora me siento como una mierda, como alguien a quien han dejado tirada por nada.

Cuando las lágrimas empezaron a brotar, Rain la abrazó.

—Tranquila. Todo pasará, ya lo verás. Date tiempo y no seas tan dura contigo misma.

—Debí haber guardado algo para mí porque ahora mismo siento que me he quedado sin nada.

Rain se levantó del sofá y le tendió la mano:

—¿Cómo que sin nada? ¿Y nosotros qué somos?

—Vosotros sois lo único bueno de toda esta historia. Ojalá os hubiera conocido antes. Seguramente no hubiera hecho tantas tonterías.

Maddie le dio la mano y se levantó. Ambas se dirigieron al apartamento que hasta entonces había compartido con Andrew a recoger las pocas pertenencias de la joven. No pensaba llevarse absolutamente nada que él le hubiera comprado, lo cual redujo enormemente su lista. Metió algo de ropa, un par de objetos y sus enseres personales en una pequeña maleta y volvieron al piso de Al, sorprendiendo a Sasha que estaba abriendo la puerta.

—¡Joder, qué susto! Tengo el corazón en el culo

Las dos chicas estallaron en carcajadas.

—¡Querrás decir que tienes el corazón en la boca!

—¡No sé lo que quiero decir! ¡Me habéis dado un susto de muerte! Creí que era Andrew.

Los tres entraron al piso de Sasha y volvieron a salir enseguida para ir a ver los apartamentos candidatos a convertirse en el nuevo hogar de Maddie y Rain. Varias personas saludaron a Sasha en la calle y tuvo que firmar unos cuantos autógrafos por el camino, lo que le dio una idea a Maddie de la popularidad de la que gozaba su amigo en la ciudad.

Después de tres pisos, finalmente tanto Maddie como Rain se enamoraron literalmente de uno que habían visitado dos calles más abajo, justo frente a un Starbucks. No era muy grande, pero constaba de dos dormitorios, un baño, una cocina independiente y, la estrella del lugar, una terraza a la salida del salón, que no tendría más de veinticinco metros cuadrados, pero donde las dos amigas ya se habían imaginado a sí mismas tomando el sol, los pocos días en que eso era posible en Londres, o cenando relajadamente al aire libre. Sasha tuvo que pagar

la fianza y un mes por adelantado para que sus amigas no perdieran la oportunidad. A la hora de comer, se metieron en el pub al que solían ir a menudo, donde por primera vez se habían reunido todos a tomar unas cervezas, hacía ya más de tres meses.

Álvaro no se alegró demasiado de que hubieran encontrado algo tan pronto.

—No te vas a ir de aquí hasta que las cosas se hayan calmado. Todavía falta ver la reacción de Andrew cuando vea que te has llevado tus cosas.

Maddie sabía que tenía razón. Pronto Andrew volvería del trabajo y sabía perfectamente dónde encontrarla. Le daba miedo que provocara algún altercado serio con sus amigos. Y no andaba mal encaminada, algo que descubriría esa misma tarde.

Tres golpes secos y contundentes retumbaron en los oídos de Maddie y saltó del sofá. Álvaro se levantó también y, tomándola de la mano le indicó que se sentara. Sabía que sería Andrew y no iba a permitir que entrara a su casa. Esta vez no iba a arriesgarse.

Cuando abrió la puerta, un Andrew fuera de sí le dijo con tono irónico:

—Vaya, así que ahora te has puesto en el papel de héroe. — dijo en actitud desafiante.

—Andrew, no quiero discutir contigo. ¿Qué quieres?

—No me vas a impedir hablar con Maddie. ¿Acaso se ha mudado aquí?

—No vas a hablar con ella mientras esté yo, que te quede claro. Y no, no se ha mudado aquí.

Andrew estaba a punto de perder el control, sudaba y casi no acertaba a articular palabra.

—No te vas a salir con la tuya. Es mi mujer.

—No es tu mujer. — dijo Al firmemente y cerró dando un portazo dejando a Andrew a oscuras en el rellano.

Cuando entró de nuevo en su salón, Maddie estaba nerviosa dando vueltas por la estancia.

—Álvaro, tendré que hablar con él tarde o temprano.

—Cuando se tranquilice. No sé de lo que sería capaz ahora mismo.

—No quiero causarte problemas, de verdad –dijo entre sollozos.

Álvaro la apretó contra su pecho.

—No me causas ningún problema. Para eso están los amigos. Deja que se calme un poco y luego habla con él. Creo que lo que le pasa es que estaba convencido de que no te ibas a enterar de su infidelidad y no esperaba nada de lo que ha pasado después.

Era bastante tarde cuando Sasha entró en casa tarareando una canción y saludó a Álvaro, que estaba tumbado en el sofá cambiando compulsivamente de canal con el mando a distancia.

—¿Aún despierto?

—Sí – contestó él sin prestar demasiada atención.

—Adivina a quién le han dado las llaves de una preciosa y enorme cabaña en el Lake District– dijo señalándose a sí mismo con las dos manos.

—¿Quién puede fiarse de ti hasta ese punto? – contestó Al en tono burlón.

—Eso no te lo voy a decir. Pero te diré que es alguien muy famoso y que ha sido idea suya. Me lo ha ofrecido nada más acabar la entrevista.

—¿A cambio de qué?

—¡Eres un desconfiado! – carraspeó un momento – Bueno, a cambio de que le presente a un par de youtubers que le gustan.

—¡Lo sabía! No es un precio demasiado alto. ¿Y cuándo te vas?

—Nos vamos.

—¿Nos vamos? ¿Quiénes?

—Tú, yo, Maddie y Rain. Y si quieres puedes decírselo a Brian, pero a nadie más.

—No puedo irme de la ciudad cuando a ti te parezca, tengo trabajos que entregar.

—No se trabaja en Navidad. Cualquiera puede coger un par de días libres por esas fechas. Aún te quedan un par de semanas. Puedes acabar lo que tengas pendiente.

De repente en la mente de Álvaro empezaron a aparecer razones por las que esta idea no era para nada disparatada. Estarían en el campo, relajados, y lejos de Andrew, que era lo que más le preocupaba ahora mismo.

—No sé si Rain podrá conseguir días libres en plenas fiestas.

—¡Oh, vamos! Ni que fuera Madonna. Claro que podrá. Que le pida a alguna amiga que cante por ella un par de noches. ¡Venga, hombre! Campo, cabaña, chimenea... Ni en tus mejores sueños hubieras imaginado unas navidades así.

Quizás no fuera mala idea después de todo, aunque con el tiempo que suele hacer por esas fechas en Londres, probablemente no podrían salir de la cabaña por culpa de la lluvia o de la nieve. Esa idea lo atrajo aún más. Ya podía verse a sí mismo junto a la chimenea encendida, disfrutando de una copa de vino mientras Sasha preparaba la cena y las chicas charlaban. Con aquella imagen en la mente se quedó dormido.

Cuando despertó por la mañana, escuchó a alguien en la cocina y el aroma del café recién hecho acabó de despertarlo. Hacía bastante frío y llovía con fuerza. Se acercó un instante a la ventana y abrió la cortina para ver la calle prácticamente desierta debido a la lluvia.

—Buenos días – dijo Maddie entrando el salón con su taza de café prácticamente envuelta por sus manos intentando atrapar el calor que desprendía — ¡Menudo frío hace hoy!

—Ya lo creo. ¿Hay uno de esos para mí? — preguntó señalando el café con la barbilla.

—¡Claro! Acabo de hacerlo.

El joven se dirigió a la cocina y volvió con una taza en la mano.

—Álvaro, quiero hablar contigo.

—Adelante — dijo dando un sorbo a su café.

—Rain y yo nos vamos a mudar hoy. Vendrá dentro de un rato.

—Maddie...—interrumpió Al.

—Lo sé. Lo sé. Pero tarde o temprano tendré que hacerlo, y enfrentarme a Andrew también. No podré evitarlo siempre. Álvaro — dijo ahora sentándose frente a él en el sofá — Yo no soy la mujer que tienes delante. Siempre he sido muy independiente, ¿cómo sino hubiera venido a parar aquí desde España? Me enamoré y cometí el peor de los errores, moldearme por completo para adaptarme a otra persona. Tengo que recuperar a la Maddie que fui, y para eso tengo que cerrar este capítulo de mi vida.

Él la escuchaba atentamente y aunque le hubiera gustado tener la seguridad de que Andrew no le iba a dar un quebradero de cabeza a Maddie, sabía que tenía toda la razón. Le puso la mano en la mejilla y le preguntó:

—¿Estás segura? — preguntó preocupado.

—Sí. Da igual hoy que dentro de una semana o dos, tengo que enfrentarme a ello.

Maddie se fue a la habitación de Álvaro a recoger sus cosas y una hora más tarde ella y Rain salieron juntas de allí cada una con su equipaje y llevando un paraguas que, según podía ver Álvaro desde su ventana, no iba a ser de demasiada utilidad. Rain había comprado un cartel de latón donde podía leerse HOGAR, DULCE HOGAR, que era lo primero que pensaba colgar en la entrada de su nuevo apartamento, porque presentía que iba a ser su casa durante mucho tiempo.

¡Vacaciones!

Querido amigo:

No quisiera tener que contarte todo lo que me ha sucedido en las últimas semanas. La convención de la que te hablé fue una mierda total. Al principio todo muy bien, muy divertido. Cena, copas con otras chicas, y ese tipo de cosas que hacen que abandones un poco la rutina. Pero Andrew también encontró la forma de hacer más soportable su asistencia al evento: Se acostó con otra. Ya sé lo que estarás pensando, te conozco demasiado bien y sé que Andrew no te hubiera gustado. Ahora mismo ni siquiera entiendo cómo no lo vi antes, si todas sus relaciones habían empezado y acabado de la misma forma. Por supuesto, lo hemos dejado, pero eso no quita que me sienta fatal. Aparte de traicionada, siento que he perdido un tiempo precioso engañándome a mí misma, mimetizándome con alguien que no me quería a mí, sino a la persona en la que me quería convertir. Lo único bueno de todo esto es que creo que por fin vuelva a quererme yo. Te necesito aquí, lo sabes.

Con mucho cariño, Maddie.

Maddie apenas podía creer que las cosas le estuvieran yendo tan bien. Trabajar desde casa estaba siendo mucho más satisfactorio de lo que había pensado, y eso que ya había visto cómo lo hacía Álvaro y sabía más o menos lo que se iba a encontrar. No le pagaban mucho, pero le daba para vivir y pagar sus facturas. Y compartir casa con Rain estaba resultando una tarea bastante sencilla. Rain se levantaba más tarde que ella y para ese momento Maddie ya había trabajado un buen rato, desayunaban juntas y recogían un poco la casa y la chica se marchaba a su trabajo lo que volvía a darle a Maddie tiempo más que de sobra para trabajar. Nadie le imponía un horario, y trabajaba cuando ella quería, ya fuera de día o de noche. En una semana había recuperado la esperanza y la ilusión por volver a ser quien fue.

Aquella tarde volvía de comprar algunas cosas en el supermercado cuando al abrir el portal se encontró de golpe con Andrew apoyado contra la pared de la entrada. Dio un respingo, pero sorprendentemente pudo mantener la calma, algo que jamás hubiera imaginado. Fue él quien habló primero:

—No quería asustarte. Sólo quería hablar contigo – su tono era conciliador.

—Aquí estoy – dijo ella soltando las bolsas en el suelo.

—¿No podemos hablar en cualquier otro sitio? Aquí no vamos a tener mucha intimidad.

Maddie volvió a coger las bolsas del suelo y pensó que lo mejor sería volver a salir y buscar alguna cafetería donde estuvieran a la vista de todo el mundo. Después de los últimos encontronazos no confiaba lo más mínimo en las intenciones de quien fuera su pareja hasta hacía más o menos un mes. Una vez sentados en la cafetería Andrew volvió a la carga.

—Siento mucho todo lo que ha pasado. Sé que te he hecho mucho daño y nunca fue esa mi intención.

—Te voy a decir lo que más me duele de todo esto. Aparte de que te acostaras con otra, borracho o no, importándote así una mierda lo que había entre nosotros, lo que más me ha dolido es que me lo hayas ocultado.

—Maddie... Quise decírtelo tantas veces – dijo él disculpándose – Pero nunca encontraba el momento. Cada vez que creía que sería una buena ocasión para hablar contigo me imaginaba todo lo que sucedería después y no podía soportarlo.

—No me merecía esto – dijo ella con las lágrimas bañando ya sus párpados – Tú mejor que nadie sabes lo que me costó abrirme a ti. He compartido contigo cosas que jamás le he contado a nadie. Eso es más que el amor o el sexo, es confianza.

Andrew suspiró y miró hacia la cristalera de la calle. Luego volvió a mirarla fijamente:

—Sé que no me lo merezco, sé que lo he hecho todo mal y que ha sido demasiado como para que puedas perdonarme, pero al menos me gustaría que no acabáramos así.

—Andrew... Déjame preguntarte algo, si no lo hubiera visto con mis

propios ojos, ¿me lo hubieras dicho?

Él apartó de nuevo la mirada, incapaz de contestar.

—Lo sabía. Nunca me habían hecho algo así. Eras lo que más quería en el mundo. Lo di todo por ti. Eres la única persona que lo sabe todo sobre mí.

Andrew no sabía qué decir. Todo lo que ella le estaba reprochando era verdad, y su comportamiento durante y después de que ella lo descubriera también había dejado mucho que desear. Hasta a él le parecía demasiado pedir que siguieran siendo amigos.

—Sólo puedo decir que lo siento, y que espero que la próxima vez que te enamores, lo hagas del hombre correcto.

—Eso va a tardar mucho en suceder, créeme.

—Me gustaría que todo hubiera sido de otra manera.

Maddie tomó el último sorbo de su taza, se limpió de nuevo las lágrimas y se levantó dispuesta a coger sus bolsas y marcharse. Esta vez Andrew no la detuvo, simplemente se quedó allí sentado contemplando cómo ella abandonaba el local.

Cuando le contó lo sucedido a Rain durante el rato que volvían a coincidir a la hora de comer, la chica se lo pensó un instante antes de preguntar:

—¿Crees que no te va a molestar más?

— Espero que no, la verdad. No tenía la misma actitud que las otras veces que ha querido hablar conmigo. Estaba calmado, arrepentido. Creo que ambos nos hemos dicho todo lo que nos quedaba por decir.

—¿Serías capaz de perdonarlo? – preguntó Rain intrigada.

—No. – contestó ella rotundamente – No sé si la palabra correcta es perdonar. Jamás podría volver a confiar en él, ni siquiera como un amigo más. Los amigos no se hacen daño.

—¿Y si cambiamos de tema? ¿Has podido arreglar lo de los días libre para

Navidad?

—No hay problema. Estoy trabajando como una loca. Puedo permitirme descansar unos días. ¿Y tú, hablaste ya con tu jefe?

—Sí. Me dijo que me contestaría en un par de días, así que espero que hoy me diga algo, aunque no creo que haya problema, Sasha le iba a presentar a otra chica que podría actuar por mí.

—¡Ay, Sasha! Con lo pirado que está y que no podamos vivir sin él.

—Es un buen tío, créeme.

—Lo sé.

Como cada día, después de comer Rain volvía a su trabajo y ella al suyo durante un buen rato y ahora con más motivo aún pues quería quitarse de encima todas las correcciones que pudiera. Le apetecía mucho pasar unos días entre amigos, cocinando, charlando, quizás, con un poco de suerte, hasta podrían dar algún paseo por el bosque. Necesitaba tanto llenar sus pulmones de aire fresco, de vida nueva, de ilusión...Ahora que parecía que su relación con Andrew había acabado del todo y que no tendría que volver a verlo nunca más, por fin se sentía libre. Se levantó y vio que de nuevo había empezado a llover, lo que echó por tierra sus planes de salir a correr por el parque. Echó un vistazo a su móvil. Nada. Envío un par de mensajes a Álvaro, y al cabo de unos minutos él contestó.

“¿Aburrida?”

“Hoy hablé con Andrew”

Lo siguiente que escuchó fue el timbre de su móvil. Era Álvaro.

—¿Estás bien? ¿Quieres que vaya?

—Tranquilo, estoy bien. Creo que necesitaba mucho esa conversación.

—Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

—Lo sé. Gracias.

—¿Vienes el jueves entonces?

—¡Por nada del mundo me lo perdería!

—Te esperamos en casa. Un beso, preciosa.

—Gracias por llamar.

El jueves llegó como lo hacen todas las cosas buenas de la vida: lentamente, haciéndose rogar, como si no tuviera intención de aparecer nunca. Pero llegó finalmente y por la tarde, los cuatro colocaron sus respectivas bolsas de viaje en el maletero y emprendieron la marcha hacia su aventura navideña particular. Tardaron más de tres horas en llegar, y un buen rato más en encontrar la cabaña, donde por fin aparcaron el coche. Para sorpresa de todos no había llovido durante todo el camino, lo cual era de agradecer.

El primero en entrar y empezar a encender luces fue Sasha. Si por fuera no se veía demasiado grande, por dentro la cabaña era bastante más amplia de lo que parecía a simple vista. Los recibió un salón con un sofá y un par de sillones frente a una gran pantalla de televisión, y una gran mesa alargada con sillas junto a la ventana que daba a la calle. Todo de estilo muy rústico, con vigas de madera adornando el techo y dos enormes lámparas negras de forja arrojando luz sobre la estancia. La cocina estaba dentro del salón, separada por una barra con varios taburetes y en una de las esquinas del salón una chimenea prometía más de un momento acogedor. Rain parecía una cría entrando y saliendo de las habitaciones una vez hubo dejado su mochila en el suelo del salón nada más entrar.

—¡Cuatro dormitorios y todos con baño! – gritaba dando saltitos a los que se unió Sasha.

—¡Pues claro! ¿Qué esperabas? No os iba a invitar a un cuchitril.

—Venga, cada uno que escoja un cuarto – dijo Álvaro sin poder esconder su curiosidad y adentrándose en el pasillo que dejaba los dormitorios uno a cada lado. —¡Me quedo con éste! – dijo lanzando su equipaje sobre la cama de la primera habitación.

—¡Y yo aquí! – dijo Maddie desde la habitación de enfrente.

Rain y Sasha se quedaron cada uno con una de las restantes y fueron a buscar la cocina. Antes de abrir el frigorífico, Sasha soltó henchido de orgullo:

—Si todo va bien, debe estar a rebosar de comida.

Y acto seguido lo abrió para mostrar que no exageraba lo más mínimo.

—Y... — dijo haciendo un redoble de tambor — Venid al salón.

Todos lo siguieron y les mostró un par de cajas muy bien embaladas que pasaban desapercibidas justo a un lado de la puerta de entrada. Se miraron unos a otros interrogantes hasta que él añadió:

—¡Árbol de Navidad, joder! ¡Y adornos!

Un enorme “Ooooooh” inundó la habitación.

—¿Lo montamos? — preguntó con la mirada de un niño ilusionado.

—No tenemos nada mejor que hacer. Preparamos unos sándwiches y nos ponemos a ello. ¿Qué os parece? — sugirió Rain.

—¡Genial! — añadió Maddie y le dio un enorme y caluroso abrazo a Sasha, que fingió avergonzarse. — Gracias, Sasha. No me puedo imaginar una Navidad sin árbol.

—Puedes seguir agradeciéndomelo hasta que te canses — dijo él, burlón, a lo que ella respondió dándole una palmada en el hombro y añadiendo:

—De ilusiones también se vive.

Entre todos prepararon unos cuantos sándwiches y abrieron una botella de vino que tardaron poco en apurar, mientras rasgaban las cajas y sacaban el contenido. Sasha encendió la chimenea y las llamas empezaron a chisporrotear mientras la leña ardiendo crujía a la par. Un árbol relativamente grande, tiras de luces, guirnaldas y adornos variados, todo en tono plata y blanco. En menos de una hora, apagaron las luces del salón para simular un encendido oficial del árbol que ya habían montado y cuando las guirnaldas iluminaron la estancia, todos aplaudieron y brindaron dando por inauguradas las primeras fiestas navideñas que pasarían juntos. Aún era día veintidós, y estaban agotados por el viaje y las

emociones, así que, para media noche, todos se habían recluido en sus habitaciones para descansar tras decidir que, obviamente si el tiempo lo permitía, al día siguiente saldrían a hacer senderismo por los alrededores.

A la mañana siguiente un frío desolador invadió la cabaña. La chimenea se había apagado y al parecer tenían que haber encendido los radiadores para que se aprovechara el agua caliente toda la noche. El primero en notarlo fue Sasha, que se despertó al tener la nariz helada al ser lo único que sobresalía de la ropa de cama. Se levantó y se lio el edredón mientras castañeaba los dientes camino del salón para volver a encender el fuego. Los demás, o no se habían dado cuenta, o no habían tenido el valor suficiente para levantarse. Sasha recuperó el calor junto al fuego y puso en marcha de nuevo la calefacción antes de reunir las fuerzas necesarias para quitarse el edredón y preparar café. Cuando el aroma del negro brebaje inundó el salón y se coló por las rendijas debajo de las puertas, el resto de los habitantes de la cabaña empezó a aparecer uno a uno. Primero Rain, que incluso venía haciendo el gesto de querer atrapar todo el aire que oliera a café, luego Álvaro, que salió con su camiseta de deporte y su pantalón de felpa apartando a Rain del camino a la cafetera, y por último Maddie, que se tiró sobre el sofá medio dormida pidiendo que alguien fuera tan generoso como para prepararle una taza.

Después de desayunar y, viendo que a pesar del frío no había caído ni una gota de agua ni un miserable copo de nieve para adornar sus primeras fiestas juntos, salieron mochila a cuestas a explorar los alrededores cargados con vino y bocadillos por si no regresaban a la hora de comer. Sasha estaba exultante, en toda su salsa, ejerciendo de anfitrión del resto, seguido de cerca por Rain. Algo más atrás los seguían Álvaro y Maddie.

—¿Has dormido bien? – preguntó él, echándole el brazo por los hombros.

—Sí. Deja de preocuparte por mí.

—No estoy preocupado – contestó con media sonrisa.

—Lo que tú digas.

Se apresuraron para alcanzar a sus dos amigos que no paraban de admirar el paisaje verde y espeso. Sasha iba grabando de vez en cuando. La idea era llegar

hasta el lago, descansar y comer allí y después volver para pasar la tarde en la cabaña. Charlaron, rieron y escucharon varias anécdotas de Sasha que los dejaron con la boca abierta. Siempre conseguía no ser uno más, quizás por eso tenía tanto éxito en lo que hacía, y eso que había empezado hablando solo en su cuarto delante de un ordenador.

El color gris plomizo del cielo y el frío que traspasaba sus chaquetones y botas de montaña presagiaba una nevada que no iba a tardar en llegar, así que en cuanto comieron y se hicieron unas fotos, emprendieron el camino de vuelta para estar en la cabaña antes de que empezara a nevar. Un calor acogedor que todos agradecieron los recibió al abrir la puerta. A pesar de los gorros y la ropa de abrigo, tenían las mejillas y las narices rojas como pimientos. Se dirigieron a sus respectivos cuartos para quitarse toda aquella ropa y ponerse cómodos. Las chicas se echaron a reír al encontrarse en el pasillo ambas en pijama, y Sasha se unió a ellas con su pijama de Spiderman. El único que, al parecer, no usaba pijama era Álvaro, que se había vuelto a colocar su pantalón de felpa y su camiseta.

—Veo que no pensáis ir muy lejos hoy – se echó a reír cuando los vio a todos como si fueran a meterse en la cama.

—Claro que no vamos a ir a ningún sitio. Hoy voy a preparar una maravillosa cena especial. – informó Sasha.

—¡Qué bien! ¡Te ayudaremos! – se ofrecieron casi al unísono.

—De eso nada. Nadie va a meter las manos en mi comida especial. Ya podéis estar buscando algo para entreteneros.

Álvaro, que se había ido acercando al sofá que había frente a la tele, se sentó y con un par de movimientos bruscos sacó el asiento en el que se había colocado:

—¡Hey! Es de los que se amplían. Ven, Maddie, siéntate y saca el otro asiento.

Maddie hizo lo que le había dicho y, como si se hubieran leído la mente se tumbaron unos frente a otro.

—¡Qué pasada! Podemos ver una peli mientras Sasha cocina. — dijo mientras veía cómo Álvaro le masajeaba los pies.

—¡Oooooooh, qué gustazo! No es buena idea estrenar botas el día que se hace una ruta tan larga.

—Si te molesta, paro — dijo él con sonrisa burlona.

—Si paras te quedas sin dientes de una patada.

—¡Joder, qué agresiva! — dijo echándose a reír.

Al cabo de un rato el olor del asado de Sasha inundó la estancia despertando en todos ellos los mejores recuerdos de su infancia. Mamá en la cocina, toda la familia entrando y saliendo, poniendo la mesa, los críos jugando, el árbol de Navidad...

—Nunca deberíamos dejar de ser niños — suspiró Maddie.

—No te pases — protestó Rain hecha un lío en el sofá de al lado. — Ser un crío está bien, pero no me negarás que ser independiente y poder hacer tu vida está mucho mejor.

—Bueno, para lo que algunos hacen con sus vidas, igual no merece la pena crecer... — añadió Maddie con tono triste.

Álvaro, que a estas alturas ya estaba concentrado en un documental sobre imágenes por satélite, añadió:

—¡Eeeeh! Hemos venido a divertirnos, ¿vale? No quiero penas. ¡Sasha! Pon aquí unas copas de vino, a ver si emborrachamos a Maddie y se alegra de una vez.

Sasha no tardó en aparecer con una bandeja con copas de vino y picoteo, lo que consiguió que los demás enseguida se incorporasen en sus asientos para dar cuenta de todo.

—¡No comáis mucho! Tenéis que probar todo lo que estoy preparando.

Rain se preguntaba por qué tanta cantidad de comida, si sólo estaban cuatro y, además, ésta no era “la noche”, al día siguiente sería Nochebuena y

entonces sí que hubiera entendido tanto follón.

—¿No crees que te estás pasando un poco, Sasha? — se atrevió a preguntar.

—Tú calla y bebe. Ya me lo agradecerás.

Al cabo de un rato colocaron el mantel y unas cuantas velas encendidas repartidas por toda la mesa junto con los platos y los cubiertos. Cuando Sasha empezó a traer platos con comida, se sentaron y esperaron a estar todos juntos para probarla.

Rain se lanzó de cabeza a por un filete ruso, que era lo que más le gustaba de lo que veía, mientras que Álvaro optó por una croqueta que olía a gloria. Maddie también optó por el filete.

—Adelante, probadlo. Vais a flipar.

Empezaron a cortar la comida y Rain puso los ojos en blanco antes de gritar:

—¡Pero Sasha, qué coño es esto! — mientras él intentaba disimular las carcajadas escondido tras su servilleta — Parece — decía mientras seguía cortando su filete y descubriendo una especie de fibra verde— Pero qué...¡Es un puto estropajo! — gritó al fin — ¿En serio has empanado un estropajo?

—¿Y de qué son las croquetas? ¿Es... — Al intentaba formular la pregunta mientras se sacaba un trozo de croqueta de la boca y lo ponía en la servilleta para observarlo — ¿Es un corcho? ¡Un corcho, Sasha!

Maddie enseguida empezó a cortar su filete para comprobar que era exactamente lo mismo, un estropajo, aunque en su caso de color azul. A estas alturas Sasha ya no podía parar de reír y les decía a los demás que saludaran a la cámara que había escondido en un rincón del techo. Lo siguiente que recibió fue una ducha de su propia comida de pega.

—¡Parad, parad! El asado es bueno. — gritaba intentando esquivar las croquetas.

—Pues si es bueno — dijo Rain entrando a la cocina a por la bandeja que

contenía el asado – Ya lo puedes estar probando tú primero. – y le dio el cuchillo y el tenedor sin quitar la vista de encima. Los demás esperaban divertidos.

—¿Os encantaría que fuera de pega también, verdad? – preguntó el otro sin dejar de reír. Se sirvió un trozo de carne y lo cortó para luego metérselo en la boca y saborearlo como si hubiera probado un trozo del mismo cielo. Rain estaba a punto de servirse un trozo cuando Álvaro la advirtió:

—Espera cinco minutos, puede que lleve picante o cualquier otra cosa.

—No lleva nada. Esta es la cena de verdad. Podéis comer.

Ellos se miraron y se atrevieron a servirse un poco de carne y verdura asada en el plato sin dejar de mirar a Sasha por si mostraba alguna reacción extraña. Finalmente, todos degustaron el asado que, efectivamente, era de los mejores que había probado nunca. Charlaron, bebieron y brindaron, e incluso se rieron de la ocurrencia de su amigo. Cuando empezaron a recoger la mesa, Sasha dijo casi en un susurro:

—Puede que le haya añadido un poco de laxante al asado.

Álvaro soltó la bandeja y se fue hacia él en actitud amenazante mientras Sasha caminaba lentamente hacia atrás:

—¡Es broma! ¡Es broma! ¿No ves que yo también he comido lo mismo?

Al se detuvo y dio por buena la explicación, aunque quizás no llegaran a saber la verdad hasta la mañana siguiente, cuando quisieran ir al cuarto de baño.

Una vez sentados frente a la tele, decidieron ver una película y como era habitual por estas fechas, emitían Love actually en uno de los canales.

—¡Deja esa, Sasha! – dijo Rain. – Me encanta esa película. La habré visto unas diez veces y nunca me canso.

Rain en su sillón totalmente estirada gracias a una plataforma que salía de debajo de su asiento, al igual que Sasha, y Álvaro y Maddie en el mismo sofá, aunque esta vez ella delante de él los dos con los pies en la misma dirección, se perdieron en la película hasta que terminó. Para entonces, los del sofá se habían

quedado dormidos como dos marmotas tal y como estaban, ella delante y él detrás. Álvaro había pasado un brazo por debajo del cuello de Maddie y el otro descansaba plácidamente sobre su costado. Sasha y Rain se miraron y se entendieron perfectamente sin hablar: Puede que la idea de que hubiera algo entre Al y Maddie algún día no fuera del todo descabellada. Antes de meterse en sus habitaciones, asomaron la nariz a la ventana para descubrir que había empezado a nevar y que ya había cuajado una buena cantidad de nieve:

—Esto sólo significa una cosa – susurró Sasha — ¡Guerra de bolas de nieve!

—Jajajaja. ¿Cuántos años tienes, Sasha? ¿Catorce?

El joven sonrió triunfal y echó a andar de puntillas hacia el pasillo de los dormitorios seguido por una Rain que se preguntaba si lo mejor de él no sería precisamente que no pensaba madurar nunca.

Por la mañana, Álvaro abrió los ojos lentamente y necesitó un momento para ubicarse, no demasiado, pues el olor a vainilla del pelo de Maddie le hizo caer enseguida en la cuenta de que no se habían ido a dormir a sus respectivos cuartos. Intentó sacar el brazo de debajo de su cuello sin despertarla, pero ella enseguida se removió y murmuró un “no” apenas audible, así que optó por esperar unos minutos más. Observó unos instantes a la chica, ahora que sería imposible que se diera cuenta y pensó que Andrew no estaba en su sano juicio para haberla dejado escapar. Hay muy pocas personas en el mundo que pongan toda la carne en el asador a la hora de mantener una relación, sin importarles siquiera perderse a sí mismos en el intento. Y él ya sabía que Maddie era una de ellas. Cuando oyó que de nuevo su respiración se había relajado y dormía profundamente, se soltó de ella con toda la paciencia de que fue capaz y fue a su dormitorio al cuarto de baño, pasando antes por la ventana del salón para descubrir que fuera todo estaba blanco como en una postal navideña. *¡Fantástico!* *¡Guerra de bolas!*, se dijo a sí mismo sin poder evitar sonreír mientras repasaba su móvil dando tiempo a que Maddie se despertara. Si entraba ahora a preparar el desayuno, seguramente la despertaría, y lo que más necesitaba era dormir y relajarse. Estuvo un buen rato mirando sus redes y enviando unos cuantos mensajes a sus amigos con fotos del paisaje que los rodeaba tomadas desde su ventana, hasta que el sonido de movimiento en la cocina le indicó que ahora sería

un buen momento para entrar, si no era Maddie, sería otro de ellos y la habría despertado. Desayunaron todo lo rápido que pudieron ansiosos por salir fuera a disfrutar de la nieve.

El primero en salir fue Álvaro, que llamó a Sasha con urgencia, como si le pasara algo. Sasha se lanzó al exterior a ver qué sucedía y recibió la primera bola de nieve en el pecho.

—¡Oh, no! No debiste haber hecho eso, amigo. — decía mientras cogía nieve para formar una bola y Álvaro se alejaba a parapetarse en la arboleda.

—No huyas, cobarde. Te voy a dar de todas formas. — dijo echando a correr tras él.

Las chicas salieron también y Maddie lo primero que hizo fue coger un puñado de nieve y lanzárselo a Rain, que ya preparaba su bola para ella. Huyeron también hacia la arboleda y recorrieron todos los alrededores tirándose bolas de nieve y riendo a carcajadas, y Sasha de vez en cuando grababa algunas imágenes en vídeo, hasta que ya no pudieron más y volvieron a la cabaña. Cuando Maddie iba a abrir la puerta para entrar, Sasha la interrumpió:

—¿Qué haces? ¡Ahora hay que hacer un muñeco de nieve! — decía Sasha con el entusiasmo de un crío. Rain enseguida empezó a acumular nieve para montar el cuerpo y en un rato tuvieron un guardián de nieve junto a la puerta de la cabaña, con escoba y zanahoria como nariz. A falta de sombrero, Sasha le puso uno de sus gorros de lana y se hicieron varias fotos junto a él, como si fuera uno más del grupo. Cuando volvieron dentro era ya hora de preparar algo para comer. Se sirvieron unas copas de vino y empezaron a preparar aperitivos fríos.

—No toquéis lo que hay en la parte de debajo del frigo — advirtió Sasha — es el pavo para esta noche.

—Ni se te ocurra... — empezó a hablar Álvaro, pero su amigo lo interrumpió.

—¿Cuándo me has visto repetir broma? — le preguntó con mirada segura, lo que, en cierto modo, tranquilizó al joven.

Después de comer, ya sentados frente a la tele, Rain sugirió que sería un

buen momento para jugar a algo divertido. Pasaron por jugar a las películas, al Pictionary y acabaron jugando a la botella mientras disfrutaban de la merienda. Sasha, como siempre, inauguró el juego. Quien fuera el objetivo de la botella podía elegir entre contestar una pregunta, dar un beso o hacer algo que los demás le indicarían. Sasha hizo girar la botella y ésta apuntó claramente a Maddie.

—¿Qué eliges, Maddie? – preguntó el ruso con sonrisa melosa.

—Empecemos por lo fácil. Elijo contestar una pregunta.

—Pues según está la botella, me toca a mí preguntar – informó Rain – Así que... —redoble de tambores de Sasha – Cuéntenos la situación más vergonzosa que has vivido.

—Bueno, eso no es muy difícil, soy un desastre para casi todo...Déjame pensar un minuto. ¡Ya! Un chico y yo nos fuimos en su coche a un mirador bastante apartado que hay cerca de mi pueblo, al que iban todas las parejas, ya sabéis – dijo ruborizándose un poco. – Total, que estamos los dos ya en plena acción, los cristales empañados, yo encima, él debajo y ¡zas! Lllaman a la ventanilla. Nos quedamos petrificados porque no había más coches cuando llegamos. Una linterna nos ilumina a través del cristal de atrás y cuando lo bajamos nos encontramos a un poli apuntándonos con la linterna a los ojos y pidiéndonos que saliéramos del coche “con la ropa puesta, por favor”. Nos registraron todo y encontraron un par de botellas de ron y cola que estaban ya por la mitad, y nos multaron por haber elegido aquel sitio que era de interés turístico nacional para enrollarnos y por estar bebidos.

—¡Maddie! – gritó Sasha – Eres una mina de oro para mi programa. Tienes que venir.

Ella lo miró con los ojos entornados y siguió.

—Lo peor fue cuando mi padre encontró la multa en el buzón. ¡Ay, Dios! Creo que estuve castigada hasta el verano. – añadió llevándose la mano a los ojos para esconderse.

—Bueno, bueno... Maddie – dijo Rain – Toda una caja de sorpresas. Me

toca mover la botella.

Esta vez apuntó a Sasha, que por supuesto optó por el beso y las dos chicas aprovecharon para que tuviera que besar a Álvaro, aplaudiendo y jaleando hasta que finalmente le dio un pico en los labios a su amigo que cerró los ojos y simuló que lo estaba deseando haciendo que ellas estallaran en carcajadas.

—¡Te ha salido el tiro por la culata, Sasha! — decía Rain mientras aplaudía.

—¡Eso no vale, el culo de la botella no apuntaba claramente a Álvaro!

—Sí vale — apuntó Rain — era el que quedaba más cerca de la botella. Haber elegido otra cosa.

—Pues ahora muevo yo la botella.

Después de girar lentamente, el cuello de la botella se quedó justo apuntando a Rain.

—¡Venga, lista! Tu turno.

—Elijo contestar una pregunta. — dijo ella haciéndole burla a Sasha.

Maddie enseguida se ofreció a preguntar, teniendo en cuenta que ella le había preguntado antes, haciéndola sacar del baúl de los recuerdos algo que en realidad la avergonzaba bastante.

—Veamos... ¿Lo peor que has hecho hasta ahora? Y me refiero a lo peor en todos los sentidos.

—Fiarme de ti, zorra. — Contestó entornando los ojos lo que hizo que los demás jalearan. — Eso es fácil. Aunque no os lo creáis no he hecho demasiadas cosas de las que me avergüence. Robar es lo peor que he hecho. Pero vivir en la calle sin saber cuándo vas a volver a comer otra vez es muy duro, así que, digamos que he tenido que hacerlo. — contestó firmemente sin ningún tipo de remordimiento en la voz.

—¡Bah! — soltó Maddie — Mi historia de la multa le da cien vueltas a eso.

Rain giró la botella y esta vez apuntó a Al, que sabía que estaba tardando

demasiado en tener que enfrentarse de nuevo al dichoso juego.

—Elige. – dijo Sasha.

—Beso. – contestó para sorpresa de todos. La parte trasera de la botella apuntaba a Rain, que se lanzó enseguida a sus brazos y le plantó un beso en los labios. Cuando lo soltó, fue él quien le dijo:

—Te quiero, preciosa. Así se hace.

—Eso no vale. – exclamó Maddie— ¿Qué porquería de beso ha sido eso? Me ha gustado más el que le has dado a Sasha— a lo que Sasha sonrió orgulloso.

—Es que mi química con Sasha es incomparable a nada. ¿Verdad, amor? – dijo lanzándole besos a su amigo.

—Ya te digo. Se acaban todas sus relaciones, pero mira, yo sigo aquí.

—Vale, eso ha sonado un poco raro, Sasha, dejémoslo – sugirió Al.

Al siguiente giro de la botella, la suerte de nuevo se decidió por Sasha que protestó un poco:

—¡Joder, siempre me toca a mí! Pues ahora escojo atrevimiento.

Le tocaba a Maddie decidir qué tendría que hacer para demostrar lo atrevido que era y no se lo pensó.

—¿Te atreves a salir en bolas ahí fuera!

—¿Y no te vale con que me quede en pelotas aquí? Está nevando, por Dios.

Todos se miraron y asintieron. Afortunadamente Sasha no tenía ningún tipo de sentido del ridículo ni le daba vergüenza desnudarse, así que antes de lo que ellos esperaban empezó a deleitarlos con un striptease al ritmo que enseguida los demás empezaron a marcarle con sus palmadas. Maddie y Rain silbaban y jaleaban ante lo que resultó ser un cuerpazo más que bien trabajado el que Sasha guardaba bajo su ropa. Cuando llegó el momento de quitarse los calzoncillos, Al le dijo que no era necesario, pero él insistió, quedándose tal y

como su madre lo trajo al mundo. A punto estuvo de volver a sentarse para seguir jugando desnudo pero los demás le pidieron que se vistiera.

Cuando la botella volvió a apuntar a Maddie, se dio cuenta de que la parte de atrás apuntaba a Al, así que pensó que nada de besos y decidió que pediría hacer algo atrevido. Sasha miró a Rain, ella a él, y enseguida el chico dijo:

—Os damos por bueno el atrevimiento a los dos si.... – tosió un momento, se limpió la nariz, luego empezó a silbar, hasta que finalmente Rain le gritó:

—¡Suéltalo, coño!

—Si dormís juntos.

Maddie y Al se miraron.

—Eso no es nada atrevido – contestó Maddie – Ya nos quedamos dormidos aquí anoche.

—Sin querer...en un sofá...Me refiero a dormir de verdad, en la habitación que queráis. – dijo Rain.

Al y Maddie volvieron a mirarse y ella se encogió de hombros:

—¡Que no se diga, Álvaro!

Ambos chocaron las manos sin atreverse a mirarse a los ojos, quizás algo avergonzados.

—Creo que ya podemos dejarlo, ¿no os parece? – sugirió Rain. – No nos quedan demasiadas cosas divertidas por hacer.

—¡De eso nada! – soltó Maddie – Aquí estaremos hasta que acabamos el juego. Así que, mueve esa botella.

Esta vez apuntó a Al de nuevo, al que solamente le quedaba contestar la pregunta que ellos le formularan.

—Cuéntanos tu primera vez – soltó Rain sin pensárselo dos veces.

—No pienso contaros eso, panda de depravados – contestó él tajante.

—¡Pobrecito! Debió ser algo muy humillante, ¿no? – preguntó Sasha.

—¡Pero si a ti sí te la he contado!

Todos empezaron a dar palmas repitiendo al unísono: “¡Que la cuente, que la cuente!”

—¡Vale! Si así os vais a callar, allá va. Pero no vuelvo a jugar con vosotros a esto. Fue con mi novia del instituto, en el último curso. En casa de sus padres había un sótano precioso y muy amplio que habían adecuado para que pudiéramos reunirnos allí toda la pandilla. Había tele, equipo de música, vídeo, ordenador...Y una tarde en la que sus padres habían salido a cenar, ella me dejó entrar por la puerta del garaje, y bueno, pusimos una peli, hicimos palomitas, nos pusimos cariñosos, y aquella vez me dejó continuar.

Cuando se dio cuenta de que todos lo miraban expectantes les soltó:

—¡Que no os voy a dar detalles, joder! Eso sí, en mi defensa diré que los dos lo pasamos estupendamente... Y repetimos bastantes veces...Bueno, no aquella noche...

Todos se rieron cuando Al empezó a ruborizarse.

—En serio, dejémoslo ya. – pidió haciendo pucheros.

—Además – añadió Sasha – Tengo que preparar el pavo.

Blanca Navidad

Hola, cariño:

No creas que porque no estoy en casa voy a olvidarme de ti en un día tan importante. Creo que puedo decirte que en tan poco tiempo y después de todo lo que ha pasado empiezo a sentirme otra vez yo. Estamos en una cabaña en el Lake District, cosas de Sasha. ¡Cómo te divertirías con él! No tiene límites. Hemos venido solamente Rain, Álvaro, Sasha y yo, y me alegro mucho porque si hubiera venido más gente no hubiera sido tan divertido. ¡Ha nevado! Sí, ríete, pero ¿cuántas veces hemos visto nevar? Puedes contarlas con los dedos de una mano, seguro. Me voy a atrever a confesarte algo que no sería capaz ahora mismo de decirle a nadie. Me encanta estar con Álvaro. Con él me siento como contigo en el sentido de que puedo hablar de todo sin que me juzgue, se preocupa por mí y hasta es capaz de jugar conmigo a todas las payasadas que me gustan. Puede que por eso te sienta tan cerca desde que lo conozco. Te iré contando. ¡Feliz Navidad!

Con todo mi cariño, Maddie.

—¡Por más navidades como éstas! – brindaron todos juntos con su copa de champán después de cenar.

Se llevaron a la cocina todo lo que había sobrado y se sentaron un rato en el sofá a degustar el resto de la botella:

—No creáis que tengo sólo ésta, hay unas cuantas más – dijo Sasha.

—Por cierto, Sasha, ¿cómo has conseguido traer todo esto aquí? – preguntó Maddie.

—Hay un señor que cuida de varias casas en toda la zona. Sólo tuve que enviarle una lista de lo que necesitábamos.

—Eres un crack, en serio. – levantó Álvaro su copa por su amigo y compañero de piso.

—Ya que estamos aquí, es Nochebuena, estamos calentitos y hemos bebido... ¿Por qué no contamos algo especial que nos pasó en estas fechas, o una

Navidad especial que recordemos?

—Yo recuerdo las navidades de mi infancia como si fueran solamente una – empezó Maddie – Mis padres, mis tíos, sus amigos y todos mis primos salíamos por ahí de madrugada a cantar villancicos por las calles y a pedir el aguinaldo por las casas de los amigos y otros familiares. A mí me encantaba porque tenía la oportunidad de estar despierta de madrugada, y nunca me cansaba. Acabábamos en la primera churrería que hubiera abierta, ya muertos de sueño y tomando churros y chocolate caliente. ¡Qué tiempos!

—Yo empecé a disfrutar de estas fiestas y a entender un poco la separación de lo religioso de lo puramente festivo cuando vine a vivir a Inglaterra. No tenía mucho dinero, pero enseguida hice buenos amigos. Mis mejores borracheras han sido por Navidad – comentó Sasha.

—Pues si os digo la verdad, yo creo que éstas están siendo las mejores de mi vida. Estar aquí con vosotros, en un plan tan diferente al de todos los años, ya sabéis, con tanto jaleo y luces en la ciudad... Al principio pensé que nos sobraría tiempo, pero si os digo la verdad, no me apetece nada marcharme de aquí – dijo Rain.

—Repito: ¡Por muchas como ésta! – brindó Al y todos lo imitaron.

Unas cuantas copas de champán más tarde, el sueño empezó a adueñarse de Al y Maddie, que tuvieron que cumplir su promesa de irse juntos a dormir esa noche pues Sasha no pensaba ni por un momento dejarlo pasar.

—Sí, Sasha – decía Al estirándose al levantarse del sofá – No se nos ha olvidado.

En el salón, con la chimenea lanzando destellos de todas las tonalidades de luz y el árbol brillando reflejando las luces de las guirnaldas en cada adorno, Sasha seguía dando sorbos a su copa de champán y Rain lo miraba desde el sillón. Cuando la sorprendió le preguntó directamente:

—¿Qué?

—Nada – fue su primera reacción, pero luego añadió, acercándose a él hasta sentarse en el suelo junto al sofá — ¿Sabes que tienes un cuerpo muy sexy?

– le susurró, arrodillándose.

—Rain... eso es el champán haciendo su trabajo – contestó él totalmente sorprendido por la actitud de la chica, no sin cierta actitud paternal.

—De eso nada... o puede que un poco sí – decía mientras acercaba lentamente sus labios a los de él — ¿Qué más da? ¿Somos adultos, no? – insistía ella hasta que posó sus labios en los de Sasha, que pasó de mirarla perplejo a cerrar los ojos y dejarse llevar.

—Rain – dijo apartándose un poco para mirarla – Somos amigos... No quiero que pienses que me estoy aprovechando de ti. – el deseo que inundaba la mirada de la chica solamente podía compararse con el que sentía él ahora mismo.

—¿Tú, aprovecharte de mí? ¡Ja! – dijo ella pasándole el dedo índice por la frente y bajando lentamente hasta la nariz y finalmente los labios – Última llamada para este tren – le susurró al oído, y el aire templado que emanaba de su boca fue todo el impulso que Sasha necesitaba para lanzarse a besarla como si fuera la última vez que podría besar a una mujer. Se levantó del sofá y sin que ella tuviera tiempo de negarse, la levantó en sus brazos y se dirigió al dormitorio mientras le decía sin dejar de besarla:

—Te voy a enseñar cómo hacemos las cosas en Rusia. Y luego tendrás que despedirte de mí porque Álvaro me matará.

—Si vas a morir, espero que merezca la pena – dijo ella mientras perdía sus labios detrás de su oreja haciendo que cada poro de la piel de Sasha se levantara.

En el dormitorio de Maddie, Al y ella permanecían boca arriba en la cama, cubiertos por el edredón.

—Me marcharé en cuanto Sasha y Rain se hayan dormido – dijo Álvaro tímidamente.

Maddie se dio la vuelta y lo miró:

—No tienes que irte. Puedes dormir aquí. – le contestó ella

—Créeme, es mejor que me vaya – dijo levantándose con cuidado de no hacer ruido.

Abrió la puerta de la habitación y se asomó al pasillo. Estaba desierto. La puerta de Rain estaba abierta, pero no la de Sasha. Caminó de puntillas hasta el salón y vio que todo estaba en silencio y no había nadie a la vista. Entonces volvió al cuarto de Maddie y se metió en la cama:

—¡Madre mía! – dijo aún sin dar crédito a lo que estaba pensando.

—¿Qué? – preguntó ella intrigada.

—Creo que Sasha y Rain se han ido juntos a la cama.

Maddie se sentó de golpe:

—¿Te refieres a...?

—¿A qué si no? – dijo él en tono preocupado.

—Bueno, Rain ya no es una niña y Sasha está como un tren, y con ese acento suyo...Lo raro es que no lo hayan hecho antes.

—¿Está como un tren? ¿Qué forma de hablar es esa? – regañó Al bromeando.

—Tengo ojos en la cara. Tú también estás como un tren.

—¿Ah, sí? – preguntó él halagado sentándose también.

—Pues sí. Y ya que estamos, tengo que preguntarte algo. ¿Cómo es posible que alguien como tú no tenga pareja?

Al se quedó sin palabras:

—Bueno, no estoy con nadie ahora, pero he salido con muchas chicas. ¡No me hagas esas preguntas! No sé qué contestar.

—Así que es cierto lo que dice Sasha de ti.

—¿Sasha? ¿Qué dice?

—Bueno, que tienes muchas conquistas a tus espaldas. Que eres un playboy, vamos.

—Eso quisiera yo. Aunque no te lo creas, soy un romántico, Maddie.

—¡Venga ya!

—De verdad. Me encantaría encontrar a esa persona con la que perder la cabeza, pero hasta ahora no ha habido suerte.

—Puede que tus expectativas sean demasiado altas.

—No creas, me conformo con que me aguante.

—No creo que eso sea tan difícil.

—¿Me estás retando? – dijo con una sonrisa pícara. Ella sonrió.

—Venga. Háblame de tus conquistas y te diré dónde está el fallo.

—¡Que no arrastro conquistas! – Dijo lanzando un suspiro frustrado – Sasha sólo quiere hacerme quedar bien.

Durante un par de minutos ambos se quedaron boca arriba con la vista perdida en el techo, hasta que él dijo:

—Puede que la culpa sea de mi primera novia.

—Soy toda oídos – soltó ella girándose para prestarle toda su atención.

—Se llamaba Vicky. Era una chica que vivía en mi barrio. Fuimos juntos al instituto. Era una chica buena, pero buena de verdad, de las que siempre sonrían y ven lo bueno en todo el mundo. Fue mi primer amor, y no me refiero a uno platónico.

—¡Vaya! Así que Vicky fue la primera experiencia del playboy...

—¡Menuda vergüenza pasé! Tendríamos unos diecisiete años... Digamos que... acabé antes de lo esperado.

Maddie se llevó las manos a la boca para esconder la risa:

—¡No!

—Sí. Ríete todo lo que quieras. Estuve mirando revistas porno para aprender algo, y cuando la tuve debajo de mí, desnuda, emocionada, casi asustada, me di cuenta de que no tenía ni idea de lo que hacer, así que tuve que improvisar. No es que no hubiéramos hecho otras cosas antes, pero esto era... diferente.

De pronto fijó los ojos en Maddie, que no había apartado los suyos de él y soltó con un guiño:

—Y ya no te cuento nada más. ¡Cotilla!

Ella soltó una carcajada.

—No te vas a escapar tan fácilmente – dijo él viendo que se daba la vuelta para dormirse – Ya me puedes estar contando tu primera vez.

Maddie negó con un leve sonido.

—Eso es trampa.

—He bebido demasiado – dijo cambiando totalmente de actitud, como si se hubiera enfadado de repente.

—Maddie – dijo él preocupado — ¿He dicho algo que te he molestado?

—No. En serio, no. – Dijo apenas con un hilo de voz – Es que no todas las primeras experiencias son tan bonitas.

—No tienes que contármelo. Perdona por haberte presionado.

—Es lo justo. He empezado yo.

Álvaro la abrazó dulcemente, como ella solamente lo había visto abrazar a Rain, como si fuera su hermana pequeña y frágil a la que tenía que proteger. Se acurrucó un momento, pero Al le dio un beso en la sien y se incorporó para luego levantarse.

—Creo que será mejor que me vaya. Tienes razón, hemos bebido

demasiado.

Ella no se opuso y tampoco contestó, dejando que Al saliera de la habitación en silencio mientras él se preguntaba qué habría podido hacer para haber evitado esta situación.

Ya en su cama, debajo del edredón, las palabras de Maddie resonaron en su mente. “No todas las primeras veces son tan bonitas”. Seguramente su primera vez había sido con algún bruto que no supo cómo tratarla. Maddie no era una chica como las demás, era frágil, como si algo en algún momento de su vida le hubiera hecho tanto daño que hubiera cambiado su destino por completo, como si algo la hubiera roto por dentro. Quizás exageraba porque empezaba a sentir algo por ella. Sus ojos parpadearon lentamente una vez, y otra, a medida que abandonaba la vigilia y se adentraba en el mundo de los sueños. Cuando creyó oír el chasquido de la cerradura de la puerta al abrirse, abrió los ojos de par en par. Notó los pasos descalzos acercándose a la cama, tumbándose en ella bajo el edredón junto a él y, por el olor a lilas que lo rodeó, supo que se trataba de Maddie. Tragó saliva sin saber muy bien a qué se enfrentaba.

—Yo pasaba mucho tiempo sola cuando era pequeña, quizás demasiado. Mi madre nunca se encontraba bien de salud y mi padre siempre estaba en el trabajo o con ella. Mi hermano era mayor y tenía sus propios amigos, así que pasaba totalmente de mí. Yo me refugiaba en mi cuarto con mis muñecas y mis libros.

Sin saber por qué un nudo espantoso se había instalado en la garganta de Álvaro, quizás por la cadencia de las palabras de Maddie, quizás por el presagio de que lo que iba a escuchar no iba a gustarle, aunque ni en un millón de años se le hubiera ocurrido que alguien le contara que había pasado por algo así.

—Cerca de casa – continuó ella – había un taller donde se trabajaba el mármol. Encimeras de cocina, escaleras, ese tipo de cosas. La entrada era un solar enorme y desangelado cubierto de gravilla y en el centro había un árbol muy grande con aspecto de haber estado allí siempre. En aquel taller solían trabajar tres hombres. Yo pasaba de vez en cuando por la puerta cuando volvía del colegio y a veces me detenía a mirar el árbol. Una tarde de otoño me paré porque algo me llamó poderosamente la atención. De una rama del árbol colgaba de dos

cuerdas gruesas un neumático gigante. ¡Oh, Dios! Todavía recorrió la ilusión que me invadió al ver aquel improvisado columpio. ¿Qué niño se hubiera resistido? Un hombre no muy mayor, calculo que de unos treinta años con el pelo algo largo y barba, vestido con un mono blanco, salió de alguna parte y me tendió la mano dulcemente, sonriendo, preguntándome si quería que me columpiase. Miré un momento hacia mi casa que estaba a pocos metros y vi la puerta cerrada. No había nadie, como casi siempre, así que pensé que sí, que me encantaría columpiarme.

El nudo de la garganta de Al se intensificó y su corazón empezó a palpar más deprisa. Se había vuelto hacia ella y la había abrazado dulcemente mientras la escuchaba.

—Me subí en el columpio y aquel hombre me empujó. Primero despacio, luego con más fuerza. Yo reía a carcajadas mientras el viento acariciaba mi rostro cada vez que subía muy alto y casi me despeinaba las trenzas. Estuvimos así un rato. Recuerdo perfectamente que sólo se escuchaba mi risa y el sonido de las sierras trabajando el mármol a lo lejos. Entonces el hombre detuvo el columpio y me dio la mano para ayudarme a bajar. Me dijo que en el despacho tenía chocolate y galletas, y que, si quería, podía merendar con él. Y lo seguí.

El corazón de Álvaro quería romperle el pecho.

—Cuando entramos en el despacho detrás del taller, el sonido de la sierra se intensificó. Oí que cerraba la puerta con un enorme cerrojo que estaba demasiado alto como para que yo lo alcanzara y supe que algo iba muy mal. Me asusté y le supliqué que me abriera, que quería irme a casa. Entonces él me dijo que lo que íbamos a hacer era normal, que todo el mundo lo hacía y que me iba a gustar. Yo no paraba de llorar a pesar de que no tenía ni idea de qué hablaba.

Las yemas de los dedos de Álvaro se habían clavado en los hombros de Maddie mientras la abrazaba. Ella notó cómo se había tensado y cómo la apretaba. Escuchaba su respiración furiosa, pero aun así continuó hablando. Ya no podía detenerse.

—Se quitó la ropa y... me cogió las dos muñecas con una mano. Yo llevaba mi uniforme del colegio y mis calcetines... También me cogía a veces de las trenzas mientras...

Para entonces los sollozos de Maddie habían dado paso al llanto, uno silencioso, apenas perceptible a no ser por un ligero temblor en sus hombros. Álvaro consiguió a duras penas que las lágrimas no abandonaran sus párpados apretándolos con fuerza mientras la seguía abrazando.

—Lo siento, Maddie, lo siento mucho. Jamás me hubiera imaginado...

Ella seguía llorando.

—Cuando llegué a casa, como siempre, no había nadie. Abrí con mi llave y me encerré dentro. Me dolía mucho la tripa y mi ropa interior estaba empapada de sangre. Jamás en toda mi vida he tenido más miedo que en aquel momento. Aquel hombre me dijo que si decía algo, me buscaría y me haría lo mismo otra vez, así que no se lo conté a nadie hasta años después.

—¿Y tus padres, Maddie?

—Ya te lo he dicho, ellos casi nunca estaban.

—¿Volviste a ver a aquel... a aquella basura?

—No. Jamás volví a pasar por aquel lugar, creo que ni aún hoy sería capaz. Con los años el taller desapareció y él también. Por fin pude dejar de oír a todas horas el sonido de la sierra cortando el mármol

—¡Hijo de puta! ¿Cómo puede haber gente así? — decía furioso.

—Bueno, en realidad no es algo tan extraño estadísticamente.

—Las personas no son estadísticas. Tú... Tú no eres una estadística. Eres la mujer más dulce que he conocido en mucho tiempo. Siento que tuvieras que pasar por aquello.

—Sólo te pido una cosa, Álvaro. Por favor, no me mires de forma diferente, no veas ese momento cada vez que me veas, porque entonces él habrá ganado y yo no habré superado lo que pasó.

Al se tumbó boca arriba y colocó la cabeza de ella sobre su pecho tomando una bocanada de aire que necesitaba ahora mismo para no ahogarse en

su propia rabia.

—Tranquila – dijo dándole un beso en el pelo – Tranquila.

Al repetirlo no sabía si era a ella a quien quería convencer o a sí mismo. Conciliar el sueño fue toda una odisea para él aquella noche, soñando con todo lo que ella le había contado. Podía verla riendo en el columpio, el aire rozándole el rostro. Podía verla llorando, escondiéndose en un rincón, suplicando a aquella bestia que la dejara salir de allí, se despertó empapado en sudor cuando la escuchó gritar de dolor cuando él la forzó. Se giró un momento y allí estaba ella, dormida, respirando profundamente. Quizás le había venido bien compartir aquello con él, pero él sabía de sobras que pesadillas como la que acababa de sufrir, lo despertarían más de una noche.

Cuando se reunieron de nuevo en el salón eran más de las once de la mañana. Sasha y Rain llegaron cada uno por su lado, mientras que Álvaro y Maddie salieron juntos del dormitorio bostezando y estirándose.

—¿Has dormido bien? – le preguntó él.

—Como un lirón – contestó ella. — Necesito un café urgentemente.

Fue Al quien puso la cafetera y preparó un plato de tostadas para todos.

En el cuarto de Sasha, una Rain con sonrisa satisfecha abría lentamente los ojos para fijarlos en la tenue luz que entraba por la ventana. Ahora mismo no estaba nevando, pero los cristales estaban empañados y quedaban restos de nieve alrededor. El aroma del café recién hecho la llamaba desde la cocina, pero no quería salir de aquella cama. Se sentía extrañamente feliz y el brazo de Sasha sobre su cintura le recordó el motivo. ¡Dios! Jamás hubiera pensado que hacer el amor con él fuera una experiencia tan... tan... No encontraba las palabras para describirlo. Lo que sí recordaba era cómo, una vez la soltó sobre la cama, se colocó sobre ella sin rozarla apenas, abriéndole los brazos y tomándola de las manos sin dejar de besarla, al principio lentamente, hasta que su deseo por ella le impidió mantener el control. Le quitó el pijama y después se deshizo del suyo con toda la rapidez de que fue capaz dejando al descubierto su torso desnudo, el mismo que había logrado encender el deseo de Rain durante el dichoso jueguito de la botella. En la penumbra de la habitación, el brillo de sus ojos

delataba que quizás hacía tiempo que deseaba hacer con ella lo que estaba haciendo ahora mismo. Le susurró al oído cuánto la deseaba, cuánto tiempo había imaginado que compartían este momento y se había negado a sí mismo si quiera intentarlo por miedo a que le dijera que no. Paseó sus manos y sus labios por todo su cuerpo, mordiendo suavemente y luego curando con su lengua, hasta que el sonido apagado de los gemidos de Rain en el hueco entre su cuello y su hombro le anunció que era el momento. Por un instante le pareció vislumbrar en los ojos de Sasha una mirada orgullosa que apenas tuvo tiempo de valorar. Entrar en ella fue como respirar la primera bocanada de aire después de haber estado mucho tiempo bajo el agua. El eco de sus nombres mezclado con sus respiraciones aceleradas y sus gemidos de placer inyectaba fuego en sus venas, haciendo insoportable la espera. Una capa de sudor cubría sus cuerpos haciéndolos brillar bajo la luz de la luna que se colaba por los cristales. Segundos más tarde ambos intentaban no gritar mientras sus cuerpos se dejaban inundar del otro. Dos veces más se dejaron llevar por el deseo y el ansia de intimidad aquella noche, hasta que ambos se quedaron dormidos en los brazos del otro sin casi darse cuenta. Rain pensó que librarse de la sonrisa que se había instalado en su rostro aquella mañana sería tarea imposible. Se dio la vuelta y descubrió que Sasha tenía los ojos abiertos y la miraba fijamente:

—Buenos días – susurró él, acariciándole el pelo, y ella le devolvió una tímida sonrisa.

—Sasha... yo... — empezó a decir Rain hasta que él le puso el dedo índice en los labios para evitar que siguiera hablando

– No digas nada, Rain – el sonido de su nombre pronunciado con esa entonación y la “r” marcada por su acento le sonó diferente hoy – No lo estropeemos con palabras. – dijo mientras le daba un suave beso en los labios y se ponía en pie buscando sus pijamas para ir en busca del desayuno.

Sasha y Rain se miraron furtivamente todo el día y él siempre hacía algún gesto que lograba que ella no pudiera evitar sonreír. A veces le lanzaba un beso al aire, otras se pasaba la lengua por los labios y ella estallaba en carcajadas. Maddie fue a ayudar a Al con el desayuno y él se apoyó un momento en su hombro mientras esperaba a que saltaran las tostadas. Con aquel gesto tan sencillo, tan poco calculado, un escalofrío recorrió la espalda de Maddie desde la

nuca hasta los pies. No tenía ni idea de cómo había sido la infancia de este chico, pero sí sabía que debía haber recibido mucho cariño a juzgar por lo fácil que era para él el contacto físico con sus amigos. Ella era un poco más tímida, y a ello había contribuido en gran medida el hecho de que Andrew fuera tan celoso. Pero Al siempre te pasaba una mano descuidada por la espalda, o te guiñaba un ojo, o te daba un beso al marcharse de casa. Recordó el beso tan dulce que le había dado a Rain la noche anterior, su mirada orgullosa al saber que la joven lo tomaría como un precioso beso entre amigos, sin ninguna otra intención. Y también le vino a la mente cómo la había abrazado a ella en la terraza, cuando le mostró las imágenes de Andrew con otra mujer, cómo le apartaba algún mechón de pelo como si lo hubiera estado haciendo desde siempre, su mirada franca y directa que prometía que el amor puro e incondicional era posible.

Consecuencias.

Había descansado en aquellos tres o cuatro días más que en todo lo que iba de año, de eso estaba segura, y sin embargo se sentía terriblemente cansada, tanto que levantarse por las mañanas y mantenerse despierta para seguir trabajando solamente era posible gracias a varias tazas de café. Lo malo de aquello era que después le dolía bastante la cabeza y no le quedaba más remedio que tomar un analgésico y echarse un rato a dormir. En el Boots de abajo le habían recomendado un antifaz frío y un roll-on específico para migrañas. Y allí estaba ella, tumbada en el sofá, oliendo a mentol y con los ojos cubiertos por el antifaz para poder aguantar hasta la hora del siguiente calmante. Rain salía de su cuarto cuando la vio:

—Maddie, ¿Qué te pasa, otra vez la cabeza?

—Es horrible. No consigo librarme del maldito dolor más de tres o cuatro horas.

—¿Y a qué esperas para ir al médico? Podría ser algo importante.

—En cuanto me despeje un poco me voy al hospital. ¿Te vas ya?

—No – dijo ella enviando un mensaje a su compañera para decirle que iba a tardar en llegar — ¿Quieres que te acompañe yo?

—Es que no creo que pueda ni ponerme en pie ahora mismo. Estoy muy mareada y no he parado de vomitar en toda la mañana.

Rain insistió:

—Tómame un café y una pastilla y cogemos un taxi en cuanto estés más despejada. No te voy a dejar aquí así.

Le trajo una taza de café caliente y un analgésico y la dejó un rato sola en el salón mientras bajaba a comprar algo para la cena. Demasiados días con ese dolor de cabeza.

Cuando volvió y colocó la compra, vio que Maddie se había vuelto a

quedar dormida a pesar del café, y se sentó un rato a esperar a que despertara. Al cabo de una hora, Maddie se removió en el sofá y se estiró, abriendo lentamente los ojos y sorprendida al encontrarse allí a Rain.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué hora es?

—Son las cinco, hora de ir al médico.

—Creo que se me ha pasado, me encuentro mejor.

—Me da igual. Coge tu bolso y vamos ahora mismo al hospital. Si no dentro de dos o tres horas, cuando empiece de nuevo el dolor, será imposible.

Maddie la miró como una niña que no quiere tomar su medicación y se levantó a asearse un poco y vestirse para ir con ella. Ya bajando las escaleras de su piso aún refunfuñaba:

—¿Y qué le voy a decir al médico? Ahora no me duele nada.

—No hará falta que le digas muchas cosas, tienes la cara que es un poema – dijo, refiriéndose a sus enormes ojeras debido al dolor y la falta de sueño. – Dile que desde que volviste de las vacaciones de Navidad la cabeza no te deja en paz.

Abajo ya las esperaba un taxi que las dejó en la entrada de urgencias del hospital. Para cuando fue su turno, casi dos horas más tarde, el dolor de cabeza ya estaba haciendo su aparición. Cuando la doctora la recibió y escuchó lo que la había traído aquí, lo primero que aconsejó fue una analítica que le harían allí mismo para destacar problemas más serios que una migraña. Les pidió que esperaran luego fuera los resultados y les dijo que una vez los tuviera, le recomendaría el tratamiento.

—Lo sabía – protestó Maddie. – Ahora encima me van a pinchar.

—¿Sabes que eres peor que una niña pequeña? Deja que te hagan esa analítica, mujer. Así sabrás a qué atenerte...y nunca se sabe, la salud hay que cuidarla.

—A veces me parece mentira que tengas sólo veintidós años.

Después de la extracción de sangre, las dos amigas tuvieron que esperar un rato más antes de saber si había algo de lo que preocuparse. Cuando por fin la doctora la volvió a llamar a la consulta, le pidió que entrara sola y eso levantó las sospechas de Rain sobre que pudieran haber descubierto algo grave.

—Siéntese por favor. — la invitó la doctora. — No se asuste porque le haya pedido que entre usted sola, es porque hay cierta información que debemos dar únicamente al interesado, en este caso, usted.

—¿Hay algo extraño en los análisis?

—No. Mucho me temo que sus dolores de cabeza son hormonales. Está usted embarazada.

Maddie se paralizó un instante por completo.

—¿Embarazada? Eso no es... no es posible...

—Bueno, si no ha tenido relaciones en las últimas semanas, entonces sí, es imposible.

La joven empezó a hacer memoria para rescatar la última vez que Andrew y ella hicieron el amor y cuando lo consiguió sintió como si alguien le acabara de lanzar una piedra directa al estómago. Si no recordaba mal fue unos días después de la tristemente famosa convención, lo que la llevaba a unas seis o siete semanas atrás.

Se llevó las manos a la boca y luego se apoyó en la mesa de la doctora hundiendo la cara entre las manos.

—¿Se encuentra bien? ¿Está mareada?

—No. Estoy bien. Es que...es que no he notado nada anormal. Quiero decir, creo que hasta tuve la regla el mes pasado.

—Eso no es tan raro, aunque no es muy frecuente.

—Pero...pero... — por fin se levantó para dejar la consulta y le preguntó por el tratamiento.

—Pues el primer paso será tomar una pastilla diaria de ácido fólico, y para los dolores de cabeza, lo mejor en su estado es el Paracetamol.

La frase “lo mejor en su estado” retumbó en su cabeza. Se marchó de allí con un par de recetas y sin haber digerido la información que acababa de recibir. Su rostro lo decía todo, algo pasaba. Al menos eso fue lo primero que pensó Rain cuando la vio salir de la consulta.

—¿Pero qué te ha dicho, por Dios? ¡Pareces un fantasma!

—Salgamos de aquí, por favor. — dijo cogiéndola de la mano y apresurándose hacia la puerta.

En cuanto estuvo en la calle tomó una bocanada de aire fresco y empezó a sentirse mejor. Echaron a andar por la avenida y fue Rain quien volvió a preguntar:

—¿Me lo vas a decir o no?

—Estoy embarazada — soltó Maddie y volvió a respirar esta vez aliviada por haberse liberado de ser ella la única que tuviera aquella información.

—¡Madre mía! ¿Es de Al?

—¿Al! ¡Yo no me he acostado con Al! ¿Por quién me tomas?

—Pero en la cabaña...

—En la cabaña la única que se lo pasó bomba fuiste tú. —añadió ella con tono ofendido.

—Yo creía que tú y Al... No sé, se os veía tan bien juntos.

—¡Madre mía, Rain! ¿Qué voy a hacer ahora?

Al pasar por una cafetería, Rain tomó del brazo a su amiga y la metió dentro. Una vez se hubieron pedido un par de cafés, fue ella de nuevo quien se apresuró a hablar:

—Vamos a ver. Si no es de Al, está claro que es de Andrew. ¿Es así?

Maddie asintió.

—Muy bien. La siguiente cuestión es: ¿Quieres tener un hijo de Andrew?

—No quiero tener un hijo, Rain. Ni de Andrew ni de nadie. No estoy preparada.

—Bueno, eso reduce bastante tus opciones. ¿Qué tal si lo consultas con tu almohada?

—Rain, por favor no digas nada. ¡Y menos a Sasha!

—¿Cómo voy a decírselo a Sasha? ¡Sabes la cabeza que tiene! Es como un crío.

—Tengo que decidir lo que voy a hacer. Y ya me estoy sintiendo una mierda por tener claro que no quiero tenerlo.

Rain la miró a los ojos y la tomó por los brazos:

—Escúchame. Fuera de quien fuera ese bebé, lo más importante es que es tuyo. Y si no estás preparada para tenerlo, la decisión también es tuya. ¿Está claro?

—Sí, lo sé. Pero llamarlo “bebé” no ayuda.

—¡Venga ya, Maddie! No te dejes llevar por esas cosas. Tienes que decidirlo tú en base a tus necesidades, a lo que quieres de la vida, piensa en cómo te afectaría... No sé, tía. Me da mal rollo hablar de todo esto, pero si fuera mi caso, yo lo tendría claro.

—Pues ándate con cuidado con el ruso.

—¡Eh! Que el ruso y yo sólo hemos estado juntos una vez aquella noche... bueno dos...bueno tres.

—¡Tres! ¿La misma noche?

—Esos rusos saben cómo hacer las cosas, querida. – dijo Rain orgullosa dando un sorbo a su café.

Más calmadas, ambas caminaron hasta la estación de metro que las llevaría de vuelta a casa. Maddie no abrió la boca durante el trayecto. Una vez superada la sorpresa, ahora tenía que tomar una decisión. El niño en sí no era lo que le preocupaba, pues trabajaba desde casa y podría cuidarlo si todo seguía igual. Lo que no quería era tener ningún vínculo con la persona que más daño le había hecho en toda su vida. Cuando llegó a casa se fue directamente a la ducha y luego se metió en la cama después de tomarse uno de los analgésicos que le habían recetado. Por hoy había tenido suficiente. Daba el día por terminado.

Cuando despertó por la mañana, lo primero que pensó fue que tenía que ir al ginecólogo para hablar con él, así que cogió su teléfono y pidió cita. Le dieron para la semana siguiente. Siete días. En siete días pueden pasar muchas cosas, aunque no lo parezca, puede cambiar toda una vida, en muchos menos había cambiado la suya por completo, pero no tenía más remedio que esperar. Se había despertado mucho más tarde de lo habitual y en su teléfono había varios mensajes del trabajo, de Rain y de Al, que contestó mientras se tomaba un café con otro analgésico. La doctora le había dicho que no esperase a que apareciera el dolor, ya que así sería mucho más difícil de eliminar. Cuando miró a través de la ventana, unos tímidos rayos de sol le dieron la bienvenida, aunque de sobras sabía ella lo rápido que podían llegar a desaparecer en esta dichosa ciudad. De entre todas las cosas que se le ocurrieron que podía hacer para despejarse un poco, la que mejor le pareció fue salir a dar un paseo, comprar algo para comer y pasarse por casa de Al para charlar con él un rato. Esto último no sabía si realmente era una buena idea, pues ese hombre tenía la habilidad de leer su mente y seguramente se daría cuenta de que algo no andaba bien. Además, desde los días que pasaron juntos en el campo, había empezado a verlo de otra manera, lo había visto tal y como era, sin trampa ni cartón, y había descubierto a un hombre maravilloso, protector, buen amigo, capaz de todo por la gente a la que quería. Había tenido tiempo de observarlo de todas las maneras posibles cuando estaba distraído, y algo había cambiado en ella. No quería atravesar esa línea. No ahora.

Bajó a la calle y respiró un poco de aire que hoy, a pesar de ser frío, sintió como un bálsamo sobre su rostro. Desayunó cerca de casa y luego se metió en el supermercado. Finalmente decidió volver a su piso en lugar de ir a ver a Al. Intentaría retrasar ese momento al menos hasta que hubiera tomado una decisión

respecto al otro tema que la atormentaba. Cuando entró al portal notó que alguien entraba detrás de ella y se giró para ver quién era. Su instinto no le había fallado. Era Andrew. Otra vez.

—¡Andrew! Me has asustado. ¿Qué haces aquí? – preguntó sobresaltada.

—Creía que te ibas a dar un tiempo para empezar a salir con otro, ¿no fue eso lo que me dijiste? – parecía más fuera de sí de lo habitual, y eso ya rozaba la frontera del peligro después de sus últimos encuentros. La sujetaba por ambos brazos con una fuerza que casi le cortaba la circulación.

—No sé de qué estás hablando. Me estás haciendo daño.

—Pues si no sabes de qué te hablo, entra al canal de tu amigo, el ruso, y echa un vistazo. Ha colgado un vídeo de vuestras vacaciones en plena naturaleza y no se ha dejado nada. Muy bucólico todo.

Maddie intentaba soltarse de sus manos, pero no lo conseguía. Las bolsas de la compra se habían caído y todo su contenido se había esparcido por el suelo.

—Andrew, hemos ido cuatro amigos a pasar juntos unos días.

—¿Cuatro amigos? ¿Y desde cuándo duermes con tus amigos?

El momento en que se quedó dormida en el sofá con Al mientras veían la película apareció en su mente con una nitidez absoluta. No sabía que Sasha los hubiera rodado, pero tampoco estaban haciendo nada malo, eran dos amigos divirtiéndose.

—Andrew, suéltame, por favor.

—Ni lo sueñes. Si lo que querías era vengarte de mí, ya lo has hecho. Ahora estamos en paz. Vuelve conmigo, Maddie. Te prometo que todo será como antes – le susurró al oído mientras seguía apretándole los brazos. Ella se aplastó contra la pared intentando alejarse y él pudo sentir su rechazo como si en realidad hubiera recibido una patada en el estómago. La zarandeó y la golpeó contra la pared totalmente fuera de sí, como en una especie de trance, mientras Maddie gritaba para que alguien pudiera escucharla.

De pronto, la puerta se abrió y justo en el instante en que Andrew se giró para ver quién entraba y la soltó, ella corrió escaleras arriba sin detenerse hasta que se encerró en su piso. Cerró con llave y se sentó en el suelo intentando atrapar un poco de aire para llamar por teléfono a la policía si se acercaba a la puerta. Pasaron los minutos y nadie llamó. No se escuchaba ni un alma en todo el bloque. Fue entonces cuando llamó a Álvaro.

—¿Maddie? ¿Qué tal? – contestó alegrándose al ver su número.

—Álvaro – dijo apenas en un susurro – Por favor, ven a mi casa. Ten cuidado, Andrew ha estado aquí y no sé si aún anda rondando el bloque.

Para cuando ella acabó la frase, Álvaro ya bajaba las escaleras de su piso de dos en dos camino de la casa de su amiga. No tardó ni cinco minutos en llamar a su puerta.

—Soy yo, Maddie. Ábreme.

Cuando Maddie abrió la puerta se lanzó a sus brazos como una niña y se echó a llorar. Estaba temblando y los sollozos le impedían hablar. Álvaro la llevó al salón y vio que físicamente parecía estar bien, lo que hizo que la revisara con la mirada buscando alguna lesión:

—¿Ha sido Andrew? ¿Te ha hecho algo? – preguntó preocupado.

Ella simplemente asintió.

—¡Se acabó, Maddie! Tienes que ir a la policía. Esta vez se ha pasado y mucho.

—Si no hubieran abierto el portal, creo que no hubiera parado, Álvaro – sollozaba ella – No dejaba de golpearme contra la pared.

Él la colocó sobre su pecho y esperó a que se tranquilizara. Maddie se dio la vuelta y le mostró la espalda, que sentía entumecida por los golpes. Álvaro exhaló “¡Lo mato!” ante la visión del cuerpo enrojecido de la joven

—Tienes que denunciarlo. Esto ha ido demasiado lejos.

Se levantó las mangas del jersey para mirarse los brazos mientras intentaba

dejar de llorar y descubrió dos grandes aros rojos que los rodeaban y parecían adquirir relieve por momentos. Los ojos del joven no daban crédito a lo que estaba viendo. Al se levantó, le echó la gabardina por los hombros y le tendió la mano para que fuera con él.

—Tienes que hacerlo, Maddie. Puede que no tengas otra oportunidad.

Maddie sabía que tenía razón, que era ahora o nunca, pero solamente pensar en hacer público lo que Andrew le había hecho y en las consecuencias que ello pudiera tener la aterrorizaban. ¿Cuándo se había convertido ella en un conejo asustado? ¿Cuándo se había convertido él en un ser sin corazón? Estaba como en trance mientras no dejaba de sacudirla contra la pared, como si no la viera, o como si no la reconociera.

En el taxi, camino de la comisaría, ninguno de los dos habló. Él miraba por la ventanilla probablemente intentando averiguar cómo podría protegerla, cómo podría hacer que Andrew no volviera a tenerlo tan fácil para acercarse a ella. Ella, por su parte, tenía las manos sobre el regazo y no dejaba de mirarlas.

Denunciar, al contrario de todo lo que había oído y leído sobre el asunto, fue más fácil de lo que en un principio parecía. Le tomaron declaración de todo cuanto había sucedido desde que ella y Andrew rompieron y le hicieron fotos de las lesiones, advirtiéndole de que no eran graves, pero que se pondrían bastante más feas hasta que desaparecieran. No solamente la atendió un policía, también la examinó un forense con toda la delicadeza del mundo. Creía que se sentiría vulnerable entre aquella gente, sin Álvaro, que estuvo fuera todo lo que duró el reconocimiento, pero fue todo lo contrario. El forense le dijo que era lo mejor que había hecho y que a partir de ahora debería tener mucho cuidado hasta que la orden de alejamiento llegara e incluso una vez la tuviera. Una vez que él hubiera declarado ante la policía, todo pasaría a los tribunales.

—Lo mejor que puede hacer ese tipo ahora mismo es buscarse un abogado —añadió el hombre con gesto seguro.

Cuando por fin salió de la sala donde la habían reconocido, Álvaro, que la estaba esperando en el pasillo, se levantó y se fue hacia ella. Le levantó un poco la barbilla para encontrarse con sus ojos avergonzados y asustados.

—¡Hijo de puta! – exclamó al ver el estado emocional en el que se encontraba Maddie. Después la tomó por los hombros y la acompañó a la calle.

De vuelta en el taxi, Álvaro le dijo que se quedaría en su casa hasta que todo estuviera resuelto.

—Álvaro, ahí será donde primero me buscará, ¿no lo ves?

—Pero no te encontrará sola. No será capaz de enfrentarse a Sasha o a mí, no ha sido capaz nunca. Es un cobarde. – dijo apartando la mirada de la ventanilla para clavarla en la de ella. – No pienso consentir que tenga otra oportunidad.

Ella ni siquiera tuvo fuerzas para contestar. No quería molestar a sus amigos, no quería arriesgarse a que les hicieran daño, pero tenía tanto miedo.

—Nunca nadie me había puesto una mano encima, Álvaro, nadie... – dijo dejando escapar dos lágrimas silenciosas.

—Y nunca te la volverán a poner, te lo juro. – contestó él tomándole la mano y apretándosela.

Álvaro llamó a Rain una vez hubieron llegado a su apartamento para contarle por encima lo que había sucedido y pedirle que fuera a su casa cuando acabara su turno. Tenían que elaborar un plan de forma que Maddie no estuviera sola en ningún momento mientras su orden de alejamiento llegaba.

Rain llegó sobre las doce de la noche y encontró a Sasha y Álvaro en el salón. Maddie estaba de nuevo en la habitación de Al, al menos por esa noche. Una vez la pusieron al día de lo sucedido, se ofreció a pasar todo el día siguiente con ella. Era su día libre y no había nada más importante que su amiga ahora mismo.

—¿No os ha dicho nada más? – preguntó con cautela.

—¿Acaso hay algo más? – preguntó Sasha.

—No, no... Sólo preguntaba. Bueno, yo me voy a casa, ¿vale? Llevadla vosotros mañana para allá o me llamáis y vengo a buscarla.

Mientras caminaba la corta distancia que había hasta donde ella vivía, Rain no dejaba de pensar que nunca se le había ocurrido que Andrew pudiera ser tan violento. Una cosa es enfadarse o frustrarse cuando las cosas no salen como uno quiere, pero algo muy distinto es ir por ahí pegando a la gente. Se preguntaba si no le afectaría a su estado lo que había sucedido, pero como nadie había hecho referencia al tema, no quiso levantar la liebre. Se había acostumbrado a su compañía, y al entrar y ver el apartamento totalmente a oscuras y sintiéndolo tan frío, se le puso la carne de gallina. Tal y como le había dicho Al, cerró bien la puerta después de revisarlo todo y se fue a dormir deseando que la dichosa orden no tardara mucho en llegar y que hubieran detenido a Andrew.

La indecisión está tomada.

El médico le pidió a Maddie que subiera al sillón una vez se hubiera quitado toda la parte de debajo de la ropa y apagó la luz para hacer la ecografía. Al principio solamente se veía un fondo negro y una masa blanquecina de forma indefinida, pero entonces el doctor enfocó la imagen y dijo:

—Y ahí está el bebé, aunque ahora mismo no se distingue demasiado bien. ¿Ves eso que parece que está colgado boca abajo con forma de habichuela?

Ella asintió:

—Pues ese es tu bebé. Calculo que estás de unas nueve semanas. Aparentemente todo va bien por aquí dentro. ¿Estás tomando ácido fólico?

Maddie volvió a asentir. No parecía muy entusiasmada con la ecografía, no como la mayoría de futuras madres que aparecían a diario por su consulta deseosas de disfrutar de la primera imagen de su retoño. La enfermera le extendió papel para que se secara y le indicó que ya podría vestirse mientras el médico salía de la sala de exploración. Una vez salió ella también, dijo en tono seco y triste:

—No quiero tenerlo. No debería haberlo visto. — sus ojos se empañaron al aparecer las primeras lágrimas.

El médico la miró y respondió:

—Tienes razón, no deberías haberlo visto si lo que tenías en mente era no tenerlo. Quizás puedas arreglar lo que sea que te sucede, no sé qué decirte. Si no es así, habla con la enfermera, y con la psicóloga. Ellas pueden ayudarte a tomar una decisión.

Esas palabras aún daban vueltas por su cabeza mientras paseaba por Hyde Park un rato después de haber vuelto de la consulta. Hiciera lo que hiciera, tanto si tenía al bebé como si no, ya jamás sería la misma. Andrew había supuesto muchos puntos y aparte en su vida, demasiados... El cielo estaba extrañamente despejado para ser enero, y no parecía que tuviera intención de llover. Le era totalmente imposible distraerse, y el único momento en el que conseguía un poco

de paz era cuando dormía. Hasta eso se estaba viendo alterado últimamente con sueños en los que aparecían bebés, médicos y hospitales.

Los dolores de cabeza parecían haber remitido, aunque no habían desaparecido del todo. Se sentó en un banco a observar a la gente que pasaba por allí. Seguramente todos tendrían sus problemas y sus historias, pero parecían tan felices que sintió envidia. Ella quería volver a sentirse libre, no quería verse en esta horrible situación de tomar una decisión detrás de otra. Si tenía el bebé, tendría un vínculo permanente con Andrew, aunque él nunca lo supiera, y esa idea no le gustaba. Si no lo tenía, se pasaría el resto de su vida preguntándose cómo hubiera sido, si hubiera sido niño o niña, si debería haberlo tenido... Afortunadamente, Sasha la sorprendió por la espalda y le tapó los ojos. Sin embargo, su acento lo delató cuando preguntó:

—¿Quién soy? – Maddie sintió el frío de sus manos sobre sus párpados.

—¿Qué haces aquí? – preguntó risueña.

—Vengo de una audición para una peli. ¿Y tú?

—En realidad, nada. Necesitaba reflexionar un poco y creí que aquí encontraría la respuesta que buscaba, pero no ha sido así.

—Las respuestas nunca están ahí fuera, Maddie. Uno sabe lo que tiene que hacer, que no siempre coincide con lo que quiere hacer. Me explico como el culo, ya lo sé.

—Te has explicado muy bien. De hecho, creo que ha sido lo más coherente que te he oído decir desde que te conozco.

—Me lo tomaré como un cumplido – afirmó él sonriendo. – Iba a casa. ¿Vienes?

—Claro. Me encantará pasear contigo.

—¿Estará Rain en tu casa? – preguntó carraspeando, como si no le importara la respuesta, cuando en realidad estaba deseando verla.

—Supongo que no tardará en llegar a comer. ¿Por qué?

—Curiosidad. — contestó Sasha para luego añadir — Bueno, no es curiosidad, la verdad. Desde que estuvimos juntos de vacaciones las cosas han cambiado entre nosotros. Creo que me está evitando.

—¿Y hay alguna razón para ese cambio?

—No sé si debo contártelo. ¡A la mierda, te lo cuento! Nos acostamos en Nochebuena.

Maddie sabía que hacerse la sorprendida no era una de sus actuaciones estelares, pero aun así lo intentó, sino conseguir engañar a Sasha.

—¿Lo sabías, verdad?

—Sí. Y no creo que esté disgustada contigo. Quizás deberías dejar de bromear y hablar con ella en serio sobre ese asunto.

—La verdad, Maddie, es que no soy capaz de afrontar esto seriamente... Me gustó, me gustó mucho estar con ella. Sobre todo porque lo había imaginado en alguna ocasión y superó con creces lo que yo tenía en mi mente. Fue totalmente diferente a otras veces con otras chicas. Ella tiene esa coraza como si estuviera de vuelta de todo porque lo ha pasado muy mal, pero en realidad es sensible y necesita mucho cariño

—Creo que deberías hablar con ella. Quizás te sorprenda la respuesta.

—Pero yo no soy así. Yo soy yo, ya sabes, un desastre, con mi canal, mis famosos y mis chorradas. No creo que podamos hacer que funcione.

—¡Venga ya! A veces las mezclas más extrañas son las que mejor funcionan.

Sasha sonrió y carraspeó un instante antes de cambiar de tema:

—Maddie... Quería pedirte disculpas por haber subido aquel vídeo a mi canal...

Ella lo interrumpió enseguida:

—No tienes que pedirme disculpas, Sasha. Lo que pasó no fue culpa tuya.

—Pero si Andrew no lo hubiera visto...

—Hubiera encontrado otra excusa para hacer lo que hizo. El problema es suyo, no nuestro, y una persona como él siempre encontrará un motivo para sentirse ofendido o traicionado.

—Pero fue él quien te engañó, quien te perdió.

—Y eso es lo que no puede soportar. Al tiene razón, pensaba que yo no iba a descubrir lo que hizo y que todo iba a seguir como si nada. Cuando lo dejé no pudo soportar perder el control de la situación. No tienes que preocuparte.

Casi sin darse cuenta habían llegado al piso de Al, y Maddie pensó que sería buena idea que ella se quedara un rato allí para que Sasha pudiera hablar con Rain tranquilamente. Cuando Álvaro abrió la puerta, además de sorprendido se mostró contento con la inesperada visita.

—Hola. ¿Te importa si me quedo un rato? Sasha y Rain necesitan intimidad.

El rostro de Al pasó a confusión absoluta al oír eso:

—¡No es para lo que estás pensando! – dijo ella dándole un manotazo en el hombro.

—No sé... creí...

—Creo que Sasha se ha quedado un poco pillado con ella.

—No sé cómo ha pasado ahora, se conocen desde hace tiempo.

—Por lo visto hubo algo más que sexo en Nochebuena – contestó ella sonriendo, olvidando por un momento su pequeño drama personal.

—Vaya... ¿Así que Sasha se nos ha enamorado?

—Bueno, no sé si llegará a tanto, pero le ha afectado.

—¿Y a Rain? A ti te lo habrá dicho, ¿no?

—A mí solamente me ha dicho que lo pasó muy bien tres veces aquella

noche.

—¡Tres veces! ¡La madre que lo parió!

Maddie rio a carcajadas. De repente se hizo un silencio incómodo. Al invitó a Maddie a lo que había preparado para comer, una ensalada, pescado a la plancha y una copa de vino blanco que ella instintivamente rechazó.

En casa de Maddie y Rain, Sasha estaba de pie observando cómo Rain preparaba unos sándwiches para ella y para su inesperado visitante. Estaba claro que quería decirle algo, a juzgar por las vueltas que había estado dando por el salón después de entrar y saludarla con un simple “hola”, pero no había vuelto a abrir la boca.

—¿Vino o cerveza? — preguntó la joven.

—Mejor cerveza.

Una vez colocó todo en la mesa, por fin Sasha se atrevió a hablar:

—En Nochebuena...

Ella lo interrumpió:

—¿No quedamos en no estropearlo con palabras? — preguntó en tono sarcástico.

—¿Por qué me estás evitando desde que volvimos?

—No te estoy evitando, eres tú quien me está evitando a mí.

Sasha dudó un momento y dirigió su mirada a la puerta que conducía a la terraza.

—Es porque... porque no fue como otras veces con otras chicas.

Rain, que aún recordaba perfectamente cómo él no la había dejado expresar lo que sentía aquella mañana al despertarse, estaba dispuesta a hacerlo pasar por el trance contrario, no pensaba interrumpirlo hasta que acabara lo que había empezado.

—Quiero decir... sentí algo diferente.

Ella se limitaba a mirarlo fijamente con gesto inexpresivo:

—¿A ti te gustó? No, no es esa la pregunta. Ya sé que te gustó.

—¿Perdona? – preguntó ella haciéndose la ofendida.

—Bueno, fue difícil que no se enteraran los del B&B de al lado de lo que estábamos haciendo— sonrió él orgulloso.

—Tampoco recuerdo que tú estuvieras llorando de pena. – añadió ella con ironía.

Sasha se armó de valor para decir:

—Me gustas, Rain. Me gustas mucho.

Y eso era definitivamente algo que ella no esperaba oír de sopetón. Quería que sufriera un poco más, que tuviera que reunir más fuerzas, elegir las palabras, pero estaba claro que la sutileza no era una de las cualidades de Sasha.

—Eso era lo que intentaba decirte a la mañana siguiente. Hacía tiempo que me gustabas, aunque me las he arreglado para que no se notara.

—¿Por qué?

—Venga, Sasha. ¿Cómo ibas a ver tú algo en mí?

—No te entiendo.

—Eres guapo, eres famoso, tienes dinero, podrías llevarte a la cama a quien te diera la gana.

Sasha sonrió halagado y se ruborizó. Por lo visto Rain tenía una visión de él totalmente diferente a la suya propia.

—Yo sólo soy una chica a la que sacasteis de la calle tu amigo y tú, no tengo nada, no...

El joven le tomó las manos desde el otro lado de la mesa.

—¿Cómo puedes pensar eso? Eres hermosa, inteligente, valiente...No todo el mundo es capaz de hacer lo que has hecho tú, lanzarte sin red a por un sueño.

Se habían levantado y estaban uno frente a otro sin poder dejar de mirarse. Los separaban apenas unos centímetros que ambos se encargaron de ir eliminando lentamente hasta que sus frentes descansaron una sobre la otra.

—Todo lo que veo desde aquella noche eres tú, tus ojos, tus labios... No me había sentido así nunca con ninguna mujer.

Rain levantó la mirada y sus narices se rozaron. Entonces susurró:

—No sé si fue buena idea...No sé si vamos a estropear nuestra amistad.

Sin que ninguno de los dos supiera quién había sido el responsable, el hueco entre ambos se cerró en un beso cálido y dulce. Sonrieron al mirarse de nuevo.

—Vayamos despacio, ¿vale?

—¿Despacio? – repitió Sasha – ¡Pero si hemos empezado por el final!

—Pues por eso. Ahora tenemos pendiente pasear, salir a cenar, contarnos esas cosas que jamás le contaríamos a nadie, y disfrutar del viaje, lo que hacen todas las parejas.

Volvieron a besarse y esta vez fue Sasha quien se separó para decirle:

—Creo que será mejor que me vaya. Maddie está en casa de Al esperando a que yo vuelva.

En casa de Álvaro, Maddie y él charlaban en el sofá.

—¿Cómo van tus dolores de cabeza?

Quizás debería hablar con él. De todos ellos estaba segura que era el más sensato y podría aconsejarla. Y precisamente era el único con el que no quería hablar de ello. Se sentía mal por haberlo llamado cuando Andrew la atacó, y que tuviera que acompañarla a la policía y no quería que tuviera que pasar por más

experiencias desagradables por su culpa. Sintió un gran alivio cuando escuchó el sonido de la llave en la cerradura y al momento Sasha apareció en el salón.

—Y esta es la señal de que ya puedo irme a mi casa – dijo triunfante levantándose del sofá.

Al pasar junto a Sasha cruzaron sus miradas y ella supo que todo marchaba como él esperaba. Estaba deseando llegar a su apartamento para que Rain le contara los detalles, al menos una de las dos había encontrado un buen motivo para sonreír.

El fin de semana Rain le pidió a Maddie que los dejara solos a ella y a Sasha para preparar una cena romántica. El local donde Rain trabajaba había cerrado unos días por reformas y la joven quería aprovechar para profundizar en su relación. Así que Al y ella decidieron preparar su propia velada de pizza, película y palomitas.

—¡Me encanta esta pizza! – decía él mientras devoraba el primer trozo – No sé por qué no la pido más a menudo.

—Porque si tomáramos pizza cada vez que nos apeteciera estaríamos como dos luchadores de sumo – rio Maddie probando su trozo – Mmmmmm... La verdad es que está buenísima.

—Pierde mucho si la acompañas con agua, la verdad – añadió él irónicamente. — ¿Desde cuándo te has vuelto abstemia?

—No me he vuelto abstemia, es sólo que no me apetece. – contestó ella intentando después mover la conversación hacia algo que no tuviera que ver con ella — ¿Crees que lo de Sasha y Rain funcionará?

—¿Qué significa “funcionará”? ¿Qué se casarán y tendrán críos y todas esas cosas?

—Pues ahora que lo dices, me conformo con que lo pasen bien mientras dure. Rain es demasiado joven para que ésta sea su relación definitiva.

—No veo por qué. Mi madre conoció a mi padre con veinte años y desde entonces no se han separado.

—Nunca me has hablado de tus padres, Álvaro. Cuéntame algo sobre ellos.

—No es que haya mucho que decir. Están jubilados, pero no paran quietos ni un momento. Tienen muchos amigos y viajan mucho. Mi padre es divertido, y le encantan los chistes malos y mi madre...Mi madre es una santa por aguantarlo – dijo llevándose la cerveza a los labios.

—Tiene buena pinta – añadió ella.

—Supongo que esa clase de amor ya no existe, ¿no crees? Nos hemos vuelto demasiado egoístas, queremos que todo sea perfecto, como en las películas, y la vida no es así en realidad.

—Yo creo que sí existe, sólo que ahora es mucho más difícil de encontrar precisamente porque somos más libres para elegir.

—¿Y tus padres, Maddie? Tú tampoco me has contado mucho sobre ellos.

El rostro de ella se tensó:

—No hay mucho que decir de mis padres. Ellos...ellos murieron hace tiempo. Sólo tengo un hermano, y no tengo mucha relación con él.

A Álvaro la respuesta le pareció demasiado esquiva, como si no quisiera hablar de su familia. Había notado su incomodidad y simplemente dijo:

—¿Un hermano? Es una pena que no os llevéis bien.

—Sí. Es mayor que yo. Hace años que no hablamos. ¿Te acuerdas de lo que te conté en la cabaña?

Álvaro hubiera querido contestar la verdad, que se acordaba más a menudo de lo que quisiera, pero simplemente asintió poniéndole la mano en el hombro.

—La primera persona a quien se lo conté fue a él, años después. Tuve una época un tanto rara, empecé a andar con chicos no muy recomendables y tuvimos una discusión. ¿Te he dicho que era mucho mayor que yo? Diez años. El caso es que siempre lo culpé a él por no haber cuidado de mí, aunque sé que quizás es demasiado hacer responsable a un chico de veintiún años de una niña pequeña.

En realidad, hacía bastantes cosas por mí. Bueno...supongo que no fui muy justa, no lo sé. Pero él vivía a su aire, tenía trabajo, amigos, novias, fumaba porros, salía de fiesta y yo mientras me quedaba supuestamente al cuidado de mi padre... En aquella discusión le conté lo que me había pasado y por su mirada supe que no se recuperaría nunca. Sus ojos... — entonces se detuvo. No quería decirle nada más, ya había hablado más que suficiente.

—Maddie... ¿Alguna vez tu padre...?

Ella no lo dejó continuar, entendiendo perfectamente lo que insinuaba.

—¡No! Era un buen hombre, pero era débil. No era como tú, fuerte, protector con quienes les rodean. Era frágil.

Álvaro tragó saliva al escuchar de sus labios la misma palabra que él siempre usaba en su mente para definirla a ella: “frágil”.

—Vas a odiar estar conmigo a solas. — dijo ella, cambiando de pronto de tema.

—Jamás.

—Siempre te cuento cosas tristes. No sé cómo puede gustarte hablar conmigo.

—Maddie, puedes contarme lo que quieras, si eso te ayuda a sentirte mejor. Puedes contar conmigo siempre. — le puso la mano en la mejilla y ella se apoyó.

—Gracias, Álvaro. — Entonces se levantó — Se acabaron las penas. Tú recoge la mesa que yo buscaré una peli.

—Por cierto, ¿dormirás aquí o volverás a tu casa?

—Creo que me arriesgaré a volver de madrugada. Espero no encontrármelos como conejos haciéndolo en el salón.

Álvaro se echó a reír.

—Puedes quedarte si quieres. Duerme en el cuarto de Sasha.

—Veamos la peli. Decidiré lo que voy a hacer sobre la marcha.

Al se tumbó en el sofá y ella desplegó el sillón para estirarse y lanzó un sonido que demostraba que había encontrado la postura ideal. Al cabo de un rato una especie de latigazo le cruzó el vientre y se incorporó de golpe, haciendo que Álvaro se girase para ver qué ocurría.

—¿Qué pasa? – preguntó él.

—No sé – contestó Maddie llevándose las manos a la tripa – Será la pizza.

—¿Quieres que te prepare algo, un té, una manzanilla?

—No. Parece que ha pasado. Ya te dije que esa pizza lleva demasiados ingredientes.

A pesar de su apariencia de que no sucedía nada anormal, en su interior Maddie pensó que quizás algo no iba bien. Cuando el dolor se repitió, se levantó para ir al baño. Al detuvo la película y esperó. En el baño, Maddie descubrió que definitivamente algo sucedía pues no podía ponerse en pie y una enorme mancha de sangre había aparecido en su ropa interior. Se sentó delante de la bañera sujetándose las rodillas esperando a que desapareciera lo que había imaginado que sería una contracción y el sonido de los nudillos de Álvaro en la puerta no la sorprendió.

—Maddie, ¿estás bien?

—No puedo levantarme – dijo ella desde dentro intentando no alarmarlo demasiado.

—¿Puedo entrar? – preguntó él, preocupado.

—Sí.

Cuando abrió la puerta y la encontró en el suelo se lanzó inmediatamente hacia ella.

—¿Pero qué tienes? ¿Es por la cena? – preguntaba mientras intentaba ayudarla a levantarse. Al ponerla en pie, un pequeño charco de sangre apareció en el suelo, lo que hizo que Álvaro se confundiera aún más.

Maddie lo miró a los ojos, con los suyos llenos de lágrimas y le confesó:

—Creo que lo estoy perdiendo, Álvaro... Estoy perdiendo al bebé.

Los ojos del joven se abrieron ante lo inesperado de la noticia.

—¿Estás embarazada? ¿Pero...? ¿Por qué no...?

Mientras las preguntas se atropellaban en su mente y en su garganta, la llevó hasta el salón y la tumbó en el sofá.

—Voy a llamar a una ambulancia. — dijo él cogiendo su móvil y sentándose en el suelo, delante del sofá, para no perderla de vista.

Ella no dejaba de llorar mientras sentía cómo por su entrepierna no dejaba de bajar un líquido caliente que seguramente sería más sangre. Ni siquiera sabía por qué lloraba, si había decidido que terminaría con aquel embarazo y hasta tenía cita para hablar con la psicóloga de su centro de salud antes de llevar a cabo la intervención. Quizás después de todo no hubiera podido hacerlo, quizás esto era lo mejor que podía pasarle.

Cuando la ambulancia llegó y ella les contó lo que creía que estaba pasando, la llevaron al hospital. Álvaro se quedó con ella detrás todo el tiempo ya que no había nada que los del equipo de urgencias pudieran hacer en aquel momento. Le tomó la mano y fue incapaz de pronunciar palabra, aunque no dejaba de recorrerla con su mirada, como si con ello quisiera acariciarla y asegurarle que todo iba a ir bien.

—Tranquila. Todo saldrá bien. — repetía, sin saber muy bien qué significaba eso para ella en aquel momento.

Cuando le pasó la mano por la mejilla para apartarle el pelo, ella dejó caer su rostro en ella buscando la suavidad de su tacto y dejando que las lágrimas que habían decidido no dejar de brotar descansaran en su palma.

Las salas de espera de los hospitales pueden ser muy frías, y el silencio de la madrugada, sobrecogedor. Cuando por fin vio aparecer a alguien con una bata blanca que identificó como un médico, se levantó de la silla en la que había

estado sentado la última hora.

—Soy el doctor Brown – se presentó – Siento decirle que no hemos podido hacer nada por el bebé, pero no se preocupe, no hay ningún motivo por el que no puedan volver a intentarlo en un par de meses.

Mil frases desordenadas circulaban por la mente de Al en aquel momento, pero lo único que consiguió preguntar fue si podía verla. El médico le dijo que sí, que estaría hasta la mañana siguiente en observación y, si todo iba bien, podrían irse a casa. Luego le pidió a una enfermera que lo guiara hasta donde se encontraba la joven a quien acababa de atender. Una Maddie con aspecto cansado y triste lo recibió con los brazos abiertos en cuanto lo vio aparecer por la puerta, y él no lo dudó un instante. Se lanzó a abrazarla sin siquiera preguntarle todo lo que rondaba por su mente desde que se sintió mal en su casa. No hizo falta, ella necesitaba dejar salir todo el miedo y la indecisión que se había apoderado de ella durante los meses anteriores.

—Me enteré hace un par de semanas de que estaba embarazada. Sólo Rain lo sabía – dijo ella escondiendo su cara en el cuello de él.

—Eso no importa ahora. Debe de ser muy duro lo que te ha pasado, pero eres fuerte, lo superarás.

Acercó el sillón que había en el rincón y se sentó a su lado tomándola de la mano mientras ella seguía hablando medio adormilada.

—Yo no quería tenerlo, Álvaro. Había concertado una cita para aclararme un poco y tomar una decisión.

Álvaro seguía en silencio clavando en ella sus ojos de color jade. Un miedo atroz a decir algo que pudiera empeorar la situación lo invadió y agradeció para sus adentros que se quedara dormida enseguida.

Envío unos mensajes a Rain y Sasha y se acomodó en el sillón dispuesto a pasar allí la noche. Ellos aparecieron a la mañana siguiente. Rain traía algo de ropa limpia para Maddie, que lanzó a un rincón de la habitación para ir a abrazarla.

—¿Cómo estás? – decía mientras se sentaba en la cama.

—Bien...Mejor de lo que una podría esperar. Quiero irme a casa. – sus ojos enrojecidos gritaban lo contrario a lo que estaba diciendo.

—¿Necesitas ayuda para vestirte?

—No, creo que estaré bien.

—Entonces saldremos un momento al pasillo. Si necesitas algo, avísame.

—¿Dónde está Álvaro? Estaba aquí cuando desperté.

—Ha ido a averiguar si podemos llevarte ya a casa – dijo Rain pasándole una mano por el pelo. – Anda, vístete. Te sacaremos de aquí.

Álvaro apareció en el pasillo de vuelta del mostrador de recepción y Rain lo abrazó con fuerza.

—¡Menudo susto! Siento no habértelo dicho antes – le dijo mientras lo apretaba.

—Si Maddie no quería decírselo a nadie, hiciste bien en guardar el secreto. – dijo él dándole un beso en la coronilla.

—¿Cómo ha pasado la noche? – preguntó Sasha.

—Durmiendo, supongo que gracias a los calmantes. Creo que lo peor está por llegar.

—Rain, ¿Andrew lo sabía?

—¡No! Sólo yo. Me alegro mucho de que no estuviera sola cuando... bueno, cuando sucedió.

Maddie apareció en la puerta de la habitación lista para marcharse, aunque su palidez y las sombras debajo de sus ojos aconsejaban otra cosa. Fue Rain la que se acercó a ella y juntas, seguidas por Sasha y Álvaro, salieron de allí y tomaron un taxi para volver a casa. En cuanto vislumbró su cama, Maddie se tumbó en ella en posición fetal sin poder contener las lágrimas. Rain se tumbó a su lado, justo detrás de ella, y le acariciaba el pelo.

—Ojalá pudiera hacer que te sintieras mejor – le susurró.

—No entiendo por qué no puedo dejar de llorar. Probablemente es lo mejor que ha podido suceder – decía entre sollozos.

—Ha sucedido todo demasiado deprisa, Maddie. No tuviste tiempo casi de recuperar las riendas de tu vida después de lo de Andrew cuando descubriste que estabas embarazada y antes de poder hacerte a la idea o tomar una decisión, has sufrido un aborto. Date tiempo para descansar. Todo irá volviendo a su lugar poco a poco y quizás, ahora sí, por fin puedas empezar una nueva vida.

Allí permanecieron las dos juntas hasta que Maddie volvió a quedarse dormida y Rain salió de la habitación para preparar algo de comer para cuando despertara.

Cumpleaños feliz.

Querido Daniel:

Sé que no te he escrito en mucho tiempo, pero me han pasado tantas cosas últimamente que no sé ni por dónde empezar. Cuando había dado mi relación con Andrew por terminada resulta que un día, volviendo de la compra, me atacó en el portal. Creí que no saldría de aquella con vida, de verdad. Fue lo más horrible que me ha pasado jamás. No puede haber nada peor que ver tanto odio en la mirada de quien un día pensaste que era el hombre con quien pasarías el resto de tu vida. Yo jamás lo había visto así. Tuve suerte, y alguien entró de pronto en el portal y pude escaparme y esconderme en mi piso. Gracias a Álvaro me atreví a denunciarlo y conseguí una orden de alejamiento que espero que me sirva para no tener que verlo nunca más. Bueno, aparte de en los tribunales, porque lo que hizo fue demasiado grave. Por lo pronto se ha marchado del apartamento que alquilamos para vivir juntos, eso me ha dicho Sasha, y hablando con una amiga abogada me dijo que estaría en libertad condicional con cargos a espera de juicio, aunque aún no he recibido ninguna notificación.

Pero eso no es todo. A los pocos días descubrí que estaba embarazada, de Andrew, por supuesto, y fue un golpe muy grande pensar que tendría que compartir con él ese vínculo para siempre. Fueron unos días durísimos, y sin haberme hecho aún a la idea, perdí al bebé. ¡Cuánto te he echado de menos! Me gustaría tanto poder abrazarte, poder contarte todo esto mientras tomamos un café, que me acariciaras las manos y me riñeras por meterme en tantos líos. El caso es que sufrí un aborto espontáneo, lo cual acabó por fin de machacarme. Me siento la peor persona del mundo por respirar aliviada cuando todo acabó, no puedo dejar de llorar y no sé por qué. Para colmo, sabes que se acerca mi cumpleaños, lo que significa que tendré al menos que fingir estar bien delante de mis amigos. Siento haberte escrito en este estado. Quizás no debería enviarte este correo. Lo sé. Sé que si pudieras ya estarías aquí abrazándome y acompañándome a probar perfumes caros a Selfridges, ya sabes cuánto me gustan. Te prometo que la próxima vez que te escriba, estaré mejor.

Con cariño, Maddie.

El mes de enero había sido lo más duro que Maddie había tenido que soportar en toda su vida, incluso podría remontarse un par de meses más atrás, a la traición de Andrew. Su cabeza parecía una olla a presión que le impedía pensar, dormir y a veces hasta respirar. Si había podido soportarlo había sido gracias al apoyo de sus amigos. No la habían dejado sola ni un momento, a no ser para trabajar, cosa que no tenía más remedio que hacer aunque la mayor parte del tiempo no pudiera prestar atención a lo que estaba haciendo más de diez minutos seguidos. Tal y como Sasha le había dicho una noche, lo mejor de haber tocado fondo es que uno ya sólo puede volver arriba, pero le estaba costando tanto que no sabía si lo conseguiría. Rain había estado a su lado cada día, animándola, comprendiéndola a pesar de ser bastante más joven que ella, Sasha se había esforzado más que nunca con sus chistes y sus bromas para hacerla sonreír y Álvaro... Álvaro había sido para ella una verdadera ancla con su sonrisa perenne, su preocupación silenciosa, sus miradas furtivas y aquellos ojos que no dejaban de observarla y que decían mucho más que sus palabras.

Que tu cumpleaños coincida con el día de los enamorados tiene su gracia, sobre todo este año, pero allí estaba, viendo como nada más abrir la puerta de su apartamento, los globos inundaban el salón y una enorme pancarta le daba las felicidades. Sasha, Álvaro y Rain estaban delante de la pancarta sacando imágenes de su cara de sorpresa.

—¿Pero qué...? — reía ella sinceramente por primera vez en mucho tiempo.

—¡¡Felicidades, Maddie!! — gritaron todos.

Tras unos besos y unos abrazos que le recordaron por qué los quería tanto descubrió que habían traído la cena, incluyendo el vino y el champán para brindar y se sentaron juntos a dar cuenta de la deliciosa comida hindú. Sasha sacó el móvil para grabar mientras le preguntaba:

—¿Y bien, qué tal van los treinta y...?

—...tantos — añadió ella rápidamente — Ahora mismo muy bien gracias a vosotros.

—¡Bah! Es sólo una pequeña cena – añadió Sasha, luego bajaremos al bar de Rain a tomar unas copas.

Charlaron de sus respectivos días y una vez hubieron terminado de cenar, le pidieron que cerrara los ojos para ir a por la tarta. Cuando los abrió se encontró que habían apagado las luces y, sujetando la tarta entre los tres, llena de velas encendidas, le cantaban Cumpleaños Feliz. Se emocionó tanto que le costó trabajo no soltar alguna lágrima, pero hacía días que había decidido que ya había llorado suficiente.

—¡Venga, corta la tarta! – decía Sasha trayendo en la mano un cuchillo y emocionado como un crío.

Cuando Maddie procedió a cortar el primer trozo, la tarta se hundió por donde había puesto el cuchillo, y no había manera de cortarla.

—¡Sasha, te mato! ¿Esto qué es? – decía adivinando que había vuelto a jugársela.

Álvaro empezó a aplastar la tarta con el dedo y, efectivamente, se hundía para luego recuperar su forma. Ninguno podía parar de reír mientras Sasha, móvil en mano, decía entre carcajadas:

—¡Es gomaespuma!

¡Había hecho una tarta de gomaespuma y luego la había decorado con nata y chocolate para que pareciera auténtica! Maddie y Rain se lanzaron a sujetarlo mientras Álvaro le pringaba toda la cara con la nata de la tarta sin que ninguno pudiera dejar de reír.

—¿Y ahora qué? ¿Nos hemos quedado sin tarta? – preguntó Álvaro.

—¡Claro que no! Hemos traído otra.

—¿Tú lo sabías? – la miraron Álvaro y Maddie sin poder dar crédito.

—Sólo esta vez, lo prometo. Dos tartas me parecieron algo extraño y tuvo que contarme por qué. – dijo Rain chupándose los dedos después de haberlos pasado por la nata que tenía Sasha en la frente.

Cuando sacaron la tarta de verdad repitieron todo el proceso casi sin fiarse de que Sasha no hubiera hecho algo raro con ésta también.

—Ahora los regalos – sugirió Sasha – Saca el nuestro, Rain.

Rain lo miró levantando una ceja:

—¿Yo? Tenías que traerlo tú, lo dejé en tu casa. No me digas que te lo has dejado.

—¡No hay problema! Voy a por él.

Cuando Rain se percató del brillo en los ojos de Maddie y de cómo Álvaro la miraba hipnotizado sin que ella se diera cuenta, tomó a Sasha de la mano y lo fue conduciendo hasta la puerta de la calle:

—Nosotros...nosotros vamos a por tu regalo.

—No es necesario – dijo Maddie – Ya me lo daréis otro día.

—De eso nada – protestó Sasha adivinando la intención de Rain – En Rusia dicen que da muy mala suerte no entregar los regalos de cumpleaños en su día.

Rain lo miró confundida, no sabía si se lo estaba inventando o si era verdad, como la mitad de las cosas que le escuchaba al cabo del día. Álvaro se acercó a su chaqueta y sacó un pequeño paquete para Maddie, que le entregó a medio camino entre entusiasmado y dubitativo.

—No sé si te gustará. Me he dejado guiar por la dependienta. Sólo le dije que el que tú usabas me recordaba al olor de las lilas.

—¡Álvaro! ¿Por qué te has molestado? – dijo ella intentando abrir el paquete sin romper demasiado el precioso envoltorio rojo y dorado.

—Sólo por ver esa mirada – dijo él apenas en un susurro arrepintiéndose inmediatamente después. Maddie levantó la mirada un instante sin poder evitar ruborizarse. —¡Perfume! Es mi regalo favorito. – dijo poniéndose un poco en la muñeca y llevándose a la nariz para luego acercar la muñeca a la nariz de él. — ¡Gracias!

Sin haberlo previsto lo tomó de los brazos y, poniéndose de puntillas, le dio un suave beso en los labios. En el corto espacio de tiempo que duró tuvo tiempo de detenerse a pensar si habría sido lo bastante ligero como para poder echar la culpa a haberse dejado llevar por la emoción del regalo. Álvaro se atrevió a no dejarla escapar y capturó sus labios con los de él. Era ahora o nunca. Si no aprovechaba este momento nunca sabría si tenía alguna esperanza con ella y era lo único en lo que podía pensar casi desde el día en que la vio. Maddie tampoco se apartó hechizada por un momento que había imaginado pero que ni en mil años creyó que pudiera suceder. Al retirarse sus frentes se apoyaron una sobre la otra y Álvaro dijo con la voz algo ronca:

—Creo que está claro que los dos queremos lo mismo. Estoy intentando actuar como se supone que lo haría un tipo honesto, de verdad, porque sé por lo que has pasado estos meses y no quiero estropearlo más.

Ella volvió a ponerse de puntillas y le impidió seguir hablando volviendo a poner sus labios sobre los de él. Esta vez el beso fue mucho más intenso y las manos de Álvaro se desataron para acariciarle los brazos y pasarlas luego por su pelo, apretándola más contra él. Reunió la fuerza suficiente como para detenerse y dar un paso atrás dejando que fuera el Al juicioso y responsable el que hablara esta vez:

—No quiero empezar nada hasta que sientas que eres libre de todo lo que ha sucedido.

El timbre del portero automático los devolvió de golpe a la realidad. Ella se pasó las manos por el pelo intentando disimular que se había derretido por completo con aquel beso.

—¿Bajáis o subimos? – preguntaba Rain desde la calle.

—Bajamos – dijo él volviéndose hacia Maddie, suspirando y guiñándole un ojo mientras abría la puerta y, poniéndole la mano en la espalda, la acompañaba fuera.

Una bocanada de aire frío los recibió en cuanto abrieron el portal. Las narices enrojecidas de Rain y Sasha suplicaban que se marcharan al restaurante a

tomar esas copas que tenían pendientes y juntos se acercaron al paso de peatones que había unos metros más arriba para esperar a que el semáforo se pusiera verde. Al poner un pie en la carretera, el sonido de un coche acelerando al máximo hizo que Álvaro mirase en la dirección de la cual provenía el estruendo y, al verse cegado por los faros brillantes de un coche, empujó a los demás hacia atrás en un intento por evitar que lo siguieran. Para él ya era tarde y el golpe lo lanzó un par de metros hacia abajo y después se dio a la fuga.

Sasha fue el primero que llegó hasta donde estaba el cuerpo de su amigo boca arriba en el suelo. Rain y Maddie lo siguieron inmediatamente mientras la primera llamaba a emergencias sin poder contener las lágrimas y casi sin poder articular palabra. Un círculo de gente empezó a rodearlos mientras Sasha incorporaba a Álvaro del suelo. Abría y cerraba los ojos lentamente y parecía preguntarse qué había pasado, lo que alivió a Sasha enormemente. Su visión se volvió borrosa y todos los sonidos de su alrededor enmudecieron lentamente al mezclarse con su respiración acelerada. Sintió que alguien le presionaba el pecho y su respiración se aceleró aún más debido a la confusión. No sabía lo que había pasado.

—¡Álvaro!

Se percató de que su amigo Sasha se había arrodillado en el suelo y lo había apoyado a él sobre sus piernas, pero sólo podía concentrarse en el dolor que ahora mismo le impedía respirar y trataba de llevarse las manos al pecho, mientras lo miraba fijamente, al lugar de donde emanaba aquella terrible tortura, intentando detenerlo de alguna forma.

—¡No, Álvaro, estate quieto!

Notó que alguien le cogía las muñecas con fuerza para que no se llevara las manos al pecho y podía sentir los latidos de la sangre corriendo por sus venas. Lo único que quería era respirar. Cuando volvió a abrir los ojos el rostro asustado de Sasha fue lo primero que vio y pudo escuchar cómo le decía con falsa calma que tenía que intentar respirar más despacio para conseguir el aire que necesitaba, mientras le desabrochaba la camisa y el pantalón para evitar que hubiera ningún tipo de presión que impidiera que le llegara suficiente oxígeno. Parecía en shock y quería levantarse, pero Sasha conseguía volver a apoyarlo

sobre sus piernas.

—¡No! La ambulancia viene de camino. No te muevas. — repetía Sasha mirando enfadado a la multitud que se había agolpado alrededor.

—¡Apartaos! ¿No veis que no puede respirar?

Maddie y Rain intentaban desesperadamente echar a los curiosos hacia atrás.

Álvaro entró en pánico y todo su cuerpo empezó a temblar y a sudar. Seguía sin poder respirar y sentía que su mente abandonaba a su cuerpo sin poder hacer nada para seguir manteniendo los ojos abiertos. Lo siguiente que notó fue que alguien quería taponarle la nariz y la boca y trató de librarse a manotazos de aquel objeto. ¡No podía respirar y querían ponerle algo en la cara! Alguien le cogió las manos de nuevo y le dijo que se estuviera quieto, que estaban intentando ayudarlo. Sasha apareció de nuevo en su ángulo de visión, era él quien le hablaba y quien ahora le pedía que siguiera mirándolo:

—Te están ayudando, Álvaro, no te quites la máscara. — le decía Sasha mientras le sujetaba las manos contra el suelo.

Un fuerte pinchazo en el brazo fue lo siguiente que sintió antes de que todo se volviera definitivamente negro.

La ambulancia se llevó a Álvaro a toda prisa mientras los demás tuvieron que contar a la policía lo que había sucedido. Algunos de los testigos describieron el coche, pero ninguno había tenido tiempo de fijarse en la matrícula o en algún detalle más esclarecedor. Rain le suplicó al policía que los dejara ir al hospital con su amigo:

—Estará solo y asustado, por favor, déjenos ir con él.

El agente les informó de que contactaría con ellos si averiguaban algo y subieron al primer taxi que pasó libre. Ninguno de ellos sabía el alcance de las heridas de Álvaro y tampoco habían podido fijarse en nada. Sólo recordaban las luces cegadoras y el chirriar de las ruedas antes de ser empujados con fuerza hacia atrás sin saber siquiera por quién, hasta que lo vieron tirado en el suelo inmóvil. Rain y Sasha iban cogidos de la mano durante el trayecto y la imagen de

sus dedos entrelazados en un momento tan duro hizo que Maddie recordara lo que había sucedido un poco antes de bajar a la calle. Se llevó la mano derecha a los labios y los tocó con las yemas de sus dedos como si así pudiera atrapar el tacto de los labios de Álvaro. ¡Maldito Álvaro! Siempre intentando hacer lo correcto, siempre intentando proteger a todo el mundo, y a esto lo había llevado.

En el hospital tuvieron que pasar un buen rato hasta que alguien les informó del estado de su amigo. Un médico de urgencias con rostro aliviado los esperaba en la puerta de la habitación donde habían atendido al joven.

—¿Son ustedes familiares?

—No. Somos sus amigos. No tiene familia aquí – contestó Sasha—
¿Cómo está?

—Afortunadamente sólo tiene un par de costillas rotas y algunos moratones.

Los rostros de todos se relajaron al instante:

—¡Madre mía, menos mal! – exclamó Rain abrazándose a Sasha. Ambos se lanzaron enseguida a incluir a Maddie en el abrazo.

—Tendrá que estar en reposo y no hacer esfuerzos ni movimientos bruscos. Se quedará esta noche y, si todo va bien, mañana mismo podrá irse a casa a continuar el tratamiento. Pueden entrar a verlo, pero está bajo los efectos de una fuerte medicación. Hablaré con él mañana para elaborar el informe de la policía. Por favor, entren de uno en uno.

Sasha fue el primero en entrar y no quiso hacer ningún ruido para no despertarlo. Tenía buen aspecto a pesar de las magulladuras de la cara, pero ni siquiera abrió los ojos cuando él abrió la puerta. Supuso que el suero que había conectado a su brazo era el responsable de ello. A punto estuvo de tocarle la cara, pero no se atrevió. Salió enseguida y les dijo a las chicas que podían entrar a verlo si querían, pero que estaba totalmente dormido. Entró primero Rain y luego Maddie. Ella sí se atrevió a tomarle una mano, a sabiendas de que podía despertarlo, pero tenía que tocarlo, tenía que sentirlo y todos los poros de su piel se erizaron cuando la mano de él apretó la suya levemente. Enseguida clavó sus

ojos en su rostro buscando los de él, esperando y temiendo al mismo tiempo haberlo despertado. No fue así. Lentamente se acercó y le dio un beso tan ligero como una pluma en la mejilla antes de salir de la habitación y volver con los demás.

A pesar de que el médico les había dicho que Álvaro pasaría la noche completamente dormido y que no era necesario que se quedaran allí, los tres se quedaron en la sala de espera por si había alguna novedad, Sasha en medio y las chicas una a cada lado apoyadas en sus hombros. Así permanecieron hasta que la luz del amanecer empezó a asomar a través de los cristales de la estancia. Fue Maddie la primera en despertarse y la que se acercó a la máquina de café y sacó uno para cada uno. La había estado dando vueltas a una idea desde que pudo recuperar la capacidad de hilar sus pensamientos una vez supo que lo de Álvaro no había sido grave, pero era incapaz de expresarlo con palabras. Dio un sorbo a su café mientras miraba a través del cristal y por fin se dio la vuelta decidida a soltar lo que estaba pensando.

—Sasha... ¿Y si el atropello no hubiera sido un accidente?

Sasha parpadeó un instante como si con ello pudiera sacudirse el sueño que le quedaba aún, a pesar del café.

—No te entiendo, Maddie.

—¿Y si alguien nos hubiera querido arrollar a propósito?

—¿Pero quién? — preguntó Rain levantándose de su asiento — ¿Y por qué?

—Andrew — contestó ella.

—¿Andrew? Si hace semanas que no sabemos nada de él, hasta se marchó del piso después de... bueno, ya sabes — seguía hablando Rain como si de repente no le pareciera tan disparatado lo que había propuesto su amiga.

—Puede que quisiera atropellarme a mí, acabar lo que empezó— dijo Maddie con los ojos fijos en el suelo.

—¿Y arriesgarse a pasar el resto de su vida en la cárcel? Creo que es más

inteligente que eso, Maddie. Bastante tendrá con lo que le caiga por lo que te hizo en el portal.

Sasha y Rain guardaron silencio unos instantes rebobinando en sus mentes los sucesos de la noche anterior.

—No digo que no sea posible, Maddie – dijo al fin Sasha – Pero me parece un poco exagerado hasta para Andrew. Una cosa es dejarse llevar por la ira y por los celos, que fue lo que le pasó cuando te atacó a ti, pero si hubiera planeado algo así... esto va más allá de lo que mi mente puede digerir.

—De todas formas, no tenemos pruebas – añadió Rain – No vimos la matrícula, yo ni siquiera vi el coche. Nadie pareció haber visto nada... No sé... ahora mismo no puedo pensar en eso. Creo que antes tengo que dormir siete u ocho horas seguidas.

Ninguno comentó nada más al respecto y se limitaron a ir por turnos a desayunar a la cafetería mientras esperaban que entrara un poco más el día para preguntar si podían volver a entrar. Sasha y Rain fueron los primeros en ir a desayunar y ella se atrevió a decirle a una de las enfermeras que tenía que entrar a ver a Álvaro, que no sabían nada de él desde anoche. La mujer le dijo que estaría bien, que si hubiera habido alguna novedad los habrían avisado, pero Maddie insistió tanto que la enfermera la dejó entrar. Una auxiliar le estaba quitando el termómetro de la sien justo cuando ella entró en la habitación. Estaba adormilado, pero tenía los ojos abiertos, lo cual hizo que la primera sonrisa del día iluminara el rostro de la joven.

—Vaya, alguien se alegra de verme – sonrió levemente.

Ella se acercó a la cama y le dio un cálido beso en la mejilla.

—Debería darte una paliza por lo que hiciste anoche.

—No, por Dios, otra paliza no – suplicó intentando no reírse y tosiendo al intentar hacerlo. – Estoy molido.

Su mirada lánguida y sus largas pestañas se clavaron en ella dejándola sin palabras. Tenía unos moratones en la mejilla y en la barbilla que ella no había visto la noche anterior, quizás porque aún no estaban ahí.

—Siento haberos asustado.

—Si no hubiera sido por ti, no sabemos a quién le habría tocado estar en esa cama.

—¿Se sabe algo del conductor?

—No – contestó ella intentando ocultar lo que rondaba por su cabeza.

—Algún gilipollas borracho, como si lo viera – gruñó Álvaro intentando incorporarse para casi gritar de dolor.

—¡Joder, cómo duele!

—¿Quieres dejar de moverte? Tienes dos costillas rotas. No puedes hacer movimientos bruscos.

—¿Han dicho algo de cuándo podré irme?

—Con un poco de suerte, hoy mismo.

—¿Por eso has venido?

—No nos hemos ido, Álvaro. Hemos estado ahí mismo toda la noche los tres.

La mirada de gratitud del joven volvió a interrumpir el flujo de sus pensamientos. ¿Desde cuándo tenía ese poder sobre ella? Le pasó la mano por el pelo revuelto, intentando recomponerlo un poco y le dijo que iba a hablar con los demás para que supieran que estaba despierto y algo más despejado. Rain y Sasha estaban dando vueltas por la sala de espera al fondo del pasillo enviándole mensajes a Maddie para averiguar dónde se había metido, cuando la vieron aparecer ante ellos con el rostro visiblemente más relajado que un rato antes.

—He entrado a verlo. Podéis venir si queréis, ya está todo el mundo muy ocupado con los termómetros y los sueros, no creo que nos presten atención.

Sasha se acercó a la cama, pero no quiso abrazarlo por miedo a hacerle daño, al igual que Maddie.

—Tío, ya está bien de hospitales, ¿no crees?

—Dímelo a mí – soltó Al con una leve sonrisa en el rostro.

Una enfermera los interrumpió diciendo que el médico vendría en una media hora y que tenían que salir de allí.

—Estaremos ahí fuera, ¿vale? – dijo Rain dándole un ruidoso beso en la mejilla.

—Sí, mamá – sonrió él cerrando los ojos.

Aquel mismo día volvieron todos juntos a casa con la promesa de que ayudarían a que Al se recuperase lo antes posible. A pesar de no ser una lesión muy grave, el joven estaba muy molesto y casi no podía moverse. Entrar al taxi fue toda una odisea. Una vez en casa, Maddie se quedó con él mientras los otros dos bajaban a buscar algo para comer. Al no se había sentado siquiera cuando dijo que iba a darse una ducha para quitarse el olor a hospital, algo que no podía soportar.

—Si necesitas ayuda, avísame – le dijo Maddie inocentemente asomándose desde la cocina.

—No creo que sea el mejor momento para que me veas desnudo – bromeó él entrando en el baño.

—Pues tendrás que dejarme ver esas costillas tarde o temprano.

A Álvaro le llevó bastante más tiempo del que había pensado el mero hecho de darse una ducha, pero se sintió infinitamente mejor, a pesar de que le costaba mucho moverse y lo primero en lo que pensó mientras se vestía fue en tomarse los calmantes. Antes de ponerse la sudadera, llamó a Maddie.

—Si quieres verlo ahora estás a tiempo.

Cuando Maddie abrió la puerta del baño se encontró con que Álvaro solamente se había puesto el pantalón de felpa y había dejado su torso al descubierto para mostrarle los estragos del golpe que había recibido. Maddie alargó la mano instintivamente, pero enseguida la retiró, a sabiendas del dolor

que un simple roce podría provocarle. Sus ojos aterrizaron en la enorme mancha morada que cubría la mitad de su cuerpo. Tragó saliva y fue capaz de pronunciar con voz burlona, a pesar de la impresión que aquella imagen le había provocado:

—Tiene un aspecto horrible.

—Gracias. Eso anima bastante – sonrió él para luego mostrar una mueca de dolor al levantar los brazos para intentar ponerse la parte de arriba.

—¡Trae aquí! – Maddie le quitó la sudadera de las manos y le ayudó a ponérsela – Y ahora al sofá, míster, o a la cama, me da igual, pero tienes que descansar.

Álvaro fue a la cocina a tomarse las pastillas que le habían recetado para el dolor y luego se tumbó en el sofá y puso la tele.

Maddie, mientras tanto, rumiaba en la cocina si sería buena idea hacerle partícipe de lo que se le había ocurrido mientras estaban en la sala de espera del hospital. No había sido una acusación al azar. En todo este tiempo en alguna ocasión había tenido la sensación de que alguien la seguía, aunque jamás descubrió a nadie cuando reunía el suficiente valor como para darse la vuelta. Cuando llegaba la noche y se iba a dormir, cerraba la puerta con las dos vueltas de llave y revisaba incluso la terraza antes de meterse en la cama, y ni aun así se convencía de que podía relajarse, de que nadie quería hacerle daño. Por eso cuando vio a Al volar por los aires al recibir el golpe del coche, lo primero en lo que pensó fue que no había sido casualidad. No había mencionado antes sus sospechas porque creía que sus amigos la tomarían por paranoica, y porque ella misma se había auto convencido de que su miedo no era más que el producto del estrés acumulado después de lo que había sucedido con Andrew. Ahora, saber que Álvaro estaba pasándolo mal por su culpa, porque si ella era el objetivo de aquel coche, debería ser ella la que estuviera herida, la estaba volviendo loca.

Se sirvió una copa de vino y se sentó en el suelo delante del sofá a esperar a que volvieran sus amigos con la comida, mirando de vez en cuando a Al, que se había tumbado de lado y cuyos ojos parpadeaban ya a cámara lenta debido a los calmantes.

Cuestión de confianza.

Un mes no es demasiado tiempo para nada, ¿o sí? En cuatro semanas algunas heridas cicatrizan y hay quien reúne el valor necesario para lanzarse a un abismo. En un mes cambian las estaciones y la vida da un vuelco.

Al darse la vuelta, lo primero con lo que Maddie se encontró fue con sus ojos del color de las hojas en primavera. Hasta ese momento había permanecido con su nariz enredada en su pelo en absoluto silencio, dejándose llevar por su aroma dulce y por los recuerdos de la noche anterior, la primera que se habían atrevido a compartir del todo, sin reservas y sin miedo. Cuando fue a su casa con la excusa de ver una peli y una botella de vino en la mano, no tenía ni idea de que la noche acabaría con sus dos cuerpos desnudos enredados en la cama, en la penumbra de su dormitorio, sin palabras y no precisamente porque no lo hubiera deseado cada vez que se encontraban. No podía recuperar en su mente el momento en que un beso dulce y pausado, se convirtió en uno que amenazaba con quemar sus labios, que mordía y exploraba en la calidez de la boca del otro. Fue un beso distinto, húmedo, que hizo que una corriente de calor recorriera las venas de Álvaro como nunca antes había sentido. Ninguno de los dos se atrevió a parpadear y sus miradas permanecieron clavadas en los ojos del otro durante el tiempo que fueron capaces de mantener aquel beso que amenazaba con dejarlos sin una gota de aire. Fue lo más vivo que Al había sentido jamás, y aún no se habían tocado.

Inundados por el único sonido del tráfico y el ruido de la gente en la calle, Maddie empezó a desabrochar lentamente los botones de su camisa y mientras él la dejaba caer al suelo, ella levantaba la camiseta que había debajo, hasta que él obedientemente hizo el resto, levantando los brazos y dejando que la camiseta pasara por su cabeza y cayera sobre la otra prenda que yacía lánguida en el suelo. Fue mucho más sencillo liberar a Maddie de su sudadera y su pantalón de deporte y más que excitante ver cómo ella misma desabrochaba su sujetador y lo dejaba caer sobre su ropa al tiempo que lo empujaba a él contra la cama antes de dejarse caer suavemente sobre su cuerpo. Cómo desapareció el resto de su ropa era algo que no podía recordar. Atrapó la magia de una danza carnal que parecía haber sido ensayada durante siglos, el brillo de las gotas de sudor recorriendo sus cuerpos, el sonido de respiraciones entrecortadas adornadas por gemidos y jadeos

y las olas de un éxtasis intenso y atormentado, y aderezado con ojos abiertos que no querían perderse el recorrido del placer por el cuerpo del otro.

Y allí estaban ahora, mirándose sin hablar, hasta que Maddie le dio los buenos días rozando su nariz contra la de él y dándole un suave beso en los labios.

—¿Cómo te encuentras? – preguntó ella sabiendo que lo de anoche podía haber hecho mella en las lesiones de Álvaro, que aún no había recibido el alta.

—Mejor que nunca. Pregúntamelo cuando intente levantarme – sonrió él.

—Pues más vale que empieces ya, porque tienes que preparar los dibujos para que me los lleve.

Álvaro resopló.

—Puedo llevarlos yo.

—¡Ni de coña! No puedes meterte en el metro.

—¿Así que anoche pude hacer todo tipo de posturas y ahora no puedo subir al metro? – dijo con una sonrisa pícaro en la cara.

—Eso es. Y ahora mueve el culo hasta tu piso y prepara los dibujos.

Cuando por la tarde Maddie volvía finalmente de entregar los trabajos de Álvaro, el vagón de metro estaba a punto de estallar por algún sitio debido a la multitud que se apretaba al tiempo que intentaba dejar claro que no había un alfiler más allí dentro. Los más afortunados, que habían tenido la suerte de encontrar asiento, leían el periódico, algún libro o miraban sus móviles. Otros, también afortunados, aunque viajaban de pie, se agarraban a los pasamanos o se apoyaban contra las paredes para no perder el equilibrio en las curvas más rápidas. Y luego estaban los que, como ella, permanecían en pie, tambaleándose de un lado a otro con la esperanza de que en la siguiente estación alguien dejara un asiento libre. En medio de aquella marabunta humana un hombre alto, de tez morena, con gorro de lana y gafas de sol se colocó a su lado. Maddie ni siquiera se percató de su presencia al principio, pero entonces él se dirigió directamente a ella:

—Tengo que decirte algo.

Ella dio un respingo involuntario ante el comentario del desconocido y lo miró de reojo.

—Sí, a ti. ¿Eres Maddie, verdad?

Sin duda era a ella a quien se dirigía. Como una marioneta de cuyo cabeza tiraba un hilo invisible, asintió levemente.

—Andrew quiere saber cómo está tu novio.

Aquella frase terminó de helarle la sangre en las venas.

—Y quiere hablar contigo. Mañana a las once en la cafetería de su trabajo.

Si no hubiera estado rodeada por aquella multitud que impedía que pudiera moverse, ya se hubiera caído al suelo, pues el temblor de sus piernas hacía que casi no la sostuvieran. Cuando se giró, el hombre seguía a su lado, pero nada en él hacía sospechar que ella era el motivo por el que estaba allí. No la miró, no volvió a hablarle y se bajó tranquilamente en la siguiente estación. Maddie llegó a pensar que se lo había imaginado. ¿Acaso estaba perdiendo la cabeza? ¡No! Ésta era la señal que esperaba, la que confirmaba que no era ninguna paranoica y que Andrew estaba detrás de lo que le había sucedido a Al. Debía de referirse a él cuando dijo lo de “su novio”. Todo el vello de su cuerpo se erizó y un sudor frío empezó a recorrerle la espalda. ¡Necesitaba aire ya! En cuanto las puertas del vagón se abrieron, se lanzó afuera y salió por las escaleras hasta la calle, sin saber siquiera en qué estación estaba. Al salir reconoció los alrededores como los de Hyde Park Corner, a sólo dos estaciones de su casa. No le importó. Necesitaba caminar y, sobre todo, que le diera el aire en la cara, cuanto más frío mejor. ¿Qué querría decirle Andrew? ¿Por qué enviar a un extraño con un mensaje, en lugar de mandarle uno al móvil, o un email? No era tonta, sabía que el motivo era no dejar rastro. Tenía una orden de alejamiento que legalmente le impedía acercarse a ella o comunicarse con ella de alguna forma, y si la rompía, tendría que dar cuentas de ello en el juicio por la denuncia por agresión que ella había interpuesto. Aceleró el paso a medida que las gotas de lluvia se convertían en un chaparrón. Tenía que llegar a casa cuanto antes y contarle a alguien lo que acababa de suceder. Un rato después y empapada hasta

los huesos, por fin llegó a su apartamento. Había supuesto que Rain estaría en casa pues hoy era su día libre, pero cuando abrió la puerta y vio que todo estaba a oscuras, supo que se había equivocado. Encendió la lámpara del rincón y se metió en el baño a quitarse la ropa mojada y darse una ducha caliente. Cuando salió, vio que tenía un par de mensajes de Al en el móvil preguntándole si había entregado los dibujos y si había llegado a casa. Envío un emoticono sonriente y varios dibujos de lluvia y paraguas y después añadió que sí estaba en su apartamento, para que Al no se preocupara.

Le había costado mucho convencerlo de que ella podría entregar sus dibujos, que tenía que ir al centro y que quería ir sola. Le prometió que se movería por donde hubiera gente, y que no tenía motivos para preocuparse. Si le contaba lo que había pasado en el metro, le costaría horrores volver a convencer a sus amigos de que podía estar sola. Pensó que su mejor opción era ir a hablar con Andrew y descubrir qué quería de ella.

A la mañana siguiente, cuando atravesó la puerta giratoria que conducía al edificio donde trabajaba Andrew, no era capaz de afirmar si lo que sentía en aquel momento era rabia, miedo o una terrible mezcla de ambas cosas. Cuando lo divisó sentado solo en una de las mesas al menos supo que no tendría que esperar demasiado para averiguar qué quería. Lo que no esperaba era que Andrew se sorprendiera al verla aparecer, lo que hizo que diera un respingo en la silla.

—Aquí estoy — dijo Maddie sentándose frente a él — Dime lo que tengas que decirme. No quiero pasar aquí más tiempo del necesario.

Andrew la miró perplejo antes de preguntar:

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso quieres montarme un número delante de todos mis colegas?

Maddie se sintió tan confusa que sólo pudo exclamar:

—¡Déjate de juegos! ¡Tú me has pedido que venga!

Los que desayunaban en las mesas de alrededor ya habían intuido que algo no iba bien.

—¿Yo? ¿Y cómo se supone que lo he hecho? No puedo acercarme a ti, ¿o es que ya no te acuerdas?

—Tú me enviaste un mensajero. Me preguntó por Álvaro y me dijo que viniera aquí hoy.

—¡Estás como una cabra! – dijo él con una carcajada burlona.

—¡No estoy loca! ¡Y no juegues a eso! – dijo ella dando una fuerte palmada a la mesa.

A estas alturas, incluso los de la barra los estaban mirando. Andrew carraspeó un momento y luego le dijo, bajando la voz y mirándola tan fijamente que Maddie creyó que podía ver en su interior:

—Si no quieres que sea yo quien llame a la policía para decir que has roto tu propia orden de alejamiento viniendo nada menos que a mi trabajo a amenazarme, más te vale que te vayas de aquí.

Justo en aquel momento Maddie supo que todo había sido una trampa. Ella, sin saberlo, le había proporcionado el motivo para que hiciera precisamente lo que acababa de insinuar y así dejarla en mal lugar delante del juez. Cuando fue consciente de que habían estado siendo observados por todos los que estaban en la cafetería, supo que su plan había dado el resultado esperado. Sus ojos incrédulos repasaron el rostro de Andrew, que sonreía triunfante a sabiendas de que había conseguido lo que quería. Sin pronunciar una palabra más, se levantó y se dirigió de nuevo a la salida.

Cuando aquella misma tarde su abogado la llamó para preguntarle a qué demonios estaba jugando, solamente pudo pedirle disculpas y contarle lo que había sucedido. El hombre la advirtió de que Andrew había demostrado ser capaz de jugar sucio para desacreditarla en el juicio y de que, en adelante, tuviera mucho cuidado.

Maddie decidió contarles a todos durante la cena lo que había sucedido desde que aquel tipo apareciera en el metro. Cuando llegó a la parte en que contó que había ido a ver a Andrew, Álvaro se dejó llevar por su asombro al preguntar:

—¿Cómo se te ha ocurrido ir a ver a Andrew? – su tono era una mezcla de

sorpresa e incredulidad, como si escondiera un “Te creía más lista”, o así se lo tomó ella.

Su reacción fue defenderse:

—¡El extraño me preguntó por ti! Estoy segura de que Andrew tuvo algo que ver en aquel atropello, si no fue él, pudo haber contratado a alguien.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque ya me sentí bastante ridícula cuando se lo comenté a Sasha y a Rain.

Los otros dos, que hasta ahora habían permanecido en silencio, levantaron la cabeza sin saber muy bien qué decir.

—O sea, a ver si me he enterado. Sospechas que tu ex me ha atropellado y en lugar de decírmelo a mí se lo dices a ellos...

—Dicho así suena fatal, Álvaro. Yo sólo quería mantenerte al margen e intentar arreglar todo este asunto sin que nadie se viera comprometido.

Álvaro no contestó. Se sentó delante de la tele dejando su cena a medio terminar, lo que indicaba que se había disgustado. Maddie se sentó junto a él.

—Álvaro... No quiero que te enfades conmigo. Me sentí tan mal con lo que te pasó que sólo quería evitar que algo así pudiera volver a suceder.

—Ahora no estás sola, Maddie. Y lo más importante de una pareja es la confianza. Si no confías en mí, no vamos a llegar muy lejos.

Ella le tomó de la barbilla y le giró el rostro para que la mirase a los ojos.

—Sabes que no ha sido una cuestión de confianza. Pero si te sirve de algo, la próxima vez que se ponga en contacto conmigo, te avisaré. ¿Vale?

Sasha se unió a ellos en cuanto vislumbró que la discusión había llegado a su fin.

—¿Qué te dijo del tío del metro?

—Actuó como si no supiera nada, como si me lo hubiera inventado. De hecho, fingió muy bien que no me esperaba por allí.

—¿Estás segura de que ha sido cosa suya, Maddie? — preguntó Rain uniéndose también al grupo.

—¿De quién si no? ¿Quién querría enviarme a ver a Andrew?

Los tres se miraron en silencio. Ninguno tenía una respuesta coherente a esa pregunta, y lo único que podía responderla era lo que su abogado había supuesto. Un mensaje alto y claro: *Te estoy vigilando, puedo contactar contigo cuando quiera*. Había demostrado no solamente que podría ponerse en contacto con ella, sino que podría hacer creer a todo el mundo que él no tenía nada que ver. Maddie creyó ver por un momento la sombra de la duda paseándose por las pupilas de sus amigos, pero no se atrevió a preguntar quizás porque prefería no saber lo que pensaban. Estaba totalmente segura de lo que había visto y oído en el metro y de que, probablemente muchas más cosas como aquella estaban por llegar.

Por la noche, cuando los chicos se marcharon por fin a su casa, Maddie se metió en la cama con un terrible sentimiento de frustración. Desde que conoció a Andrew nada había sido como antes y estaba convencida de que jamás volvería a serlo. Recordó una frase que había leído en alguna parte, que decía: “Alguien a quien amaba me regaló una caja de oscuridad. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que aquello también era un regalo”, y deseó con todas sus fuerzas que llegara pronto el día en que pudiera ver su relación con Andrew como algo positivo, aunque sólo fuera por el hecho de que así había conocido a Álvaro.

El timbre de su puerta sonó a eso de las nueve de la mañana y se alegró enormemente de ver en el umbral a Álvaro con tres cafés, una bolsa con bollos y un ramo de flores silvestres probablemente de la floristería que había junto a la estación de metro de Queensway. Lo abrazó como si hiciera meses que no lo veía y él la besó mientras entraba al salón.

—Pensé que podríamos desayunar juntos antes de empezar a trabajar.

—Es una idea estupenda — añadió ella llevándolo a la mesa de la cocina — Rain aún no se ha levantado, supongo — dijo mirando a la puerta cerrada del

dormitorio de su compañera – Pero se alegrará igual cuando vea ese café, te lo aseguro. Anoche se acostó muy tarde.

El primer sorbo de café de la mañana tenía la mágica virtud de sacarle la primera sonrisa del día a Maddie, algo que Al ya había notado y le encantaba observar. Dio un bocado a uno de los bollos y le dijo sin rodeos:

—Quería disculparme por lo de anoche.

—No tienes por qué hacerlo – contestó ella cogiéndole la mano por encima de la mesa.

—Supongo que quiero que Andrew deje de revolotear por nuestras vidas cuanto antes, algo que parece que no es lo que quiere él.

—No vamos a dejar que nos afecte, ¿vale? Igual estoy un poco paranoica con todo esto y lo del atropello no tuvo nada que ver con él.

—Nunca me has contado cómo os conocisteis.

—Me lo presentó una compañera del colegio donde yo trabajaba entonces. Me dijo que acababa de romper con su pareja y que estaba un poco agobiado, que era psicólogo y poco más. Tomamos café un par de veces, pero volvió con ella y tardé un mes o así en volver a saber de él. Lo que más me asombró fue lo inteligente y lo culto que era, siempre leyendo, viendo películas independientes, yendo a simposios y convenciones. Si te digo la verdad, siempre me pregunté por qué se había fijado en mí.

—Creo que no tienes muy buena opinión de ti misma y no sé hasta qué punto él puede ser responsable de eso.

—¿Podemos dejar ya de hablar de Andrew?

Álvaro sonrió y la besó de nuevo.

—¿Tienes algún plan para hoy? Si quieres podemos comer juntos – le preguntó al fin.

—Eso sería estupendo. Acabo unas cuantas cosas que tengo pendientes y me voy para tu casa.

Después de desayunar, Álvaro se marchó para ponerse a trabajar, y ella hizo lo mismo. Lo mejor para aclararse las ideas a veces es simplemente dejar de pensar en aquello que te preocupa.

Después de comer con él en su casa, se tumbó un rato en el sofá poniendo los pies encima de las piernas de Álvaro. El sueño la venció sin que tuviera tiempo de prestar atención ni a un par de anuncios. Y nadaba. Nadaba en un mar de aguas turquesa embriagada de una paz absoluta cuando algo tiró de ella desde el fondo, algo enorme y terrible que no podía ver pero que cada vez la arrastraba más adentro del océano. Se ahogaba. No podía respirar y su boca se llenaba de agua salada. Entonces, como de la nada, una mano agarró la suya y empezó a tirar de ella hacia arriba. Álvaro le estaba dando pequeñas palmadas en el hombro intentando despertarla.

—Maddie, cariño, es una pesadilla. Maddie...

Cuando por fin pudo abrir los ojos y tomó conciencia de dónde estaba, se sentó de golpe.

—Si casi no te había dado tiempo a dormirte, ¿cómo es que hasta tenías una pesadilla? ¿Con qué soñabas? – le decía mientras le acariciaba el brazo.

—Agua...Mucha agua.

Soñar con agua nunca fue buen presagio para Maddie, al contrario, lo asociaba a que las cosas se iban a torcer en su vida. Pero soñar con aquella mano que inmediatamente reconoció por el anillo surfero en el pulgar y las pulseras de cuero, no era mucho mejor. Ese sueño anunciaba grandes cambios, lo sabía. Él siempre presagiaba los grandes cambios en su vida. No lo nombró. No le contó a Álvaro nada más, aparte del agua en la que se ahogaba, pero pudo sentir cómo los nubarrones negros se agolpaban sobre ella indicando la cercanía de la tormenta.

—Creo que me voy a ir a casa a trabajar un rato. – dijo levantándose de golpe del sofá, sin sentarse siquiera.

—¿Te encuentras bien? – preguntó Al preocupado.

—Sí. Es sólo que me he acordado de que tengo algunas cosas que hacer. Después te envió un mensaje, ¿vale?

—Muy bien – contestó él mientras la acompañaba a la puerta.

De tal palo, tal astilla.

Los días soleados en esta ciudad son tan raros que, cuando amanece uno de ellos, la gente se lanza a la calle para aprovecharlo. La misma idea que tuvo Maddie aquella mañana cuando descubrió al abrir la ventana que un sol radiante inundaba su habitación, la tuvieron el resto de los que vivían aquí, y el parque estaba inundado de gente en el césped, o paseando en bicicleta, e incluso tomando el sol en las tumbonas de alquiler junto al lago. No quiso perder el tiempo ni preparándose el desayuno y se lanzó a la calle nada más ducharse. Compró un sándwich y un café en el Pret-a-mángér de la esquina y se fue a Hyde Park a disfrutar de las vistas y del sol. Rain estaba dormida, y seguramente Sasha estaría con ella, teniendo en cuenta que no se había ido a dormir a su casa ni una sola noche esta semana. En cuanto a Álvaro, estaría trabajando desde bien temprano, como era habitual. Le apetecía estar sola y disfrutar de este pequeño milagro disfrazado de día de primavera que no sabía cuánto iba a durar. Después de desayunar paseó un buen rato y hasta se atrevió a tumbarse un rato en el césped. Cuando vivía en España a veces se cansaba de tantos días soleados, y echaba de menos la lluvia o las tormentas de verano que dejan ese olor a tierra mojada que podía traer a su mente desde su más tierna infancia.

Casi dos horas más tarde volvió sobre sus pasos dispuesta a ponerse a trabajar un rato. Iba distraída, mirando a su alrededor sin ver nada en realidad, cuando su mirada se detuvo en el rostro de un joven que entraba rápidamente a la estación de Queensway. Que lo que acababa de ver era imposible, estaba fuera de toda duda, sin embargo, su mente pareció querer ignorarlo y echó a correr tras él por puro impulso. Cuando entró a la estación no había rastro del chico que acababa de ver. Se llevó la mano al pecho intentando calmar los latidos que parecían querer romperle las costillas y salió de allí caminando lentamente, confusa. Pensó en ello mientras llegaba a casa de Álvaro y para cuando se plantó en su puerta, ya había decidido que había sido producto de su imaginación. Había estado sometida a demasiado estrés y quizás ahora que se empezaba a relajar, su mente quería jugarle alguna mala pasada.

Álvaro abrió recordándole que tenía una llave y que no tenía que llamar, a lo que ella no respondió. Sólo llevaba puesto un pantalón vaquero, incluso estaba descalzo, y tenía el pelo mojado y alborotado, como si acabara de salir de la

ducha.

—¿Vas a salir? — preguntó ella, intentando disimular que no podía quitarle la vista de encima y paseando su mirada por su torso desnudo.

—No si sigues mirándome así — contestó él, acercándose un par de pasos con sonrisa desafiante.

Maddie no se movió, al contrario, lo retó con la mirada y él no dudó en lanzarse a ella y besarla apasionadamente mientras le tomaba la nuca con las manos. Absolutamente todo cuanto había en su mente empezó a caer como las piezas de un Tetris a un abismo al que le daba un vértigo morboso asomarse. Su pelo mojado y su espalda caliente se escurrían entre los dedos de Maddie a medida que se iban acercando al cuarto de Al, y mientras tanto iba dejando una prenda detrás de otra, como si después tuviera que encontrar el camino de vuelta, sin dejar de besarse y recorrerse con las manos. Ella tenía frío, pero él no parecía sentirlo, su cuerpo ardía bajo su tacto. Gimió en su boca y él se maldijo a sí mismo por su falta de control mientras se dejaba llevar por el tacto de las yemas de sus dedos en su espalda al tiempo que exploraba el cuerpo de ella con los suyos, agarrándole las muñecas a la altura de la cabeza con una mano. Cuando Maddie rodeó su cintura con sus piernas invitándolo a acabar lo que sus manos y sus labios habían empezado, Al abrió los ojos totalmente intoxicados por el deseo y mostró una cascada de estrellas en la mirada cuando exhaló su nombre en su oído:

—Maddie...

Ella no podía contestar. Sintió sus labios húmedos en el nacimiento de su cuello y tembló cuando lo recorrieron.

— Te quiero — susurró su voz ronca de deseo, haciéndola perder el escaso control que conservaba. Sintió cómo todo su cuerpo lo apretaba y se dejó llevar por un estado de euforia una oleada tras otra escuchándolo susurrar su nombre. Sintió la profundidad y la rapidez de sus movimientos y le tomó la cara con las manos para ver cómo se dejaba llevar por lo que la había arrastrado a ella segundos antes, con los ojos cerrados y los labios abiertos. Por fin Álvaro se derrumbó sobre ella, su pelo alborotado sobre su cuello. Ella pasó los dedos por su nuca mientras ambos recuperaban el ritmo de su respiración. Hubiera querido

aferrarse a aquel momento para siempre.

Unos minutos después, uno enroscado frente al otro sin poder dejar de mirarse, Maddie dijo:

—La verdad es que yo iba a mi apartamento a trabajar un poco.

—¡Vaya! Pues no sabes cuánto me alegro de que pasaras antes por aquí. —
rio él.

Ella le dio un pellizco en un costado y él protestó.

—Álvaro...

—¿Hmmm? — musitó mientras le acariciaba el brazo con los dedos.

—Has dicho que me quieres. — se atrevió a decir algo avergonzada.

—Lo he dicho porque lo siento. — dijo él pasándole los dedos por la mejilla sin apenas rozarla.

—Yo también te quiero — añadió ella apoyando la mejilla en su mano.

No se habían percatado de que Sasha había entrado en casa y venía siguiendo el reguero de ropa que conducía a la habitación de su compañero. Cuando se encontró con la puerta abierta de par en par, exclamó con cara de asco:

—¡Oh, vamos, idos a un hotel! ¡O cerrad la puerta!

Maddie estalló en una carcajada.

—No te hagas el ofendido. Recuerda que duermes en mi casa casi todas las noches y os escucho.

—¡Pero en Rusia sabemos para qué sirve una puerta! — añadía desde el fondo del pasillo.

Al abrazó a Maddie.

—Creo que tendré que dejar para mañana lo de la entrega de mis dibujos.

Vístete, te invito a comer – le dijo saltando de la cama después de darle un beso en la nariz.

Por fin en su casa, Maddie abrió su ordenador y se dispuso a trabajar un poco. Con la excusa del día tan estupendo que había amanecido y la visita a casa de Al, no había hecho nada en todo el día. Mientras tecleaba, miró hacia la ventana distraídamente y la figura del mismo chico que había visto por la mañana la asaltó desde fuera. Estaba de pie delante de la cafetería y sonreía mientras miraba hacia donde estaba ella. Si no supiera que lo que estaba viendo era totalmente imposible, se hubiera lanzado a la calle como una desquiciada a asegurarse de que era él. En los escasos segundos en que no parpadeó, el joven seguía allí, sacó un cigarro de su bolsillo y lo encendió. Maddie cerró los ojos intentando librarse de la extraña visión y cuando volvió a abrirlos, el chico había desaparecido. Cerró el portátil bruscamente y salió al salón a mirar por la terraza. Nada fuera de lo normal, nadie observándola. Sabía que era imposible, pero sin embargo su respiración se había detenido hasta ahora. Volvió dentro y se preparó una infusión para intentar relajarse.

Era la segunda vez que creía verlo en un solo día, y la siguiente duda que apareció en su mente fue si lo del tipo del metro también había sido una alucinación. Andrew parecía realmente confundido cuando fue a verlo y lo que en aquel momento a ella le pareció que era una buena actuación para tenderle una trampa, ahora mismo se le antojaba verdadera confusión. ¿Y si lo había imaginado? ¿Y si sus genes estaban por fin ganando la batalla? Recordó un instante el rostro pálido de su madre mirándola sin reconocerla y un frío de otro mundo la invadió, uno que no se calma ni con el mismo infierno ardiendo a tu alrededor. Justo después de conocer a Andrew su mente empezaba a dar señales de que algo se estaba rompiendo en su interior, probablemente por la explosión de emociones implícita en conocer a alguien como él, y entrar en una especie de triángulo amoroso, aunque solamente fuera por unas semanas. Pero Andrew la comprendió y la tranquilizó. En lo suyo era el mejor. Consiguió convencerla de que todos pasamos por situaciones extrañas en nuestras vidas y no por ello estamos perdiendo la cabeza. ¿Y si se había equivocado, y sí la estaba perdiendo?

Fue al cuarto de baño y rebuscó en su neceser unas pastillas que no sabía siquiera si aún conservaba, pues hacía mucho tiempo que no las había necesitado. Cuando encontró un blíster con cuatro o cinco comprimidos suspiró aliviada y

se puso uno bajo la lengua. En unos minutos notó los efectos del medicamento y se tumbó en el sofá a intentar relajarse sin dejar de repetir en su mente: “No estoy loca” una y otra vez como un mantra. Al cabo de un rato se le ocurrió que no había nada más parecido a alguien desquiciado que ella misma en aquel momento. Se quedó dormida allí mismo y sus sueños decidieron que era el momento de recordar lo que con tanto esfuerzo había escondido bajo llave en las catacumbas de su memoria. Vio a su madre sonriendo, jugando con ella y con su hermano en el jardín, los tres revolcándose en el suelo, y la sintió tan cerca que notaba el tacto de su piel en la punta de sus dedos. Era tan hermosa... La imagen de su padre la trasladó a la playa donde solían pasar sus vacaciones cuando era pequeña. Sus padres caminaban de la mano por la arena mientras ella y su hermano excavaban enormes hoyos para levantar castillos de arena. De pronto el rostro de su madre surgió en su mente, pero ya no era aquella mujer hermosa y alegre, era un monstruo de ojos blancos y sonrisa malvada, con el pelo alborotado y la piel seca como la de una momia, que caminaba hacia ella con las manos extendidas intentando atraparla. Un grito desgarrador inundó la estancia al tiempo que se incorporaba en el sofá y le parecía escuchar a Álvaro tras la puerta diciéndole que abriera.

Cuando finalmente abrió la puerta, Álvaro suspiró aliviado y la abrazó:

—¿Qué ha pasado? Te he oído gritar. — decía mientras cerraba la puerta sin soltarle la mano.

Maddie estaba aún aturdida e impresionada por la visión tan horrible de la que acababa de ser testigo:

—Sólo ha sido una pesadilla...pero era tan real...

Se soltó un momento de él para ir al baño a echarse un poco de agua en la cara mientras él la seguía con la mirada.

—¿Me lo quieres contar? A veces es bueno para liberarse de ellas.

—Ya no recuerdo nada — mintió para no tener que hablar de ello — ¿Qué te trae por aquí? — preguntó ahora más tranquila, sentándose junto a él en el sofá.

—Voy a comprar comida india, ¿te apetece venir conmigo?

Maddie negó con la cabeza:

—Tengo que terminar un trabajo importante. No sé cómo he podido dormirme. Hoy cenaré algo ligero aquí, mientras lo acabo.

—Muy bien. Entonces me voy. — Álvaro se fue hacia la puerta — Si cambias de idea ya sabes dónde estamos.

—No te preocupes. — le dio un beso mientras cerraba la puerta tras él.

Se echó un momento contra ella y suspiró profundamente antes de volver a abrir su ordenador para acabar lo que tenía que entregar. Acto seguido cerró la cortina con los dedos.

Aquella noche corrió en sueños por un oscuro sendero que conocía perfectamente. Podía ver sus pies perfectamente en sus sandalias de flores de colores mientras se hundían en la tierra mojada. No sabía por qué corría, y lo que era peor, no sabía por qué sus pies parecían no estar llevándola a ninguna parte. Alguien o algo la seguía y, aunque no podía verlo, lo sentía, y si no conseguía despegar los pies del suelo la atraparía. Por fin sus pies decidieron moverse, pero parecían hacerlo a cámara lenta. Corría y corría, pero no lograba llegar a ningún lugar. Una mano en su hombro trataba de calmarla y por fin abrió los ojos:

—¡Rain! ¿Qué pasa? — preguntó sobresaltada.

—Estabas gritando. Te he oído desde mi habitación. ¿Una pesadilla?

—Sí...la verdad es que no ha sido para tanto, quería huir de algo y no podía correr.

—He soñado algo parecido más de una vez. — La joven le acariciaba el brazo — Bueno, me vuelvo a la cama, que mañana tengo que estar temprano en el restaurante.

—Gracias. Y perdona por despertarte.

—No pasa nada. ¿Quieres un vaso de agua?

—No. Vete a dormir ya. Gracias, de verdad.

Cuando Rain salió de su habitación, Maddie se dio la vuelta intentando recuperarse aún de la impresión que le había producido un sueño que, después de todo, no había sido de los peores que recordaba. Abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un ansiolítico, totalmente convencida de que no podría volver a dormir por su cuenta. Aquello le recordó otros tiempos que creía ya totalmente superados, pero parecía que sus nervios querían pasarle factura por todo lo que le había pasado en los últimos meses.

Se despertó muy tarde, casi a medio día, y se duchó para bajar a la calle a por un par de cosas que necesitaba. Donde primero se detuvo fue en el escaparate de la nueva cafetería que habían abierto en la calle, una preciosa con pan, pasteles y cafés de todo tipo que llamaron inmediatamente su atención. Estaba pensando en entrar a tomar un café con una tostada de aquel pan chapata recién hecho, cuando el reflejo de un joven en el cristal la sobresaltó. Era el mismo que había visto los días anteriores, el mismo que no podía estar ahí de ninguna manera. Se giró y creyó ver que el chico se daba la vuelta y se mezclaba con la multitud. Esta vez no se le escaparía. Tenía que tocarlo con sus propias manos para asegurarse de que no era real, porque no podía serlo. Corrió tras él y cuando por fin lo alcanzó, lo agarró del brazo. El chico se dio la vuelta y Maddie se sorprendió al ver que no se parecía en nada a quien ella creía que estaba persiguiendo. Le pidió disculpas con el poco aliento que le quedaba y se marchó directa a casa sintiéndose al borde de un infarto. Era su cabeza. Ella lo sabía. Tarde o temprano la traicionaría igual que a su madre la traicionó la suya. Lo llevaba en los genes.

Aquella noche y las siguientes sus sueños se vieron asaltados por imágenes que no sabía si recordaba o había creado a partir de lo que otros le habían contado. Su madre, rompiendo todos los cristales y espejos de su casa a golpes con la bomba de inflar las ruedas de su bicicleta, su padre intentando detenerla y gritándoles a ella y a su hermano que se metieran en su cuarto. En otras ocasiones veía a su padre cubriéndose los ojos con las manos arrastrado por la desesperación de no saber dónde se había metido su mujer aquella vez. El coche de policía en la puerta de su casa, del que bajaba su madre llena de rasguños después de una de sus escapadas, totalmente ida, como un fantasma, como un cuerpo sin alma, y su padre cogiéndola en sus brazos para llevarla a casa. Se despertaba gritando, sudando, incapaz de distinguir si era un sueño o si había

vuelto al infierno de su infancia, y cuando por fin se relajaba y volvía a quedarse dormida, todo volvía a comenzar. Dejó de dormir con Álvaro para que no se diera cuenta de que algo no iba bien, en realidad casi dejó de dormir por completo, pues el pavor que sentía a caer en un sueño profundo se lo impedía. Rain la despertó de sus pesadillas en alguna otra ocasión, y una madrugada después de no haber dormido prácticamente nada durante días, decidió que esto tenía que acabar. No pensaba arrastrar a todos los que la querían a un mundo de locura y desesperación, no pensaba hacer pasar a Álvaro, la persona a quien más amaba, por el trance que su madre hizo pasar a su padre, aunque no fuera responsable de sus actos. Aún conservaba el juicio suficiente como para decidir que tenía que enfrentarse a aquello sola. Y así sería.

Por eso aquella tarde le envió un mensaje a Álvaro diciéndole que pasaría a recogerlo para dar un paseo por Hyde Park. Álvaro sonrió al leerlo. Estaba preocupado por ella, parecía ausente, distraída, apenas se habían visto en los últimos días y no podía comprender por qué parecía querer alejarse de él. Así que este mensaje era como un soplo de aire fresco en un día caluroso de verano. Álvaro acababa de recoger el material de su mesa y había ordenado los dibujos, así que no quiso esperar ni a que sonara el portero automático, al contrario, se puso su chaquetón azul marino, cogió las llaves y el móvil, y bajó a la calle dispuesto a entretenerse mirando escaparates mientras esperaba verla aparecer. No habían pasado ni cinco minutos cuando distinguió la figura de Maddie entre la multitud y sonrió. Hacía aún algo de frío, a pesar de que faltaban unos días para el mes de abril. Maddie caminaba distraída, como había estado últimamente, iba agarrada a su bolso con una mano y la otra metida en el bolsillo de su abrigo negro. Ni siquiera se había percatado de que Álvaro la estaba esperando unos metros más arriba. Cuando por fin llegó frente a él, Al le tomó la cara con sus manos y le dio un beso. ¡Qué ganas tenías de verla! Sin embargo, la frialdad con que Maddie respondió a su saludo, casi apartándose de él, hizo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Al desde la nuca hasta el estómago. Algo no iba bien.

—Hola – los ojos de Álvaro brillaban con mil destellos debido a los colores de las luces del escaparate en el que se habían detenido.

—Hola – contestó ella y su voz sonó en los oídos del joven como una campanada lejana en la niebla, fría, distante y seca.

—¿Estás bien? – dijo mirándola atentamente.

Maddie se colocó a su lado y ambos echaron a andar juntos, calle arriba, con las manos en los bolsillos, hasta la entrada más cercana del parque.

—Estoy bien, Álvaro, estoy bien – repitió ella. – Necesito hablar contigo.

Aquella última frase confirmaba lo que Al se temía: algo iba horriblemente mal.

Para cuando Maddie volvió a hablar, ya habían atravesado la puerta y Álvaro no podía soportar la intriga, sintiendo cómo su corazón se desbocaba y sus tripas se retorcían en su interior. La noche anterior habían estado juntos y Maddie no había sido la misma, estuvo tan tensa que al final acabaron durmiendo uno al lado del otro, de espaldas, sin hablar siquiera.

Se sentaron en uno de los bancos que ofrecían una preciosa vista del lago a pesar de que ya había anochecido por completo. Por fin Maddie reunió las fuerzas necesarias para decirle:

—Álvaro, esto no puede continuar. Tenemos que dejarlo.

De entre todas las frases posibles que circulaban ahora mismo por la mente del joven ésta era la única que no había esperado escuchar. Arqueó las cejas sorprendido y tuvo que preguntarle:

—¿Esto? ¿Te refieres a lo nuestro?

La miró fijamente intentando averiguar si hablaba en serio o le estaba gastando una broma de mal gusto, pero la expresión del rostro de Maddie no dejaba lugar a dudas. Hablaba de ellos. Y hablaba muy en serio.

—Maddie... — su voz sonaba casi como una súplica — ¿Qué ha pasado? ¿He hecho algo mal?

Ella ni siquiera se inmutó al contestar:

—No. Yo he hecho algo mal. Me he equivocado – se giró para mirarlo a los ojos – Creía que me había enamorado de ti, pero no es así. Te quiero muchísimo, eres el hombre más honesto, más dulce y más romántico que he

conocido en mi vida. Y me has ayudado tanto...

Al parecía hablar consigo mismo en lugar de estar contestándole a ella:

—No te entiendo...Algo tiene que haber pasado. — su expresión de incertidumbre hacía juego con su mirada perdida en sus recuerdos, intentado averiguar en qué podía haberle fallado. — Maddie ...— suplicó de nuevo.

Maddie tenía la vista perdida en el lago. Al le cogió la mano y ella se soltó y se apartó como si hubiera recibido una descarga eléctrica, mientras delante de Álvaro se abría un enorme pozo negro por el que todo su mundo empezaba a desaparecer.

—Lo siento. Sé que no te mereces esto. Sé que te estoy haciendo daño, pero no soy feliz y no puedo dejar que sigas enamorándote de mí sabiendo que no te quiero.

—¿Ahora me dices que no me quieres? — preguntó dándose cuenta de que había levantado un poco la voz y bajando el tono — ¿Después de todo lo que hemos compartido? ¡Maddie, lo que tú yo tenemos hay gente que no llega a conocerlo jamás!

Ella lo estaba mirando y volvió a perder la vista en el lago, pero él la tomó de la barbilla para que volviera a enfrentarse a su mirada. A pesar de que las lágrimas empezaban a desprenderse de las hermosas pestañas de Álvaro, como dos gotas de rocío al amanecer, Maddie no se alteró.

—Lo siento mucho, Álvaro.

Esta vez fue él quien dejó reposar su mirada un instante en la superficie del lago dejando que las lágrimas calientes resbalaran por sus mejillas heladas. La miró de nuevo y la sintió tan fría y tan distante, tan ausente y tan lejana, tan distinta, que supo que nada de lo que hiciera o dijera la haría cambiar de opinión. Esa no era la mujer por quien él había perdido la cabeza. Suspiró trabajosamente y se levantó del banco para marcharse de allí sin decir ni una palabra.

Mientras caminaba parque arriba, de vuelta a la realidad, las imágenes de todo lo que habían vivido juntos en estos meses empezaron a desfilan sin piedad por su cabeza. Risas y juegos, los ojos de Maddie, su cuerpo, su fragilidad, sus

labios junto a su oído, su rostro pidiéndole más, su figura dormida junto a la de él, casi encadenados el uno al otro. Volvió a pasarse las manos por los ojos y las mejillas para secarse las lágrimas y se detuvo en el primer pub que encontró a tomar un trago de algo fuerte que lo sacudiera de forma que pudiera tragarse el nudo que se había instalado en la boca de su estómago y amenazaba con asfixiarlo. Tras el primer trago se quitó la chaqueta y pidió otro, que tomó con algo más de calma. En casa no había nadie, Sasha y Rain aprovecharon que estaban redecorando el restaurante donde ella trabajaba para alejarse unos días de la ciudad. Se giró un instante buscando un taburete y se dio de bruces con la figura de Maddie caminando por la acera de enfrente, probablemente camino de su casa. Todo lo que había imaginado que viviría con ella había desaparecido. Las veces que le había dicho que lo quería habían sido producto del subidón del momento y lo que él había sentido como una conexión casi sobrenatural a nivel físico, habría sido provocada por la necesidad que ella sentía de saberse deseada de nuevo, después de todo lo de Andrew. No fue nada para ella todo lo que para él había sido un auténtico milagro.

Unos tragos más tarde, Álvaro decidió que era el momento de irse a casa a intentar descansar. Cuando abrió la puerta y lo recibieron el silencio y la oscuridad más absoluta esbozó una media sonrisa. La casa estaba en total sintonía con su alma. Se dejó caer en el sofá y no tardó en quedarse dormido gracias a la cantidad justa de alcohol recorriendo sus venas.

Lo despertó a la mañana siguiente el sonido de varios mensajes entrando en su móvil y lo cogió de la mesa con los ojos aún a medio abrir. Eran fotos de Sasha y Rain pasándolo en grande en el campo. Se sentó un momento y un leve dolor de cabeza que amenazaba con aumentar le advirtió de que sería un buen momento para un café. Después el día pasaría mucho más deprisa si se concentraba en sus dibujos. Ningún mensaje de Maddie.

Cuando al cabo de un par de días vio entrar a Sasha en el apartamento descubrió cuánto lo había echado de menos y la necesidad que tenía de compañía.

—¿Qué haces aquí solo? — dijo Sasha mientras dejaba caer su macuto en el suelo.

—Vivo aquí, ¿te acuerdas?

—Pero creí que tú y Maddie aprovecharíais la intimidad para... — hizo un gesto obsceno refiriéndose al sexo y Al soltó de sopetón:

—Maddie me ha dejado – y sintió un profundo alivio al no tener que soportar él solo aquella enorme carga.

Los ojos de Sasha parecían querer salirse de sus órbitas.

—¡Será una broma! – exclamó.

—No. Dice que ha descubierto que no está enamorada de mí.

—¿Y en qué momento entre polvo y polvo ha tenido tiempo de pensar en eso? – Sasha añadió a su comentario un par de maldiciones en ruso.

—Sasha... — le riñó Al serenamente – Ya está. Se acabó. Lo he asumido.

El sonido del portero automático los interrumpió. Era Rain y parecía subir las escaleras de dos en dos. Cuando por fin estuvo con ellos en el salón dijo:

—Maddie se ha marchado.

Sasha y Álvaro se lanzaron una mirada cómplice, pero ninguno de los dos respondió.

—He dicho que Maddie se ha ido. No están sus cosas, ni su ropa.

Álvaro fue quién le explicó la situación.

—Maddie decidió que lo nuestro no podía continuar.

—¿Qué? – No podía creerse lo que estaba oyendo.

Rain se sentó en el sofá y sus amigos hicieron lo mismo.

—Álvaro... ¿Por qué no nos has avisado? Hubiéramos estado de vuelta en un par de horas.

—¿Y qué hubiera cambiado? Ella lo tenía muy claro.

—No hubieras estado tú solo – le dijo Rain mientras lo abrazaba con todo el cariño del mundo.

El silencio se instaló en la estancia durante unos minutos en los que cada uno intentaba averiguar qué podía haber hecho que Maddie tomara aquella decisión. Es cierto que últimamente estaba un poco rara, pero nadie imaginó que pudiera hacer algo así. Álvaro no quería ni pensar en pasar otro día más sin ella y Rain no podía creerse que su amigo los hubiera dejado a todos como si ninguno de ellos le importara lo más mínimo.

Cayendo en la cuenta del aspecto de Álvaro, sin afeitarse, con ojeras y con el pelo revuelto de tantas veces como habría pasado por él sus manos, decidió que era el momento de abrir unas cervezas y pedir algo para cenar juntos.

Diana.

Hacía años que no estaba tan sola y menos aún en la habitación de un hotel. No se le ocurría nada más triste ahora mismo que esta soledad que se escurría por debajo de la puerta y chorreaba por las paredes, vistiéndolo todo de gris oscuro.

¿Ahora qué? Ya había abandonado a todas las personas a las que pudiera hacer daño cuando no pudiera controlar sus pensamientos, incluso había renunciado a su puesto de trabajo para que nadie pudiera localizarla. Cuando era pequeña y se sentía así, solía acurrucarse en un rincón de su habitación hasta que decidía que ya había tenido suficiente, pero ya no era una niña, aunque quizás por dentro no había crecido tanto como debería. Y tampoco estaba su padre para tenderle una mano y hacer que saliera de aquel rincón para salir a pasear.

En realidad, no estaba a más de dos o tres estaciones de metro de la casa de sus amigos, pero eso no tenía ninguna importancia porque no pensaba acudir a ninguno de ellos. No después de haber sido capaz de marcharse y de las lágrimas que aquello le había costado. Sus ojos daban fe de ello, y su rostro demacrado por la falta de sueño y de hambre. Había dejado caer ríos enteros recordando a Álvaro, sobre todo cómo lo dejó, dándole a entender que sólo había sido un entretenimiento, o lo que es peor, un error. Y sin embargo aún sentía las yemas de sus dedos acariciando sus brazos, sus ojos paseándose por cada rincón de su cuerpo, el latido de su corazón junto a su oído. La pregunta volvió a aparecer en su mente: ¿Ahora qué? Estaba sola, no tenía trabajo, y el poco dinero que tenía no le duraría demasiado. No podía contar con nadie en aquella ciudad. Sintió cómo su corazón se empezaba a saltar algún latido, y después daba dos seguidos, y una taquicardia se apoderó de ella hasta el punto en que tuvo que tumbarse y recobrar el ritmo de su respiración. Sabía lo que era porque lo había experimentado muchas veces, era miedo, un miedo mayúsculo que enseguida desembocaría en un ataque de pánico, algo que hacía años que no le había sucedido pero que recordaba muy bien. Cogió su bolso y su abrigo y echó a correr hacia el primer taxi que encontró pidiendo al conductor que la dejara en la entrada de urgencias del hospital más cercano. Ni siquiera tuvo que pasar por recepción pues una enfermera que había en el mostrador junto al administrativo se fue hacia ella en cuanto la vio entrar y llamó pidiendo ayuda

porque le pareció que iba a caerse al suelo. Mientras un celador la trasladaba a una consulta, Maddie no dejaba de repetir que creía que le estaba dando un infarto.

Cuando una doctora entró en la consulta para examinarla, la reconoció enseguida:

—¡Maddie!

Ella también supo quién era la mujer, aunque ahora mismo no podía recordar su nombre. Había coincidido con ella en un par de ocasiones en cenas de trabajo de Andrew. Tras auscultarla y tomarle la tensión, una enfermera le inyectó un medicamento y la doctora siguió hablando con ella.

—Es un ataque de ansiedad, tranquila, no es un infarto. ¿Ha venido Andrew contigo?

—No. He venido sola.

¿Qué sentido tendría explicarle a esta extraña toda su vida de los últimos meses?

—Bueno, ahora descansa un poco. Volveré en un rato.

Unos minutos después Maddie se sintió aliviada. Lo que quiera que le hubieran puesto había comenzado a hacer efecto y la tranquilidad volvió a entrar poco a poco en su cuerpo.

En recepción, la doctora marcaba un número de teléfono.

—¿Sí? – contestó una voz masculina al otro lado.

—Hola, Andrew. Soy Christine Fergusson, ¿te acuerdas de mí?

—¡Por supuesto! ¿Qué tal estás?

—Bien, bien, Sólo te llamo porque tu novia está en el hospital. Ha entrado con un ataque de pánico, y no sé si tú sabías algo.

Andrew tardó un momento en desenredar lo que acababa de escuchar y

darse cuenta de la situación.

—No. No sabía nada. Enseguida voy para allá.

En su coche, Andrew imaginó que Chris probablemente no tenía ni idea de que hacía meses que él y Maddie habían roto. Lo extraño era que ella no le hubiera dicho nada. Un ataque de pánico... Su miedo irracional a perder la cabeza igual que le sucedió a su madre había vuelto a aparecer, algo que podría estar muy a su favor si sabía cómo jugar sus cartas. Maddie siempre fue tan frágil y tan transparente para él como el agua clara. La primera vez que le sucedió aún no estaban saliendo, pero sí que habían coincidido en alguna ocasión. Recordaba perfectamente haberla tenido que ayudar a relajarse a través de la respiración y haberle recomendado un psiquiatra amigo suyo para que le recetara alguna medicación ya que ella no tenía fe ninguna en la psicología. Afortunadamente, a medida que fueron intimando y él se convirtió en su amigo y luego en su pareja, consiguió que los ataques dejaran de aparecer.

Cuando salió del ascensor y se encontró en el pasillo del hospital miró a un lado y a otro tratando de encontrar a Christine. Finalmente la llamaron desde recepción para que acudiera al mostrador y allí la saludó:

—Hola, Andrew. — dijo la mujer, algo mayor que él, sonriendo. Y tendiéndole la mano.

—¿Dónde está Maddie? — preguntó él enseguida.

—Tranquilo, se encuentra bien. La ansiedad a veces nos juega malas pasadas. Sígueme.

Cuando Andrew entró en la pequeña consulta donde Maddie se había quedado dormida en la camilla, la doctora los dejó solos. Él se acercó y le acarició la cara con el dorso de la mano sin poderse creer que la tuviera delante. Ella musitó: “Al”.

—Soy yo, Maddie.

Maddie abrió los ojos lentamente y se encontró con la figura de Andrew de pie junto a la camilla, mirándola como quien mira un milagro.

—¿Qué haces tú aquí? – preguntó sorprendida, aunque sin demasiadas fuerzas.

—La doctora te ha reconocido y me ha llamado. No sabía que ya no somos pareja.

—No supe cómo decírselo, la verdad. Me sentía tan mal...

—Me alegro de que me haya avisado. ¿Cómo estás?

—Muy cansada.

—Tienes mal aspecto, Maddie. ¿Has vuelto a tener pesadillas?

Maddie asintió como la niña a la que sorprenden haciendo una travesura, casi haciendo pucheros, y las lágrimas empezaron a resbalar hasta la camilla.

—Tranquila – dijo él. – Si quieres puedo llevarte a casa. No es necesario que te quedes aquí.

Maddie se sentó obedientemente en la camilla y él le echó el abrigo por encima, ayudándola luego a bajar. Cuando salió de la consulta, habló con la doctora Fergusson un momento y después volvió con Maddie, que lo esperaba sentada en uno de los bancos del pasillo de la entrada.

—Ya está. Ahora te llevaré a tu casa.

Una vez en el coche, Maddie por fin le dijo a Andrew que ya no vivía en el lugar que él recordaba, si no en un hotel no muy lejos de allí. Él enseguida le preguntó por qué:

—Tú lo sabes, Andrew. No puedo condenar al desastre a los que me rodean.

—¿Y Álvaro?

—Álvaro no sabe nada. Llevo un tiempo sufriendo pesadillas y alucinaciones, pero no le he dicho nada a nadie. Tenía que pensar en lo que iba a hacer.

—¿Qué tipo de alucinaciones? — preguntó él intrigado.

—Veo a Daniel.

—¿A Daniel, tu amigo, el que murió en aquel accidente? — dijo sorprendido.

—Sí. — reconoció ella exhalando una enorme bocanada de aire. — No quiero hablar de ello ahora. Sólo quiero dormir.

Andrew no dijo nada más en lo que duró el trayecto hasta el hotel. La acompañó hasta su habitación y la convenció de que no debía quedarse sola en su estado. Ella aceptó que se quedara, después de todo era psicólogo, no habría una compañía mejor para ella aquella noche.

—Duérmete — le decía mientras le acariciaba el pelo — Mañana será otro día.

Él se echó a su lado en la cama, quitándose únicamente los zapatos, y meditó sus siguientes pasos hasta que se durmió.

Lo siguiente que vio Maddie al despertar fue a Andrew empujando un carrito con el desayuno.

—Buenos días. ¿Has descansado? — le preguntó mientras se sentaba junto a ella en la cama.

Maddie intentaba aclarar en su mente toda la noche anterior. Por fin pudo contestar:

—Sí, gracias. ¿Aún no te has ido a casa?

—No. De hecho, he pedido un par de días libres, hasta que te recuperes del todo.

—No es necesario, de verdad. Me las apañaré.

—Anoche no parecía que lo tuvieras tan claro.

—Estaba confusa. Hacía años que no sufría uno de esos ataques y me dio

mucho miedo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. No tengo seguro, así que no puedo ir a un especialista.

Andrew le ofreció la taza de café y dio un sorbo a la suya.

—Si quieres podemos ir a la consulta de mi colega Martin. Es un psiquiatra de reconocido prestigio.

—No me has oído. No tengo dinero para eso.

—Maddie, no necesitas dinero. Yo lo arreglaré. ¿Te acuerdas de la otra vez?

Ella asintió con la cabeza algo avergonzada.

—Estabas igual de convencida de que algo iba mal, y resultó que fue solamente sugestión. Tienes tanto miedo a que te ocurra lo mismo que a tu madre, que provocas esas situaciones. — Le apartó suavemente el pelo de la cara — Tienes que comer, estás muy pálida. Esos amigos tuyos no han cuidado muy bien de ti.

Maddie no contestó. Estaba agotada.

—Tengo mucho sueño, Andrew.

—Pues duerme un rato, estaré en el sillón. Si necesitas algo, dímelo.

Mientras se dejaba llevar de nuevo a los brazos de Morfeo, miraba a Andrew, que estaba leyendo una revista. Era muy atractivo, no en vano le gustó desde el primer momento que lo vio, alto, elegante, siempre vistiendo traje debido a su trabajo, de pelo rubio oscuro y misteriosos ojos de color cambiante entre verde y miel que callaban demasiadas cosas. ¿Quién iba a decir que después de todos estos meses iban a volver a encontrarse? Le dolió tanto lo que le hizo que lo había apartado prácticamente de su memoria.

Por la tarde por fin pudieron salir un rato a que el aire los despejara un poco. Andrew le dijo que por fin había conseguido una cita para dentro de un par de días, y que mientras tanto, lo mejor que podía hacer era relajarse.

El doctor James Martin resultó mucho más joven de lo que ella se había imaginado a raíz de lo que Andrew le había hablado de él. Era alto y robusto, de cara redonda y simpática, a pesar de la pose de médico especialista que adoptó al principio. Le recetó un par de medicamentos, uno para la ansiedad y otro para dormir y concertó un par de pruebas más que se llevarían a cabo en el hospital privado donde trabajaba. Fue muy profesional durante toda la consulta y le explicó que, a pesar de que su madre padeciera esquizofrenia, ella no tenía por qué haberla heredado, y que, incluso si así era, hoy en día había medicamentos muy eficaces para controlar los síntomas y poder llevar una vida bastante normal. Maddie no se sintió mejor a pesar de todo, los recuerdos de su infancia la aterraban. Recuerdos plagados de llantos y del sonido de los cristales al romperse, de conversaciones furtivas entre los adultos intentando encontrar una solución a lo que le pasaba a su madre, o al menos un lugar donde llevarla para que no afectara tanto a la familia, el rostro infeliz de su padre intentando cuidar él solo de sus dos hijos y de su casa, mientras tenía que trabajar para que no les faltara de nada, y asegurarse de que su mujer no se escapaba mientras él dormía.

Un mes más tarde, la vida de Al volvería a dar un vuelco sin que nadie pudiera haberlo visto venir.

—Baja, Al – decía Sasha pegado al timbre.

—¿Qué quieres? Ya te he dicho que no me apetece salir – refunfuñó Álvaro.

—Si no bajas, subiré yo. Y no será agradable, te lo aseguro.

El sonido del teléfono al colgar no hizo sino aumentar sus dudas de si finalmente Al hubiera decidido bajar o no. Sus esperanzas aumentaron cuando vio que la luz del salón se apagaba.

Rain miraba a Diana y ésta a Sasha preguntándose en silencio si seguían los tres hacia el pub o si esperaban unos minutos más. Entonces se encendieron las luces de las escaleras y Sasha sonrió triunfante. Esta vez había ganado el pulso. Cuando Al por fin abrió la puerta se sorprendió al ver a una desconocida con sus amigos, pero enseguida sonrió. Era una chica no muy alta, delgada y de pelo castaño cuyos ojos no se apartaron de Álvaro desde que apareció. Él acababa de ducharse, pero ni el agua había conseguido domesticar un mechón rebelde que le

caía sobre la frente. Vestía una camisa granate y un pantalón vaquero. Sin embargo, la joven pensó que era el hombre más guapo que había visto en su vida fuera de las pantallas de cine o televisión.

Él bajó los escalones hasta ellos y los saludó. Sasha le presentó a la joven como Diana, una chica que trabajaba en una cadena de televisión local. Para Álvaro, la desconocida era toda una sorpresa, no así para los demás, incluida ella, que habían preparado este encuentro para intentar sacar de casa a su amigo. Mientras caminaba junto a Rain detrás de los chicos hacia el pub, a Diana se le ocurrió que si era cierto todo lo que le había contado Sasha acerca de que hacía poco que la chica con la que salía lo había dejado, esa mujer no estaba bien de la cabeza. Su pelo, sus ojos, sus labios, sus pestañas...todo en él era perfecto, equilibrado. Y aquella voz... ¡Sólo la había saludado y se había quedado grabada en su cerebro!

—Rain, tenías que haberme avisado de que era guapísimo, me hubiera arreglado un poco más.

—Tranquila, no es de los que se fijan demasiado en el aspecto externo de la gente. Y no le gustan las mujeres demasiado sofisticadas.

Al entrar en el pub, se detuvieron en la barra para tomar una cerveza antes de pasar a cenar y Sasha colocó estratégicamente a Álvaro al lado de Diana antes de levantar su botella para brindar:

—¡Por haber sacado por fin al monje tibetano de casa!

Todos rieron y brindaron a la vez mientras Al le daba una colleja a su amigo.

Diana se atrevió a intentar entablar una conversación con él.

—Me ha dicho Sasha que eres dibujante.

—Sí, y diseñador gráfico. Trabajo principalmente desde casa. ¿Y tú trabajas en la tele?

—Sí, bueno, por ahora. Y soy una simple administrativa, pero puedo esperar a que surja algo mejor. No me imagino haciendo esto el resto de mi vida,

la verdad.

—El resto de la vida es un camino demasiado largo como para hacer lo mismo durante todo ese tiempo.

—Bien dicho. Brindo por esa frase tan maravillosa. – levantó ella su cerveza.

—La habré oído por ahí, no soy muy buen orador.

—No quisiera incomodarte, pero me parece que tus amigos te han hecho una encerrona, ¿no?

Álvaro volvió a sonreír.

—Digamos que estaban un poco desesperados por sacarme de casa.

Diana se aclaró un poco la voz antes de decir:

—Me han contado que lo has estado pasando muy mal.

El joven se sonrojó un poco y bajó la mirada.

—Lo siento, lo siento – se disculpó ella inmediatamente – Soy una bocazas.

—No hace falta que te disculpes. Son ellos los que son un par de bocazas. Y tampoco es para tanto.

—¿Sabes? – flirteó ella mirándolo de arriba a abajo – No tienes pinta de ser del tipo que las mujeres van abandonando por ahí.

—Supongo que las apariencias engañan. Mira, ya está la mesa lista. – dijo señalando con la barbilla al camarero que los llamaba desde el fondo.

Una vez se sentaron a cenar, la conversación y las risas fluyeron entre los cuatro. Hacía tanto que Al no disfrutaba de un momento de absoluto relax, sin pensar en Maddie ni un solo segundo, que todo su cuerpo se relajó y se dejó llevar por los chistes de su amigo y las historias de trabajo de Diana.

A la salida del restaurante, Diana le dijo a Álvaro que no vivía muy lejos

de allí y él la acompañó a casa paseando. Hacía una noche muy agradable, no hacía frío, para variar y una brisa fresca invitaba a caminar y respirar aire puro.

—Has sido toda una sorpresa, Álvaro.

—Gracias. A mí también me ha encantado conocerte.

—En serio. Otras veces que alguien ha organizado una especie de cita a ciegas como ésta me he aburrido como una ostra o me han presentado a un callo. Hoy ha sido perfecto.

Álvaro soltó una carcajada:

—Bueno, me alegro mucho de que no me consideres un callo.

—Todo lo contrario – dijo ella volviendo a flirtear. – Es aquí. – se detuvo en la puerta de su bloque de apartamentos.

—Muy bien, pues ya estás en casa.

—¿Te gustaría subir y seguir charlando? En serio, una copa y buena conversación.

Álvaro se sintió un poco violento al decir que tenía proyectos que entregar y que tenía que irse a casa a seguir trabajando. No se sentía con mucha confianza como para meterse en la boca del lobo todavía. Estaba muy claro que Diana sabía lo que quería.

Cuando por fin se encontró caminando hacia su casa respiró profundamente y exhaló todo el aire de golpe. Diana era directa, algo a lo que él no estaba acostumbrado y para lo que no estaba preparado.

Sasha se quedó helado cuando lo vio aparecer tan pronto en el apartamento.

—¿Qué ha pasado? – preguntó boquiabierto.

—¿A qué te refieres? Vivo aquí.

—Digo con Diana. Estaba convencido de que hoy pasarías la noche en su

piso.

—¿Por quién me tomas, Sasha? Acabo de conocerla.

—¿Y qué? Es joven, guapa, inteligente. ¿Qué más quieres, hombre?

—No sé lo que quiero, pero sí sé lo que no quiero. Y no quiero liarme con alguien a quien no conozco. Algunos necesitamos un poco más para meternos en la cama con alguien.

Sasha seguía sorprendido, como si le estuviera hablando en otro idioma. Musitó un par de cosas en ruso y se perdió en su cuarto dando un portazo como si el rechazado hubiera sido él. Al se sintió confuso, pero sabía que había hecho lo correcto. Necesitaba algo más que una cena y una charla con una mujer para meterse en la cama con ella. No era hombre de aventuras de una noche, principalmente porque las escasas veces en que las había tenido, no habían salido bien y a la mañana siguiente uno de los dos se había arrepentido.

Diana, por su parte, no cejó en su empeño de conocer mejor al hombre que tanto la había impresionado en la primera cita y al cabo de un par de días lo llamó para tomar un café.

—Quería disculparme – dijo mientras añadía edulcorante a su taza – Creo que la otra noche te di una impresión equivocada.

—No tienes que disculparte, de verdad. Es sólo que no estoy en mi mejor momento.

—¿Es por esa chica, Maddie, verdad?

Álvaro no contestó. Miró por el cristal del escaparate y simplemente dijo:

—No estoy preparado para salir con nadie. Sólo es eso.

—¿Quién ha hablado de salir? Podemos tomar un café de vez en cuando, charlar, o tomar unas copas. Por si te interesa saberlo, no estoy buscando un compromiso – sonrió cuando dijo esto último. – No todas las mujeres queremos atrapar al primer macizo que se nos cruza en el camino, a veces sólo queremos... jugar con él – dijo guiñándole un ojo.

Álvaro sonrió abiertamente.

—Gracias por lo de macizo.

—No hay de qué. Me gustaría que me contaras lo que pasó con ella, con Maddie. Sasha no suelta prenda. Sólo me ha dicho que estabais enamorados y que de pronto se marchó.

Él se mojó los labios.

—Bueno, a veces uno cree que en una relación de pareja los dos están en el mismo punto, y no es así. Yo me enamoré como un imbécil y ella simplemente estaba confundida. Dejó una relación anterior, empezamos a salir y, la verdad, creo que me impliqué demasiado. Puede que fuera eso lo que la agobió, no lo sé. Sólo sé que un buen día me dijo que ya no quería seguir conmigo, dejó el piso que compartía con Rain, y desde entonces no he sabido nada de ella. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

Diana lo observaba atentamente mientras hablaba. Era indudable que aún sentía algo muy fuerte por la mujer de quien le estaba hablando, pero también le pareció que estaba un poco cansado de sentirse así, lo cual podría venirle muy bien a ella a la hora de decidir su próximo paso.

—¿Sabes? Haremos una cosa. Nos olvidaremos de ese pasado tuyo tan triste – dijo en tono burlón – y dejarás de recrearte en tu pena y nos divertiremos de vez en cuando. ¿Qué te parece?

—Supongo que me vendría bien alguien como tú.

—¿Eso qué significa? – fingiendo estar confundida.

—Que tú eres alegre, despreocupada, sólo te apetece vivir el momento, y estaría bien que yo siguiera esa filosofía.

—Pues no se hable más.

La noche en que por fin aceptó ir a cenar a casa de Diana, un par de semanas después, se convenció a sí mismo de que pasara lo que pasara, esta vez no iba a salir corriendo de allí, algo de lo que no estuvo tan seguro cuando entró

en el salón y la luz titilante de las velas lo sorprendió, así como el vino y los canapés que había sobre la mesa. Había velas pequeñas repartidas por toda la estancia y un aroma dulce invadía el ambiente. Tomaron unas copas de vino y charlaron amigablemente durante la cena, como si en realidad se conocieran desde hacía más tiempo. Sin embargo, él no había conseguido aún no tensarse por completo ante la compañía de Diana. Por eso, cuando después de cenar ella se levantó de su silla y se acercó a la de él por detrás, tuvo la seguridad de que aquella noche no tenía escapatoria. Ella se había dado cuenta de que estaba un poco rígido y le susurró al oído:

—Tranquilo. No voy a comerte.

Álvaro sonrió.

—¿Quién dice que no estoy tranquilo?

—Tú. Tus ojos, tus gestos – le rodeó los hombros con sus brazos y volvió a pegar los labios a su oído para rozarlo con su respiración al susurrar:

—Esto es lo más fácil que te lo van a poner en tu vida. Me gustas. No me interesa tu corazón, ni siquiera tu mente, me basta tu cuerpo para lo que pienso hacer.

Mientras hablaba, sus manos se deslizaban lentamente debajo de su camisa, hacia su pecho y le dio un suave mordisco en el lóbulo de la oreja que fue la gota que colmó el vaso. Álvaro no tenía ni una sola oportunidad ante aquel torbellino de pelo largo que se había encaprichado de él y que estaba dispuesta a no dejar pasar la ocasión de disfrutarlo.

Le quitó lentamente la camisa y se colocó sobre él para pasear sus labios por su torso desnudo. Todas sus murallas se derrumbaron en aquel instante. Álvaro se levantó, la tomó por la cintura y acarició toda su silueta de arriba a abajo, apretándola contra él. Le quitó su camisa y se arrojó a devorar sus hombros, su cuello, sus pechos. Diana había conseguido que la excitación fuera del todo insoportable. Le desabrochó la falda que ella dejó caer moviendo sus caderas hasta que aterrizó en el suelo. La lujuria se había apoderado de los ojos de Al y cuanto más lo miraba ella dejarse llevar por sus instintos, más lo deseaba, hasta el punto de que casi le dolía. Cuando él se acercó a su oído y le susurro en

un jadeo: “¿Me buscabas? Pues aquí me tienes”, al tiempo que la miraba como un animal en celo, Diana lo empujó al sofá y se colocó sobre él librándose del resto de su ropa mientras sus labios, sus lenguas y sus manos ya no respondían de sí mismas y se perdían en cada pliegue de sus cuerpos. Sentada sobre él y sintiéndolo en lo más profundo de su ser, no necesitó más de un par de movimientos para perder el control, arqueando su espalda hasta acariciar sus piernas con su melena y disfrutando de aquella explosión de placer que la invadía mientras repetía su nombre. Álvaro no estaba dispuesto a una retirada y en cuanto ella se relajó, se giró suavemente para colocarla sobre su espalda y recorrer con sus labios y su lengua toda su piel, deteniéndose en los lugares precisos y al ritmo perfecto, hasta que volvió a estallar esta vez casi gritando, haciendo que él la siguiera en su camino al placer más intenso que había sentido junto a un hombre. Se desplomó sobre ella un instante, ambos jadeando sin hallar el aire que necesitaban para recuperar el aliento. Cuando ella, de repente, dijo:

—¡Guau! ¡Qué subidón!

Al estalló en una sonora carcajada:

—Te juro que es la primera vez que una mujer lo describe así.

—¡Joder, ha sido una pasada!

Él no contestó. No sabía qué decir. Lo cierto era que se hubiera sentido ridículo si la hubiera vuelto a rechazar, y por eso decidió seguirle el juego. Y allí estaba, desnudo, encima de una mujer también desnuda a la que apenas conocía mientras ella le acariciaba el pelo con los dedos y le preguntaba:

—¿Cuántas veces podemos repetir hoy?

—¿Cuántas necesitas? – susurró a su oído.

Era ya de madrugada cuando regresó a su casa. Sasha estaba dormido y él sabía que estaba solo porque Rain trabajaba aquella noche hasta tarde en el local. Se tumbó en la cama quitándose solamente los zapatos y pensó en Maddie sin querer. Lo que había sentido con ella no podía compararse con nada que hubiera sentido con otras mujeres, incluso estando enamorado de ellas. Lo que había

sentido con Diana había sido pura lujuria y la necesidad de demostrarle que no le tenía ningún miedo. Ahora, sin embargo, en la soledad de su habitación, a oscuras, una tristeza infinita lo atrapó al pensar que quizás jamás volvería a conectar con una mujer a todos los niveles, como le había sucedido con Maddie, y un enorme vacío se instaló en su estómago hasta que se durmió totalmente agotado.

Lo que es amor y lo que no.

—Te digo que no es aquí, Rain – gruñía Sasha frunciendo el ceño como un niño aburrido.

—Me acuerdo perfectamente. Lo vi aquí, en el escaparate.

—Podemos ir a Camdem. Allí encontrarás cualquier cosa.

Rain suspiró resignada y salió de la tienda. Estaba convencida de haber visto allí un precioso atuendo gótico, botas de tacón incluidas, y había pensado usarlo en una de sus actuaciones, cuando incluyera temas de Evanescence en su repertorio. Sasha le tendió la mano para que bajara las escaleras de la entrada de la tienda y caminaron calle arriba en busca de la siguiente estación de metro. Rain se detuvo en seco:

—¡Mira, Sasha! – dijo con voz apenas audible, a pesar de que no había nadie que pudiera oírlos. Señaló con la barbilla al frente — ¡Es Maddie!

Sasha siguió con la vista la dirección en la que ella señalaba y abrió la boca incrédulo:

—¡No me lo puedo creer! ¡Está con Andrew!

Frente a ellos, Andrew y Maddie caminaban uno junto a otro en actitud amistosa, aparentemente.

—¿Crees que por eso dejó a Al? – preguntó Rain aún sin creer lo que veía.

—Está claro, ¿no?

—¿Y qué teníamos que ver nosotros?

—Bueno, somos amigos de Al. Si ella no se hubiera ido, tarde o temprano nos hubiéramos alejado.

Rain observó cómo los otros dos se perdían en una cafetería y dijo:

—Tenemos que decírselo a Álvaro.

—¡Ni de coña! — protestó Sasha. — No pienso hacerle eso.

—¡Sasha, tiene que saberlo!

—¡No! Tú no vives con él, yo sí. Yo lo he oído llorar, lo he escuchado levantarse y pasar noches enteras delante de la tele porque no podía dormir, lo he recogido borracho del suelo del salón. Ahora que parece estar superándolo no voy a volver a meter a Maddie en su vida. — el ruso estaba realmente enfadado.

—¿Superándolo? ¿Por qué? ¿Porque se acuesta con Diana de vez en cuando? Eso no es amor.

— ¿Y quién coño quiere amor, para que te saquen el corazón y lo metan en una batidora?

Rain rio ante la ocurrencia. Ella misma no lo hubiera expresado mejor. Reflexionó un instante y prometió no decir nada a su amigo, pero no tenía demasiada fe en su propia promesa.

—¿No te parece un poco raro todo esto?

—¡Bah! El clima de Inglaterra vuelve a la gente loca.

Rain lo ignoraba por completo mientras seguía reflexionando en voz alta.

—Rompe con Andrew, se lanza a los brazos de Al, y cuando están en lo mejor de su relación, lo deja para volver con Andrew... Algo no encaja.

—Rain, hay gente que no sabe ser feliz. Quizás Maddie sea una de esas personas.

Álvaro estaba en la cocina preparándose un sándwich cuando Sasha y Rain entraron en el piso. Los saludó desde dentro y les ofreció prepararles algo de comer. Rain entró en la cocina mientras Sasha suplicaba desde el salón:

—Rain, no, por favor...

Ella lo ignoró. Abrazó a Álvaro, que se sorprendió un poco y le devolvió a medias el abrazo sujetando con una mano el pan y con la otra el tarro de mahonesa.

—¿Te encuentras bien? – preguntó algo escamado.

—Rain – seguía insistiendo Sasha desde el salón.

—Hemos visto a Maddie y a Andrew juntos.

—Hala. Lo soltó – musitaba Sasha.

Álvaro entornó los párpados como si volviera de otro mundo, como si se hubiera dado de bruces contra un muro. La miró un momento confundido y, de repente, contra todo pronóstico, siguió preparándose el almuerzo.

—¿No vas a decir nada? – insistió ella.

—¿Qué quieres que diga?

—¡No sé! ¡Algo! ¿Acaso lo sabías?

—¡Claro que no! Lo único que me dijo es que no era feliz.

—¿Y va a ser feliz con él? – preguntó ella enfadándose a medida que las palabras abandonaban su boca.

—¡Y yo qué sé! – dijo Al enfadándose también y levantando la voz. – Es más, no quiero saberlo. Es su vida.

—No te creo.

—Me da igual, Rain. ¿Y tú qué vas a saber? Eres una cría.

—¡Vete a la mierda! Siempre sales con eso.

Sasha entró en la cocina y los interrumpió.

—Parecéis una vieja pareja rusa.

—¡No te metas! – contestaron al unísono.

—Te dije que no le dijeras nada, Rain.

—¡Genial! – dijo Álvaro — ¿Así que no ibas a decírmelo?

—¿Pero no dices que no te importa? – preguntó Sasha con cara de no comprender nada.

Álvaro arrojó sobre la encimera lo que tenía en las manos y salió del piso dando un portazo. Sasha no pudo contener un “te lo dije” al que Rain no contestó, aunque puso los ojos en blanco.

Ya en la calle, Álvaro ni siquiera se percató de que Diana lo estaba llamando desde unos metros más atrás. Echó a correr tras él y cuando lo alcanzó, lo tomó por el brazo.

—¡Álvaro!

—¡Qué! – gritó él dándose la vuelta.

Cuando vio el rostro perplejo de Diana, se disculpó.

—Lo siento. No es un buen momento.

—¿Qué te pasa? Pareces... muy enfadado – dijo estudiando sus gestos.

—Nada. Necesito que me dé un poco de aire. Ya te llamaré.

Al echó a andar en dirección al parque y Diana subió al apartamento y les preguntó a Sasha y Rain si sabían qué le sucedía a su amigo. Cuando Rain estaba a punto de contestar, Sasha la interrumpió:

—No sabemos qué le pasa. Estaba así cuando llegamos.

Diana enseguida intuyó que le estaban mintiendo, pero prefirió no hacer ningún comentario. Esperaría a que el joven estuviera más calmado para preguntarle lo que le había ocurrido. Esta vez no lo llamó, no le envió ningún mensaje, al contrario de lo que solía hacer siempre, porque tenía el presentimiento de que él vendría a buscarla. Por eso cuando unas noches después abrió la puerta de su apartamento y lo encontró al otro lado con unas flores, tuvo que fingir que estaba sorprendida.

—¡Vaya! Creí que no volvería a verte. – le dijo invitándolo a entrar y dándole un beso en los labios.

—Quiero disculparme por lo del otro día.

Una vez dentro, Diana no dudó en preguntar:

—¿Vas a contarme lo que pasó?

—Rain me contó que había visto a Maddie con su ex.

—No sabía que aún te afectara tanto.

—Creía que al menos me había ganado el derecho a saber la verdad.

—Bueno, si es cierto que volvió con su ex, no te mintió del todo. Te dijo que no era feliz.

Al no contestó. Estaba mentalmente agotado. Desde que Maddie se marchó tenía la impresión de que su vida era un puro caos en el que actuaba sin saber muy bien por qué y acababa en lugares que no tenía muy claro que lo condujeran a alguna parte. Diana, por su parte, estaba más que contenta de verlo en su casa. Le sirvió una copa de vino y brindó con él:

—Por una noche de sexo salvaje producto del despecho.

Al sonrió:

—Diana, no he venido por eso.

—No me importa a lo que hayas venido. Eso es lo que va a pasar. — dijo mientras empezaba a quitarse la camisa.

—Creo que por eso me gusta estar contigo, porque no tienes ningún problema en pedir lo que quieres. — la observaba mientras daba un trago a su copa.

—¿Así que te gusta estar conmigo? — preguntó ella pestañeando lentamente mientras le tendía la mano para llevarlo a su dormitorio.

Pero Álvaro no pensaba dejar que esta vez nadie le dijera lo que tenía que hacer. Tiró de ella y la sentó sobre él sin dejar de acariciarla y repartir besos húmedos por su cuello, dejando que su respiración rozara su piel y erizándole

cada poro. Se deshizo del sujetador y bajó sus manos lentamente hasta sus pechos disfrutando de cada pausa en su respiración. Ella hizo ademán de volverse, pero él no se lo permitió. Bajó una de sus manos por su costado, luego por su vientre, hasta que alcanzó la parte alta de la falda y la dejó perderse en su interior sin que sus labios abandonaran su cuello y sus hombros, sin que su otra mano se detuviera en su excursión por su cuerpo. Diana gimió y musitó algo parecido a un “aún no” cuando supo que aquella maravillosa experiencia llegaba a su punto más álgido mucho antes de lo que ella hubiera deseado, y él le susurró al oído: “Siéntelo, siéntelo...” apenas pudiendo pronunciar las palabras debido a la excitación que le produjo notar cómo el cuerpo de ella se volvía rígido un instante para descontrolarse después por completo atrapado en una locura casi apocalíptica hasta que se quedó sin fuerzas. Entonces la tomó en sus brazos y la condujo a la habitación donde se libró de su ropa para volver a empezar su dulce tortura colocándola de nuevo delante de él y dejando que sus manos se perdieran por cada rincón, escuchando su respiración acelerarse y sus labios pidiendo que no se detuviera. Colocó sus manos en su vientre para inclinarla delante de él y entró en ella como nunca antes lo había hecho, furioso, desatado, enloquecido, sin detener sus manos ni sus labios. El sonido de los ruidos guturales de Diana intentando apagar sus gritos contra la almohada mientras volvía a rozar el cielo lo llevaron a lo más alto, desde donde caer agotado era el único fin posible. Durante un momento permanecieron tumbados uno junto a otro recuperando el aliento sin poder articular palabra. Diana sabía algo que él no sabía. Le gustaba demasiado, adoraba sus gestos, sus guiños al despedirse de ella, el cielo de sus ojos, su sonrisa perfecta y confiada, su caminar despreocupado y hasta el remolino de su pelo indomable, pero también sabía que decírselo solamente conseguiría que desapareciera de su vida para siempre, porque él buscaba exactamente lo que ahora compartían, la sensación de saber que siempre habrá alguien a quien acudir cuando el dolor no te deje respirar.

Desde que Rain viera a Maddie y Andrew juntos, no había pasado ni un solo día sin que se preguntara por qué aquello no le cuadraba. La única persona capaz de contestar a esa pregunta era Maddie, y tenía que encontrarla, así que se puso manos a la obra y siguió a Andrew desde la salida de su trabajo hasta el barrio de casas en el que los había visto ella. No tardó en ver cómo entraba a una de las viviendas, hacia la mitad de la calle. Sabía que aquel no era el momento de entrar, así que se marchó a esperar su oportunidad. Al día siguiente, se levantó

temprano y se apostó frente a aquella casa hasta que vio salir a Andrew con su maletín camino del trabajo. No sabía lo que iba a encontrar tras aquella puerta, pero si no llamaba, no lo averiguaría nunca. Llamó al timbre que había a la derecha y esperó un momento antes de volver a llamar. Finalmente, la puerta se abrió. Las dos mujeres se sorprendieron ante el descubrimiento de quién se hallaba al otro lado. Era sólo un tablón de madera, pero en realidad separaba dos mundos miles de kilómetros. Rain se dejó llevar por la alegría de volver a ver a su mejor amiga y se lanzó a abrazar a Maddie, que la miraba confusa, como si no supiera muy bien si lo que estaba viendo era real o no.

—¡Maddie! – dijo apretándola fuerte contra ella aprovechando que se encontraba muy débil para escapar.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? – musitó ella débilmente.

La tomó del brazo y la condujo hasta el salón de la casa como si quisiera evitar que alguien pudiera verla hablando con ella, y luego se acurrucó en un rincón del sofá mientras Rain se sentaba a su lado sin perder detalle.

—¿Así que ahora vives aquí... con Andrew?

—No es lo que piensas. No pongas esa cara. Es algo temporal. – su voz sonaba tan distante y lánguida como su mirada.

—No tienes muy buen aspecto – afirmó mientras la examinaba escrupulosamente. Tenía ojeras, su piel estaba pálida y estaba muy delgada, aparte de aquel cierto letargo que parecía incluso impedirle fijar la vista y hablar con naturalidad.

—Rain, ¿qué quieres?

—Sabes lo que quiero. Necesito una explicación. Álvaro merece una explicación, ¿no te parece?

Maddie tomó aire un instante y luego soltó un suspiro, acomodándose en su pequeño rincón donde parecía haberse parapetado del mundo.

—Sé que no vas a parar hasta conseguir lo que has venido a buscar. Sé también cuánto quieres a Álvaro y por eso debo pedirte que no le digas que me

has visto.

Rain carraspeó intentando convencerse a sí misma de que sería capaz de guardar el secreto, pero estaba segura de que ambas sabían que no era cierto.

—Estoy enferma, Rain. Aunque creo que eso es algo que salta a la vista.

La joven no contestó:

—Es una enfermedad mental genética. Comencé a sufrir alucinaciones, ataques de pánico y temblores, y supe que había empezado a padecer la misma enfermedad que tuvo mi madre, y que hizo de mi infancia un infierno, por no hablar de la vida de ella y la de mi padre.

Rain abrió la boca para decir algo, pero Maddie le hizo un gesto con la mano para que esperase y continuó:

—Tras años de calvario junto a mi madre, mi padre se suicidó. Ella fue a parar a una residencia y mi hermano y yo nos quedamos con mis tíos. Al menos en aquella época pudimos conocer lo que era un poco de normalidad. — Miró fijamente a su amiga, con una claridad con la que no lo había hecho hasta ahora — Yo no quería condenar a Álvaro a ese infierno. Si me hubiera quedado, él no me hubiera abandonado, si hubiera seguido en mi trabajo, o en contacto con vosotros, él no habría renunciado a mí. Tenía que hacer lo que hice.

—Debiste haberle dicho la verdad — dijo Rain firmemente.

—¿No has oído lo que te acabo de contar?

—No es justo. Él cree que lo dejaste por Andrew. Ha sufrido mucho. Tenías que haber dejado que decidiera por sí mismo lo que quería hacer.

—¡Rain! — dijo Maddie agarrándola por los brazos — Si se lo hubiera dicho se hubiera vuelto loco buscando médicos y tratamientos, y al final no hubiera servido de nada. ¿Eso quieres para el hombre que te sacó de la calle y te dio una familia?

La chica no supo qué contestar. Estaba dividida en dos. Su razón le decía que Maddie había hecho lo correcto, pero su corazón le gritaba que su amigo

tenía derecho a saber lo que estaba pasando.

—Andrew conocía toda mi historia. Es psicólogo, no me costó abrirme a él enseguida. Y cuando empecé a sospechar que todo había empezado y apareció ofreciéndome ayuda, acepté.

Rain seguía observando a su amiga. Parecía exhausta, y cuando se hizo un ovillo en el rincón que ocupaba en el sofá y cerró los ojos para recuperar el aliento, creyó incluso que se había quedado dormida.

—No se lo digas, Rain. No le arruines la vida, por favor. — dijo Maddie débilmente.

A la par que las lágrimas inundaron el rostro de Maddie, la garganta de Rain sintió un nudo que no la dejaba hablar. Se levantó del sofá y le dio un beso en la frente dispuesta a marcharse y dejarla descansar, que era lo que parecía que necesitaba más que nada en el mundo.

—Andrew me llevó a ver a un amigo suyo, un especialista en psiquiatría, de los mejores de la ciudad, y me incluyó en un tratamiento experimental que parece arrojar muy buenos resultados. Por eso estoy aquí. En cuanto me recupere lo suficiente, me marcharé a España.

Rain la abrazó otra vez en absoluto silencio. No podía expresar con palabras lo que significaba para ella su sacrificio, aunque estaba convencida de que había cometido un gran error. Cuando por fin la soltó, la miró a los ojos y le dijo:

—Volveremos a vernos. Sé que crees que abandonar a todos los que te quieren era lo mejor que podías hacer, y no te lo reprocho. Llámame si necesitas ayuda, por favor.

Respecto a lo de contar lo que había descubierto, ni ella dijo nada, ni Maddie quiso insistir.

En el trayecto hacia su casa en el metro, Rain no podía dejar de pensar en Álvaro. Si había alguien en el mundo que tenía derecho a saber lo que sucedía, era él, porque durante semanas no comió ni durmió corroído por la culpa y la incertidumbre de no saber qué podía haber hecho para que la mujer a la que más

amaba hubiera decidido marcharse. No fue ni la sombra de sí mismo hasta que se resignó a que no había nada que él pudiera hacer para que Maddie volviera. Tenía que decírselo y no pensaba consultarlo con Sasha. Sabía que él lo quería tanto como ella y que le aconsejaría que respetara la decisión de Maddie, aunque sólo fuera para no tener que ver sufrir a su amigo otra vez.

Cuando salió de la estación, su decisión estaba tomada. Al llegar a casa de Al llamó al timbre y un inocente “Sube” hizo que su corazón se retorciera en su pecho. La puerta estaba abierta, y Al estaba trabajando en su mesa cuando ella entró. Se fue hasta él y le dio un beso en la mejilla.

—¿Aún trabajando? ¿No piensas comer?

Él sonrió y soltó el rotulador.

—Sí, claro. Ahora iba a prepararme algo. ¿Y Sasha?

—No sé. Hoy no lo he visto. – respondió ella con gesto distraído.

—¿Te pasa algo? – preguntó Al.

—Tú sabes que te quiero, ¿verdad?

—Rain, no me gusta nada cuando empiezas a hablar así. Nunca dices nada bueno después.

Ella se frotó los labios y se rascó la nuca.

—Creo que uno debe tener derecho a decidir lo que quiere hacer con su vida, y que para eso debe tener toda la información necesaria.

—¡Madre mía, qué miedo me estás dando! – dijo él medio en broma.

—He estado hablando con Maddie.

Álvaro frunció el ceño, incapaz de contestar por lo inesperado de la noticia y porque un nudo se había instalado en su garganta y no permitía que nada saliera de ella, apenas el aire que exhaló cuando digirió lo que acababa de escuchar.

—Tienes que ir a verla. Tienes que hablar con ella.

Al tragó saliva.

—Rain, no pienso ir a ver a nadie. ¿A qué viene todo esto ahora?

—Se marchó porque está enferma.

El joven cerró los ojos apretando los párpados intentando reunir la calma necesaria como para no gritar. Sabía que algo horrible debía haberle sucedido a Maddie para que tomara aquella decisión. Algo en su interior le decía que se había rendido demasiado pronto, que no había luchado lo suficiente, y ahora, al oír de labios de Rain que estaba enferma, supo que su calvario no había hecho más que empezar.

—Al – dijo Rain, ahora frente a él, tomándolo de las manos – Deja que te cuente lo que he visto, y si luego no quieres hacer nada, no lo volveré a mencionar.

Saliendo de un trance, él suspiró profundamente y contuvo un momento el aire que había inhalado antes de soltarlo de nuevo de golpe, y se dispuso a escucharla, aunque sólo fuera para no tener que volver a oír el nombre de Maddie nunca más. A medida que su relato avanzaba, el rostro de Álvaro se iba transformando primero en una mueca de incredulidad, luego en una de dolor y angustia.

—Lo siento. Tenía que decírtelo. – concluyó la joven.

Álvaro estaba confuso. Hasta ahora sólo sabía que Maddie lo había dejado para volver con su ex, y ya casi lo había aceptado. ¿Y ahora qué? ¿Cómo soportar saber que se había estado desquitando saliendo, bebiendo y acostándose con Diana mientras Maddie atravesaba aquel infierno? ¿Por qué le costó tan poco aceptar que su relación se había acabado sin más? ¿Por qué no pensó que algo tenía que haber sucedido para que Maddie hiciera lo que hizo? ¡Fue tan fácil no luchar, darse por vencido!

—¡Llévame a verla! – dijo dirigiéndose hacia la puerta. Rain le tiró del brazo, haciéndolo retroceder de golpe.

—No, Al. Ahora no es buen momento. Es mejor por la mañana temprano, cuando Andrew se marche al trabajo.

Al miró su reloj:

—Si acaba a las cinco, tenemos tiempo de hablar con ella – estaba muy nervioso e intentó de nuevo ir hacia la puerta. Ella lo detuvo otra vez.

—¡No! – dijo ella perdiendo la paciencia – Llevo un par de días observándolo. A veces aparece por casa a mediodía. No es seguro. ¿Quieres estropearlo? – lo miró a los ojos con los suyos en llamas.

En aquel momento, la puerta se abrió y apareció Sasha cargado de comida para llevar. Al verlos uno frente a otro, mirándose como si estuvieran a punto de liarse a golpes, sólo pudo preguntar:

—¿Qué coño pasa aquí?

Álvaro fue quien contestó:

—Rain ha estado hablando con Maddie.

Sasha miró a Rain meneando la cabeza de un lado a otro y no pudo evitar preguntar:

—¿Sería posible que guardaras algún secreto para ti solita?

—No pienso cargar toda mi vida con esa responsabilidad. Yo también quiero a Álvaro, y por eso creo que tiene que saber todo lo que ha sucedido. Siéntate, te lo contaré.

Una vez Rain terminó de nuevo el relato de su encuentro con Maddie aquel día, Sasha solamente pudo decir que estaba totalmente sorprendido y que jamás se hubiera imaginado que detrás de su marcha hubiera un motivo tan sórdido. Rain tampoco lo dejó decir mucho más.

—Estoy segura de que aquí hay gato encerrado.

—¿Dónde? – preguntó el ruso mirando a su alrededor.

—¿Dónde qué?

—¿Dónde está el gato?

Rain estalló en una carcajada y le dio un abrazo tan tierno que él enseguida comprendió que había vuelto a meter la pata con el idioma.

—Me refiero a que pasa algo raro, Sasha.

—¡Mierda de frases!

—Todo ha sido raro desde el principio. No sé cómo no nos hemos dado cuenta antes – dijo Álvaro en voz baja, como si estuviera hablando consigo mismo. — ¿Cómo no nos extrañó nada lo que hizo? Creíamos que la conocíamos y lo primero que hicimos fue juzgarla.

Rain lo miró con una compasión infinita. Sabía que nada de lo que ella dijera o hiciera podría hacer desaparecer la sensación que se había instalado en su pecho y que auguraba más noches horribles como las primeras que pasó después de que Maddie se fuera.

Aquella noche, Álvaro no pudo pegar ojo. Hasta ahora había estado compadeciéndose de sí mismo relegando en Maddie toda la responsabilidad de su ruptura, había sido una postura muy cómoda en cierto modo. Sin embargo, saber que todo lo que había hecho había sido para protegerlo, para no condenarlo a una vida desgraciada, había vuelto todo del revés. Con los ojos clavados en el techo en la oscuridad de su cuarto, casi sin pestañear siquiera, se preguntaba una y otra vez cómo había podido aceptarlo todo con tanta facilidad, sin dudar ni un instante de lo que ella le dijo cuando lo dejó, sin ver más allá de sus frías palabras de aquella tarde. Ella no era así, y él no supo verlo. No podía con aquel sentimiento de culpa que le gritaba que mientras Maddie estaba sufriendo, él había estado viviendo como si nada.

Rain durmió aquella noche en casa de Sasha, y por la mañana, ella y Álvaro salieron con destino al lugar en el que ella había visitado a Maddie el día anterior. Guardaron silencio durante todo el trayecto en metro. Rain únicamente pensaba en que Al tenía que ver a Maddie, porque sabía que una vez que lo hiciera, no podría dejarla donde estaba. Álvaro casi no era capaz de pensar después de su

horrible noche en blanco.

Al llegar a la calle, hicieron lo mismo que Rain había hecho en su primera visita, esperaron enfrente, donde no pudieran ser vistos, con la idea de ir hacia la casa una vez Andrew hubiera salido de ella. Pero pasaban los minutos y nadie aparecía. La única persona que había en la calle era un hombre mayor que paseaba un perro aún mayor que él.

—Tenemos que llamar, Rain. Puede que Andrew ya se haya marchado.

—O que no piense marcharse hoy. No hay forma de saberlo a no ser que esperemos.

Al salió de su escondite y cruzó la calle mientras musitaba:

—No he venido hasta aquí para marcharme sin hablar con ella.

Se detuvo en la puerta y no llegó a pulsar el timbre, interrumpido por el hombre del perro, que le dijo:

—No hay nadie.

Álvaro sintió el golpe de su esperanza estrellándose contra el suelo.

—¿Cómo?

—Se marcharon anoche de vacaciones. Estuve hablando con ellos un momento antes, mientras guardaban el equipaje. Esa chica necesita unas vacaciones.

Al pensó que hubiera sido demasiado fácil que ella hubiera estado allí. Rain, que ya estaba junto a él, lo tomó de la mano y juntos entraron a desayunar algo en una cafetería cercana.

—Tenemos que pensar en qué vamos a hacer ahora. Hay que encontrarla. Esto cada vez es más extraño. — dijo Rain dando un sorbo a su taza.

—Justo cuando tú la encuentras y te cuenta todo lo ocurrido, desaparece. — dijo Al, de nuevo pensando en voz alta. —No hay manera de saber dónde están.

Rain parecía estar dándole vueltas a algo en su cabeza, distraída, mirando por la cristalera de la cafetería. De repente, exclamó:

—¡Boxford!

—¿Boxford?

—¡Sí! Maddie me dijo una vez que Andrew y ella habían ido a una casa de campo que él tenía allí. Me acuerdo perfectamente del nombre porque me recordó a Oxford.

—Bueno, suponiendo que hayan ido allí.

—No tenemos nada que perder. No está ni a un par de horas de la ciudad. Vamos a casa, tenemos que buscar a Sasha.

Aquella misma tarde los tres amigos subieron al coche de Sasha con destino a Boxford tras haber reservado una habitación en un romántico hotel de la zona. Para su sorpresa, habían encontrado una dirección en Internet a nombre de Andrew y allí se dirigían, aunque no estaban seguros de que fueran a encontrar lo que buscaban, había sido demasiado fácil encontrar este lugar, y las cosas nunca solían serlo. Llegaron de noche y después de soltar las mochilas en la habitación, salieron a dar una vuelta por el pintoresco pueblo. Casi todo eran casas que parecían sacadas de un cuento, y dieron también con un pub local, aunque estaba poco animado. Los únicos clientes eran ellos. Pidieron unas cervezas y algo para picar y trataron de averiguar cómo encontrarían a Andrew y Maddie. No parecía tarea muy difícil a juzgar por el tamaño del pueblo, donde solamente había una tienda para abastecerse, así que probablemente sería cuestión de observar y esperar. Por ahora, lo único que podían hacer era relajarse y pensar en cómo enfrentar lo que se avecinaba si encontraban allí a la pareja. No tenían ni idea de que sería más fácil de lo que habían imaginado.

A la mañana siguiente, paseando por el pueblo, descubrieron el coche de Andrew aparcado frente a una de las casas de la hilera derecha, no muy lejos de donde ellos se alojaban, en realidad, era imposible que en aquel pueblo algo estuviera demasiado lejos. Rain fue quien lo reconoció primero, ya que lo había estado observando durante varios días y Álvaro también estuvo seguro en cuanto vio el vehículo, de que era el del hombre que estaban buscando.

—¿Ahora qué? — preguntó Sasha mientras se daban la vuelta disimuladamente para evitar ser vistos y echaban a caminar hacia el hotel.

—No creo que sea buena idea simplemente llamar a la puerta y ver qué pasa, ¿no? — propuso Sasha sin estar muy seguro de lo que decía.

—¿Y si esperamos a que salgan? Tendrán que comprar cosas, o salir a pasear — dijo Al.

—Dudo mucho que Maddie tenga muchas fuerzas para salir a pasear. Cuando hablé con ella casi no podía mantenerse despierta.

—¿Qué hacemos entonces? — pregunto Al desesperado.

—Yo voto por esperar por aquí un rato. Después ya pensaremos qué hacer si no los vemos. — sugirió Rain.

Álvaro ya no estaba escuchando porque no podía esperar ni un minuto más. Sin que los otros pudieran tener tiempo de detenerlo, volvió a la casa y aporreó la puerta mientras Sasha y Rain llegaban hasta él. Para cuando los tres estuvieron juntos, la figura esbelta e inconfundible de Andrew apareció en el umbral sin llegar a abrir del todo.

—¡Abre la puta puerta! — dijo Al intentando contenerse.

—¿Cómo coño...? — intentó hablar Andrew.

—Abre la puerta si no quieres que la echemos abajo — dijo esta vez Sasha.

El hombre retiró la pequeña cadena y abrió haciéndose a un lado para que entraran, a sabiendas de que a partir de ahora no habría mucho más que pudiera hacer para retener a Maddie.

—¿Dónde está? — dijo Al entrando como una exhalación e inspeccionando la estancia.

—Arriba. Está en la cama.

—¡Sube! — animó Sasha — Este no se mueve de aquí.

Al subió las escaleras de tres en tres y abrió dos puertas antes de dar con el dormitorio en el que una figura femenina yacía vestida dormida sobre la cama.

—¡Maddie! ¡Maddie! – gritó Álvaro lanzándose hacia ella temiéndose lo peor.

Entonces Maddie entreabrió los ojos y dijo:

—Dime que no eres una alucinación.

Al se sentó en la cama y le retiró el pelo de la cara, teniendo tiempo de observar lo delgada y pálida que estaba. Tenía unas enormes ojeras y los labios totalmente secos y descamados. Álvaro, al ver que volvía a cerrar los ojos, la zarandeó un momento repitiendo su nombre varias veces intentando que le sirviera de ancla para aferrarse a estar despierta.

—¡Maddie, no te duermas, háblame!

Ella volvió a abrirlos pestañeando lentamente y repitió su nombre varias veces.

—¿Así que eres tú de verdad? – dijo abrazándose a su cuello y dejándose caer con las pocas fuerzas que tenía.

—¡Soy yo, cariño, soy yo! – le dijo Al mientras la levantaba en sus brazos comprobando con una enorme tristeza que era ligera como una pluma. La apretó contra su cuerpo, colocando su cabeza bajo su barbilla y bajó con ella las escaleras. Sasha y Rain no daban crédito a lo que veían cuando los vieron aparecer en el rellano. Al le pidió a Rain que fuera a por su coche y las mochilas, y se colocó delante de Andrew con Maddie en sus brazos totalmente dormida.

—¡Tú y yo tenemos esto pendiente! Ahora me la voy a llevar y voy a comprobar lo que le has hecho y reza para que se recupere porque si no es así no habrá sitio en la tierra donde puedas esconderte.

Andrew no dijo nada. Agachó la mirada y vio como Álvaro y Sasha salían de la casa.

Al se sentó detrás y tumbó a Maddie en el asiento trasero con medio

cuerpo y su rostro sobre su pecho. Durante el trayecto no dejó de acariciarle el pelo mientras le besaba dulcemente la sien. Reconoció como un terrible sentimiento de culpa el agujero que había aparecido en su estómago y que hacía que le costara trabajo respirar. Pero antes de dejarse llevar por él, tenía que averiguar hasta dónde llegaba el daño que Andrew le había hecho a Maddie. Ella siguió dormida todo el camino de vuelta a casa de Al, abriendo un par de veces los ojos, ausente, para decirle que la llevara a casa, que si era cierto que era él y no estaba soñando, simplemente la llevara a casa. Y eso exactamente fue lo que hizo Álvaro, subirla con él a su apartamento y acostarla en su cama para que pudiera descansar mientras ellos averiguaban lo que harían después.

—Deberíamos llevarla a un hospital – sugirió Sasha – No sabemos lo que ese hijo de puta le habrá hecho.

—¿Y qué vamos a decir? ¿Qué la hemos encontrado así? ¿O que creemos que alguien se ha estado aprovechando de ella porque está enferma? Si vamos al hospital, tendremos que estar dispuestos a contestar muchas preguntas, y a separarnos de ella, y lo que es peor, a volver a dejarla sola con extraños– contestó Rain.

—Esperemos a que despierte y se encuentre más despejada. Hablaremos con ella y tomaremos una decisión – dijo Al llevándose las manos a las sienes mientras se echaba en el respaldo del sofá.

Finalmente se tumbó y Sasha y Rain desaparecieron en el cuarto de él no sin antes decirle que los llamara si necesitaba algo o si Maddie se despertaba. Durante toda la tarde el silencio reinó en el apartamento. Estaban demasiado cansados como para tomar ninguna decisión. Al entró y salió de la habitación donde Maddie aún dormía intentando observar algún cambio. Le tomaba el pulso, le tocaba la frente para saber si tenía fiebre, le dio agua un par de veces consiguiendo casi despertarla, pero sus ojos no parecían encontrar la fuerza suficiente como para fijar la mirada. No sabía cuánto durarían los efectos de lo que le hubiera dado Andrew, ni siquiera sabía lo que habría hecho con ella, y no podía soportarlo. Una parte de él quería no tener que perderla de vista de nuevo y otra le decía que tenía que llevarla a algún hospital donde le hicieran todas las pruebas que le asegurasen que se encontraba bien. Había recibido además varios mensajes y llamadas de Diana, que no había contestado porque no sabía qué

decir, lo cual había despertado de nuevo su sentimiento de culpa. Se tumbó detrás de ella en la cama un instante escuchando su respiración. Maddie parecía en otro mundo.

La noche fue eterna, y ver las primeras luces del amanecer entrando por la ventana fue un verdadero alivio para Al, que no había podido dormir. Cuando volvió a tocar a Maddie, notó que estaba ardiendo y sudaba, y fue a buscar a Rain a la habitación. La chica salió con los ojos casi cerrados por el sueño que había conseguido conciliar bastante tarde.

—¿Qué pasa? — le preguntó preocupada saliendo del cuarto sólo vestida con una camiseta de manga corta de Sasha que había usado como pijama.

—Maddie tiene mucha fiebre. Tenemos que hacer algo — dijo Al casi temblando. La ola de tristeza que inundó su rostro al mirarla le encogió el corazón. Era la primera vez que lo veía tan asustado.

Rain entró a la habitación y Al la siguió. Maddie temblaba y tiritaba mientras él daba vueltas a los pies de la cama como un tigre enjaulado repitiendo que había que llevarla a un hospital. En un acto instintivo, Rain levantó la manga que cubría el brazo de Maddie y encontró lo que estaba buscando, pequeñas heridas de pinchazos. Se lo mostró a Álvaro, que se quedó mirando horrorizado comprendiendo lo que su amiga intentaba decirle.

—Trae un antitérmico y algo para el dolor, y llena la bañera de agua fría. Es síndrome de abstinencia — dijo.

—Rain... — dijo Álvaro casi sin poder hablar, el dolor reflejado en sus ojos.

—¡Rápido! Es un mono. Lo he visto demasiadas veces.

Sasha apareció en la habitación medio dormido y echó a correr hacia el cuarto de baño para llenar la bañera.

A duras penas consiguieron darle los medicamentos a Maddie y meterla en el agua fría.

—No sé lo que le habrá estado inyectando, pero ha debido ser algo muy

fuerte. — dijo Rain mientras Álvaro, arrodillado en el suelo junto a la bañera estudiaba las heridas de los brazos de Maddie, pasándole las yemas de los dedos por encima. Cuando la fiebre empezó a bajar, por fin abrió los ojos enrojecidos y vidriosos y vio a Rain y a Álvaro junto a ella.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? — preguntó sin recordar nada de lo sucedido.

Al cogió una enorme toalla y la sacó del agua para envolverla en ella y llevarla de vuelta en sus brazos a la habitación, donde la dejó caer suavemente en la cama. Pesaba tan poco que le produjo un escalofrío, y no paraba de temblar repitiendo que tenía mucho frío.

—Tranquila. Te podrás bien. Estás en casa.

Rain salió del cuarto cerrando la puerta con mucho cuidado y a Al lo único que se le ocurrió para que Maddie entrara en calor fue quitarse la ropa, dejándose únicamente unos bóxers y después de frotarla con la toalla se metió en la cama con ella, abrazándola con toda la fuerza que pudo, pero con mucho cuidado de no hacerle daño. Estaba congelada, y parecía tan pequeña y tan vulnerable, que sintió una pena infinita por ella. En un rato su plan surtió efecto y Maddie recuperó la temperatura y abrió por fin los ojos de nuevo.

—Al...

—Shhhhh...No hables, duerme. Tienes que descansar.

—Tienes que llevarme con Andrew... — susurró ella con voz apenas audible.

—Eso no va a pasar — dijo él firmemente apretando las mandíbulas hasta casi hacerse daño.

—Él tiene mi medicación. No puedo dejar de tomarla o volverán las alucinaciones y las voces.

Álvaro respiró profundamente antes de susurrarle al oído:

—Mañana lo arreglaremos. Ahora intenta dormir un poco.

—Te he echado tanto de menos...

—Y yo a ti, preciosa, y yo a ti. — contestó con gesto amargo besándole la mejilla.

Cuando la luz del sol deslumbró a Álvaro al día siguiente, lo primero que hizo fue darse la vuelta y suspirar al ver a Maddie aún dormida a su lado. Se puso el pantalón que usaba para andar por casa y salió a preparar un café. Sorprendentemente, Sasha y Rain estaban dormidos en el sofá. Al pensó que seguramente se habían quedado allí por si él necesitaba algo mientras cuidaba de Maddie. Fue Sasha el primero en abrir los ojos y entrar tras él a la cocina.

—¿Qué tal está Maddie?

—No lo sé. Ahora está dormida, pero tengo miedo de que el ataque de ayer vuelva a repetirse. Necesitamos saber lo que Andrew le estaba dando y cómo podemos limpiar su organismo de esa mierda. — dijo dando un sorbo a su taza.

—Alguien tiene que haberle recetado la medicación, o sea, algún médico la ha estado tratando... espero — fijo Rain.

—¿Qué significa eso?

—Venga, Al. No seas ingenuo. Hay muchas drogas en la calle que pueden tener ese efecto en una persona: letargo, cansancio, incapacidad para tomar el control... Y los pinchazos son una prueba de que puede que le haya estado metiendo algo ilegal.

Álvaro soltó aire con fuerza y entró de nuevo en su dormitorio. Se sentó en la cama y despertó suavemente a Maddie tocándole el pelo y la cara. Sus ojos al abrirse eran todo lo que él necesitaba ver para sentirse mejor.

—Hola. — dijo ella en voz baja.

—Hola. Necesito que me ayudes.

—¿A qué? — preguntó sin intentar incorporarse.

—Necesito saber la medicación que tomabas y quién te la proporcionaba.

—Andrew me llevó a ver a un amigo suyo psiquiatra. No recuerdo el

nombre, pero sé que es el Dr. Martin. Me incluyó en un estudio experimental para tratar mi enfermedad.

Entonces se sentó en la cama. Ahora, a la luz del día, parecía aún más pálida y demacrada que el día anterior. Al la abrazó con fuerza.

—Debiste confiar en mí, Maddie. Hubiera hecho cualquier cosa por ayudarte.

—Por eso me fui. No podía soportar la idea de arruinar tu vida con esto. — decía ella entre sollozos sin atreverse a mirarlo.

—Te quedarás aquí con Rain — le dijo levantándole la barbilla con los dedos para mirarla a los ojos — Sasha y yo vamos a buscar a ese médico. Tenemos que saber todo sobre este asunto. Rain sabrá cuidar de ti.

—Dichosa cría... — sonrió ella débilmente.

—Si no hubiera sido por ella...Yo no me molesté en averiguar qué pasaba... — dijo Al amargamente, mirándola fijamente, a punto de dejar caer las lágrimas.

—No, Al. No te sientas así. Fui yo quien me aseguré de que no me buscarías, tenía que hacerlo.

—Sí, pero lo mismo hiciste con Rain, y ella no ha parado de buscarte.

—A ella no le hice daño... Simplemente me marché.

Maddie limpió con sus dedos las lágrimas que recorrían las mejillas de Al y él le tomó las manos y las besó.

—Ahora tengo que irme. No quiero que vuelvas a sufrir un ataque como el de anoche. Volveré en cuanto sepa algo.

Para cuando Álvaro abandonó la habitación, Rain ya iba camino de ella con una bandeja de comida:

—Hay que hacer que coma, está muy débil. — dijo dándole un beso a Al en la mejilla mientras pasaba a su lado.

En el salón, Sasha tecleaba en su móvil mientras esperaba que su amigo apareciera.

—¿Listo?

—Listo. Vámonos. Ve buscando un tal Dr. Martin, psiquiatra. Espero que no haya muchos. Es muy famoso, al parecer.

Sasha siguió mirando su móvil mientras bajaban las escaleras.

—¡Aquí está! Sólo hay uno. Vamos a la estación de Bayswater.

Al cabo de una media hora, estaban delante de un edificio alto del centro de la ciudad mirando todos los carteles del portal donde se anunciaban quienes ejercían allí. Cuando entraron en la clínica, una chica les sonrió desde el mostrador de recepción.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles?

—Necesitamos hablar con el Dr. Martin. Es acerca de una paciente suya – dijo Sasha.

—¿Tienen cita? Hoy tiene la mañana bastante ocupada.

—No. No tenemos cita. Pero es un asunto muy grave. Si no hablamos con él ahora, quizás volvamos con la policía.

La enfermera, sorprendida, pulsó el botón de la consulta y le dijo al doctor que dos hombres querían verlo y que era un asunto muy importante.

—En cuanto salga el paciente que hay dentro, pueden pasar. – les informó.

Cuando por fin entraron en la consulta, se encontraron con un médico más mayor de lo que esperaban. Al ser amigo de Andrew se habían imaginado que sería alguien joven, pero se trataba de un hombre de más de sesenta años, a juzgar por su aspecto.

—Buenos días, señores. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Necesitamos información sobre una paciente suya.

—Me temo que no puedo facilitarles esa información.

—Si no nos la facilita a nosotros, tendrá que enfrentarse a la policía con una orden judicial – amenazó Al acercándose a la mesa. Sasha lo cogió de la camisa y tiró de él hacia atrás.

—Bueno, está bien ¿De quién se trata? — preguntó el hombre algo alarmado.

—Magda Tovar – dijo Sasha, que aún conservaba cierta calma.

El médico se sentó delante de su ordenador y revisó un instante sus archivos hasta que encontró el nombre que le habían dado.

—Aquí está. Ya creo que la recuerdo. Es la novia de un conocido mío. ¿Ha pasado algo? – se detuvo un instante mirando fijamente la pantalla antes de volver a hablar – Pero ella no es mi paciente. Vino a un par de consultas y le hicimos dos o tres pruebas. Todo dio negativo.

—¿Cómo? – exclamó Álvaro. —¿Y por qué la incluyó en un grupo de tratamiento experimental?

—Yo no hice tal cosa. Una vez le di los resultados a Andrew, ya no volví a verlos más.

—¡Maldita sea! – exclamó Al dando un fuerte golpe sobre la mesa.

—Muchas gracias, doctor. Es todo lo que necesitábamos saber.

Sasha agarró a Álvaro por los hombros y lo sacó de allí. Estaba en lo cierto, no había medicamentos. Probablemente le había estado inyectando cualquier tipo de droga a la que pudiera tener acceso con facilidad. Su principal problema ahora era averiguar cuál era, o acompañar a Maddie en su descenso a los infiernos cuando el síndrome de abstinencia volviera a aparecer.

Una vez en casa, Sasha llamó a Rain, que respondió desde el dormitorio y fuero hacia allí.

—¿Qué pasa? – dijo Al viendo a Maddie acostada en posición fetal y sudando, como entrando y saliendo de un trance.

—Ha vuelto a pasar. ¿Qué sabéis?

—Nada.

—¿Nada? – exclamó Sasha— ¿Te parece poco haber descubierto que Maddie no está enferma?

Rain se puso en pie de un salto.

—Según el médico, no le pasa nada y no tenía que tomar ninguna medicación. Al ser amigo de Andrew, le dio a él todos los resultados de las pruebas.

—¡Hijo de puta! – gritó Rain. – La ha tenido así para que no pudiera marcharse. Al, eso es un secuestro. ¡Es un delito! Hay que denunciarlo inmediatamente. ¿Quién sabe qué más le habrá hecho! – Al decir esto último, Rain se llevó las manos a la boca.

Sasha la tomó de las manos y, retirándolas de sus labios, le dijo:

—Tenemos que llevarla al médico, hay que averiguar cómo parar esto.

Rain pareció ausente unos instantes.

—Quizás no haga falta llegar a eso, al menos por el momento. Venid – dijo dirigiéndose al salón.

Una vez se sentaron los tres, ella comenzó a explicarles su idea:

—En algunas zonas hay unidades móviles que cuidan de todo tipo de gente marginada, prostitutas, drogadictos. Son médicos y voluntarios, que trabajan para el Sistema Nacional de Salud, solo que, de otro modo, ganándose la confianza de las personas a las que intentan ayudar. Si la llevamos a uno de esos centros, tal vez puedan ayudarnos.

Al no podía dejar de preguntarse cómo había sido la vida de Rain hasta que apareció en la suya para haber aprendido tanto sobre el mundo de las drogas y de la calle. Estaba orgulloso de ella, de lo fuerte que había sido y su orgullo traspasaba ahora mismo su mirada.

—Si queréis, buscamos una ahora mismo. Podemos ir al Soho y dar una vuelta, alguna aparecerá tarde o temprano. — miró a Al — Tenemos que llevarla con nosotros, Al. Tendrán que averiguar lo que ha tomado.

—¿Y cómo lo harán?

—Hay tests de drogas muy rápidos. Cógela en brazos. Tendremos que ir en taxi, llegaremos antes.

Afortunadamente, Maddie pudo ponerse más o menos en para caminar, aunque llevada por Al durante todo el trayecto. Recorrieron en taxi la zona hasta dar con una de las ambulancias donde varios voluntarios repartían preservativos a las afueras de una zona boscosa de la que entraban y salían las prostitutas que se ganaban allí la vida. En cuanto los vieron llegar, los dos chicos supieron que no estaban ante un caso como los que solían ver habitualmente. Fue Rain, al ser más joven, la que primero habló con ellos y elaboró sobre la marcha una historia creíble para que ellos se hicieran una idea de lo que necesitaban. Los chicos condujeron a Maddie al interior de la ambulancia donde le hicieron un análisis de sangre para averiguar el tipo de droga que recorría sus venas, aunque a simple vista, la chica ya había intuido de cual se trataba.

—Lo sabía. Tiene todo el aspecto y los síntomas. Narcótico, en cantidades industriales.

Rain soltó un poco de aire antes de preguntar:

—¿Cómo lo hacemos?

—Metadona — dijo esta vez el chico — Y un control exhaustivo mientras la está tomando. Reducirá los síntomas del mono y le permitirá ir limpiándose poco a poco.

Al, que había permanecido fuera de la ambulancia todo el tiempo dejando que Rain se entendiera con los voluntarios, no podía creer que alguien fuera capaz de hacerle a una persona de quien se supone que estaba enamorado, lo que Andrew le había hecho a Maddie. Al cabo de un rato, Rain bajó de la ambulancia y entre los dos chicos ayudaron a Maddie a bajar.

—Le hemos dado una dosis, y tendrás suficiente con lo que te hemos dado

para unos días. Pero tendrás que volver a por más, es la única forma de que nos aseguremos que estáis siguiendo nuestras indicaciones, y de que no vuelva a recaer.

—No va a recaer. Te lo aseguro.

Rain estuvo tentada durante todo momento de contarles a los voluntarios cómo había llegado Maddie a esa situación, pero prefirió inventarse una depresión, un despido del trabajo, y unas cuantas cosas más que la habían llevado a consumir sin que ellos lo supieran. Si hubiera dicho la verdad, los enfermeros habrían tenido que levantar un atestado con lo sucedido y seguramente la hubieran internado en alguna clínica, y ninguno de ellos quería volver a perderla de vista. Ya en casa, tumbada en el sofá de Álvaro, Sasha y Rain decidieron quedarse en el piso de ella para que ellos tuvieran más intimidad. Se despidieron con un fuerte abrazo de Al, que parecía estar en otro mundo desde que había recuperado a Maddie.

—Si nos necesitas, llámanos. Nos vamos a casa a dormir, estoy hecha una mierda.

Al preparó un poco de sopa de pollo casera. Tenía que conseguir que Maddie fuera recuperando el apetito poco a poco y recordó que eso era lo que le cocinaba su madre cuando él estaba débil o enfermo. Al olor del caldo, Maddie olfateó y dijo:

—¡Oh, Dios! Parece que estoy en casa de mi abuela.

Al soltó una carcajada y se sentó en el suelo, delante de ella.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Cansada, entumecida, pero creo que mejor.

Álvaro le acarició el pelo y le pasó el dorso de la mano por la cara. Ella sucumbió a su tacto y cerró los ojos.

—Maddie... — lanzó un suspiro en el que parecía haber dejado escapar su alma.

—Lo siento mucho, Al. — ella empezó a llorar.

—No, no, no. — dijo limpiándole las lágrimas con las manos — Tienes que recuperarte y estar fuerte. Ya hablaremos de todo cuando estés bien. ¿Sabes la buena noticia? No estás enferma. No te estás volviendo loca.

Maddie frunció el ceño en una confusión absoluta.

—¿Cómo? ¿Qué? — balbuceaba confundida.

—Es cierto. No estás enferma. Ha sido todo una historia de Andrew para mantenerte a su lado.

—Pero...el doctor Martin, las medicinas...

—El doctor Martin le dio a Andrew los informes. Todos negativos. No había nada en ninguna de las pruebas. Le dijo que podría ser el inicio de una depresión o quizás el estrés, pero que no tenías ninguna enfermedad mental.

Maddie no logró articular palabra. Un horrible calor la invadió de la cabeza a los pies y le provocó vértigo. ¿Quién es capaz de hacer algo así? ¿Quién puede llamar amor a mantener a alguien a tu lado a base de miedo y engaños? La sombra de la decepción cruzó un instante delante de su mirada. Había confiado en Andrew porque él la conocía, porque era el único que sabía toda su historia y la de su familia, y había creído ciegamente que iba a ayudarla en el trance que la vida le había puesto en el camino.

—Álvaro... — los ojos de ella se volvieron a llenar de lágrimas — ¿Cómo ha podido hacerme esto? He pasado semanas tomando drogas que no necesitaba, tengo lagunas en la memoria, ni siquiera sabía en qué día vivía hasta hoy. ¿Por qué? — una sospecha apareció en su mente que no quiso ni mencionar. ¿Habría Andrew aprovechado su estado para satisfacer sus más bajos instintos sin que ella lo supiera? ¿Por qué si no iba a tenerla prácticamente dormida la mayor parte del tiempo? ¿Por qué retener a su lado a una mujer con la que no compartía nada?

La pregunta abandonó sus labios sin que pudiera detenerla:

—Álvaro, ¿crees que...crees que Andrew podría haberme...?

No tuvo tiempo de terminar la frase porque la mirada de Al se había oscurecido como la noche cuando la idea entró en su mente como un relámpago. No se le había ocurrido en ningún momento porque él jamás hubiera sido capaz de algo así, pero ahora, el cruel fantasma de la duda había sentado plaza en su cabeza y no descansaría hasta averiguarlo.

—Deberíamos haber ido a un hospital – dijo al fin – Te habría reconocido un médico. Habría que hacerte un test de embarazo...

El gesto de Maddie palideció por completo. ¿Embarazo? Ni en un millón de años se le había ocurrido verse en esa situación. Pero si había una sola posibilidad de que Andrew la hubiera violado, también podría haberla de lo otro.

—Eso puedo hacerlo yo misma – de repente se sintió avergonzada y aquel sentimiento traspasó su mirada cuando se clavó en la de Al de nuevo.

—Maddie...Ni por un momento se te ocurra pensar que esto es por tu culpa. Tu único error ha sido confiar en la persona equivocada. Lo que él haya hecho es su responsabilidad y no te quepa la menor duda – y al decir esto le levantó el rostro suavemente con su mano – de que pagará por ello.

Al se levantó y le trajo un cuenco con sopa que sabía de sobras que ella no iba a querer probar, pero si no comía, no se pondría mejor, así que tuvo que poner todo su empeño en que tomara algo.

—Ahora tienes que comer. Aunque no tengas hambre, sólo un poco, ¿vale?

—No tengo hambre. No creo que pueda comer nada.

—Tienes que intentarlo – casi suplicó al decirlo — Estás muy delgada y muy débil, y tu cuerpo necesita mucha fuerza ahora para recuperarse. Sólo un poco de sopa, por favor. Te prometo que no te ofreceré nada más.

Finalmente ella asintió y cogió la cuchara, haciendo con ella círculos dentro del cuenco, como intentando encontrar el momento de llevársela a la boca.

—¿Cómo puedes ser tan fuerte? – le preguntó, sin esperar una respuesta en realidad.

Al escuchar el zumbido de su móvil, Al lo miró y vio que era una llamada de Diana. Lo cortó. Al cabo de unos minutos, la situación se repitió.

—¿No vas a contestar, Al? – dijo ella soltando el cuenco en la mesa y volviendo a tumbarse.

—No. Tranquila. Es trabajo. Ya lo arreglaré mañana. Ahora a la cama.

La ayudó a levantarse y ella procuró llegar sola hasta la habitación y meterse en la cama. Tenía mucho sueño y su cuerpo se le antojaba pesado e hinchado, a pesar de lo que le había dicho Al. El móvil de Al volvió a sonar y esta vez contestó:

—Diana, ¿qué quieres?

—Estaba preocupada por ti. Llevas días desaparecido. Tus amigos tampoco me cogían el teléfono. ¿Pasa algo?

—Es una historia muy larga. Ya te llamaré y te contaré.

—Si quieres puedo pasarme por tu casa.

—No. Yo te llamaré mañana, no te preocupes. Estoy muy cansado.

En aquel momento, Álvaro supo que tendría que hablar con Diana cuanto antes para que supiera cómo estaba la situación. Tenía la impresión de que la joven estaba más interesada en él de lo que era capaz de admitir, y ahora, con Maddie de nuevo en su vida, fuera lo que fuera lo que habían tenido, ya no existía. Al se fue al cuarto de su amigo a dormir. Si necesitaba algo era una noche de sueño profundo y reparador. Aún no había amanecido cuando saltó de la cama como si el diablo en persona lo hubiera arrancado de ella.

No había logrado dormir todo lo que hubiera querido, entrando y saliendo de sus sueños invadidos por imágenes de Andrew aprovechando la debilidad de Maddie para tocarla o invadir su intimidad sin que ella fuera ni siquiera consciente. Tenía una cuenta que saldar con él y sabía que no podría volver a dormir tranquilo a no ser que lo hiciera. Se dio una ducha y abandonó el piso en absoluto silencio cuando las primeras luces del día entraban por la ventana. Era aún temprano cuando llegó a casa de Andrew. A esas horas estaría aún en casa, si

es que no había intentado desaparecer. Cuando vio luz en su piso, tuvo la esperanza de que todas sus preguntas obtendrían respuesta de una manera o de otra.

Andrew miró por la mirilla antes de abrir y dudó un instante, pero no tuvo tiempo de pensar demasiado porque Al había empezado a golpear la puerta diciendo que sabía que estaba allí y que tuviera el valor de abrirle. Para evitar un escándalo en todo el edificio, abrió y se apartó dejándolo entrar.

—Tengo unas cuantas preguntas dando vueltas por mi cabeza y no voy a irme de aquí hasta que tenga las respuestas. — su voz, empapada de ira y rabia, ni siquiera le sonó familiar al otro hombre., que se colocó en pie junto a la mesa, apoyándose en ella con una mano, intentando mantener una compostura que amenazaba con abandonarlo por momentos.

Al continuó:

—¿De dónde salieron las alucinaciones de Maddie?

—¿Te ha hablado ella de su amigo Daniel?

—No.

—Fue su mejor amigo durante muchos años. Murió en un accidente de tráfico hace bastante tiempo. Ella misma me lo contó una vez y me enseñó fotografías. Yo no lo recordaba, pero curioseando en las carpetas de mi ordenador me las encontré. Ahí surgió la idea. Contraté a alguien que se parecía muchísimo para que se dejara ver por los lugares que ella frecuentaba. Nunca demasiado cerca, para que no pudiera verlo con total claridad.

Al se llevó las manos a las sienes al tiempo que preguntaba:

—¿Tú te estás oyendo? ¡Eres un psicópata! ¿A qué persona normal se le ocurriría algo así?

—A alguien que ha perdido lo que más amaba.

—¡Vete a la mierda! Lo que tú has hecho no tiene nada que ver con el amor, y no va a quedar impune. En cuanto Maddie se recupere un poco iremos a

la policía. No importa lo que hagas, ni dónde te escondas. Vas a pagar por lo que has hecho.

Andrew siguió hablando como si no hubiera oído nada de lo que Al le había dicho, enfrascado en sus propios recuerdos.

—Contraté a otro hombre para que le diera un mensaje en el metro diciendo que viniera a verme, y luego fingí que yo no sabía nada. Es curioso lo fácil que fue que se lo creyera todo, como si estuviera convencida de que tarde o temprano perdería la razón y sólo necesitara un pequeño empujón que lo confirmara, como si toda su vida hubiera estado esperando ese momento. Si tú no lo hubieras estropeado todo, si tu amiga no hubiera estado metiendo la nariz donde no la llaman... Debiste haber muerto en aquel atropello.

Álvaro ni siquiera había vuelto a pensar en el accidente, pero ahora todo tenía sentido. Si él hubiera muerto, probablemente Rain y Sasha no hubieran puesto tanto empeño en averiguar dónde estaba Maddie, y Andrew hubiera ganado la partida.

—¡Maldito cabrón! — Al no pudo contenerse y se lanzó contra Andrew propinándole dos puñetazos que lo tiraron al suelo. Él no lo vio venir y no tuvo tiempo de defenderse. Se levantó limpiándose los labios de algo caliente y denso que enseguida supo que era sangre y le devolvió un par de golpes a Álvaro. Antes de que pudieran darse cuenta, se habían enzarzado en una lucha cuerpo a cuerpo que ambos habían estado deseando desde hacía mucho tiempo. Fue cuando Al lo cogió por el cuello y lo empujó contra la pared, llevado por una fuerza que sólo podía venir de la rabia que sentía por lo que Maddie había sufrido en aquel mismo apartamento, cuando la pelea alcanzó su cénit. Mirándolo fijamente a los ojos, despeinado, y con incipientes moratones en la cara, le preguntó enfurecido:

—Te lo voy a preguntar sólo una vez. ¿Has abusado de ella mientras estaba drogada?

Los ojos de Andrew se abrieron como si quisieran abandonar sus órbitas antes de contestar.

—¡No! No le he tocado ni un pelo. Lo único que yo quería era que no

volviera a marcharse. Te lo juro, no la he tocado.

Álvaro dejó de apretarle la garganta y lo empujó. Andrew aterrizó esta vez en el sofá y decidió no volver a levantarse.

—Tendrás noticias de su abogado. Prepárate para pasar mucho tiempo en prisión.

Se dio la vuelta para marcharse mientras se apretaba una mano con la otra en un intento de calmar el dolor que la inminente hinchazón le estaba provocando.

¿Por dónde íbamos?

Diana daba sorbos lentos a su te mientras miraba por el cristal de la cafetería esperando ver aparecer la figura de Álvaro. Por fin había conseguido quedar con él para satisfacer su curiosidad y, sobre todo, para volver a verlo. Lo había echado muchísimo de menos, más de que lo pensaba admitir, y eso que habían sido sólo unos días. Cuando lo vio abrir la puerta sonrió. Venía mojado, probablemente porque el último chaparrón lo había cogido por sorpresa. Debía ser el único habitante de Londres que se negaba a ir por ahí con un paraguas. Él la divisó enseguida y se dirigió hacia ella con su eterna sonrisa en los labios y ese brillo de sus ojos verdes que lograba encenderla en todos los sentidos simplemente con mirarla. Cuando lo tuvo más cerca fue cuando Diana pudo notar los moratones de su rostro.

—Hola – saludó Al sentándose frente a ella.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has peleado con alguien? – dijo Diana pasándole la yema de los dedos por la mejilla.

—Esta última semana está siendo un poco dura – contestó él sin darle importancia al gesto de ella.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes algún problema?

—No. No es un problema.

Al se mantuvo en silencio unos instantes, pero luego decidió que la mejor manera de decir lo que tenía que decir era rápida y directamente. Así que soltó:

—Maddie ha vuelto – su tono era calmado.

Diana no contestó enseguida, una enorme bombilla roja se había encendido en su mente, pero tenía que evitar a toda costa que su miedo se reflejara en su rostro.

—Mmmm. Así que ha vuelto. ¿Y esos moratones y los de los nudillos tienen algo que ver con eso?

—Es una historia muy larga. En realidad, no se había marchado por voluntad propia, por decirlo de una forma sencilla. — añadió él sabiendo que la verdad era demasiado cruda como para contársela y que lo entendiera, y que, después de todo, prácticamente no eran ni siquiera amigos, pues en sus encuentros habían compartido más bien su necesidad de no sentirse solos.

—Supongo que tengo que alegrarme por ti, aunque, la verdad, se me acaba la diversión.

Al sonrió y al hacerlo, sus pestañas parpadearon un par de veces lentamente.

—Hay por ahí cientos de hombres que matarían por divertirse junto a ti, lo sabes.

—No me interesan. Lo siento — dijo ella con una sonrisa floja. — Me había acostumbrado a lo que teníamos. Nuestras charlas, nuestras copas, nuestros momentos de sexo explosivo. — al mencionar lo último le lanzó una mirada provocadora.

—No seas exagerada. ¿Explosivo? — y soltó una carcajada.

—No lo soy, Álvaro. Es muy difícil conectar con alguien en todos los aspectos, y es muy fácil acostumbrarse a lo bueno cuando se encuentra.

Álvaro empezaba a sentirse incómodo, lo cual se reflejó en todo su cuerpo, en su postura, en su mirada. Daba la impresión de que ya había dicho todo lo que había venido a decir y quería marcharse.

—Disculpa. No quería hacerte sentir mal.

—Podemos seguir siendo amigos. — sugirió a sabiendas de que aquello no iba a ser posible.

—No creo que se me diera bien. Me gustas demasiado. — afirmó ella rotundamente.

Él, de nuevo, prefirió guardar silencio, hasta que se dispuso a marcharse del local.

—En fin, si me necesitas, sabes dónde encontrarme. — le dijo guiñándole un ojo y luego se inclinó para darle un beso en la mejilla. Ella no dijo nada más.

Lo vio caminar hacia la calle, levantándose el cuello de la chaqueta para protegerse del viento mientras pensaba que acababa de perder a alguien muy importante para ella y que ni siquiera se lo había dicho. ¿Para qué? Él estaba loco por Maddie. Cuando lo conoció sólo hablaba de ella, y cuando dejó de hacerlo, para Diana fue mucho peor, porque supo que la había idealizado en algún rincón de sus recuerdos, a pesar del daño que le había hecho. Y seguía loco por ella. Había vuelto y él simplemente le había abierto de nuevo su vida y su corazón. Pensó cuántas veces le hubiera gustado tener ese efecto sobre cualquiera de los hombres con los que había estado. Se levantó, pagó su té y salió de la cafetería a la calle, donde ya estaba diluviando de nuevo.

Cuando Álvaro volvió a casa, Maddie estaba dormida en el sofá y se despertó en cuanto escuchó el sonido de la puerta al cerrarse.

—Hola — dijo restregándose los ojos — ¿Qué hora es?

—Las cinco. Siento haberte despertado. No sabía que estabas ahí.

—No lo sientas. Necesito abrir los ojos de una maldita vez. ¿Qué te ha pasado en la cara? — dijo incorporándose con gesto alarmado.

Al se sentó a su lado y ella le puso la mano en la mejilla, donde él se apoyó un instante antes de contestarle:

—No es nada. Sólo...Sólo fui a decirle un par de cosas a Andrew.

Cuando él puso su mano sobre la de ella, Maddie vio sus nudillos hinchados y morados y no preguntó nada más. Lo que hubiera pasado, probablemente había empezado el día en que ella y Álvaro se enamoraron y no había acabado aún. No acabaría hasta que Andrew diera con sus huesos en la cárcel.

Desde que Maddie estaba en su casa, no habían tenido mucho tiempo para hablar. Ella rara vez se encontraba despejada, y él no quería agobiarla con nada para no influir en su recuperación. Sin embargo, ahora que se había sentado en el sofá justo en el hueco que dejaban sus pies, le acarició la pantorrilla lentamente

de arriba a abajo mientras la miraba ausente.

—¿Te encuentras bien, Al?

—Sí. ¿Por qué?

—No sé. Pareces distraído.

—Maddie... tenemos tantas cosas de las que hablar...

Ella se incorporó dispuesta a sentarse en el sofá.

—No. No tenemos por qué hablar ahora – se disculpó él – Necesito que estés totalmente recuperada para saber qué piensas hacer sobre lo nuestro.

Maddie no podía creer que después de todo lo que había pasado, aún quisiera estar con ella. Jamás dejaría de sorprenderla. Ella intentaba recuperarse para averiguar cómo retomar su vida y cómo agradecerle todo lo que había hecho por ella y ahí estaba él, como si nada hubiera pasado, esperando saber si aún había posibilidad de algo entre ellos. Se acercó a él y apoyó su cabeza en su hombro sin decir nada.

—Si no estuviera tan horrorosa, te daría uno de esos besos de película y te dejaría sin respiración.

Él sonrió divertido:

—No estás horrorosa. Un poco flaca y pálida, pero podré soportarlo.

Entonces la miró fijamente y la distancia entre ellos desapareció como por arte de magia, fundiéndose en un beso largo y cálido, de los que sanan las heridas del alma. Cuando se separaron un poco, Álvaro le tomó la cara entre las manos:

—Te quiero, Maddie. Nunca he dejado de quererte. Ni siquiera cuando creía que me habías dejado para volver con Andrew. Nunca he querido a nadie como a ti.

Ella lo miró y le apartó el mechón rebelde que le caía sobre la frente.

—Yo también te quiero, Álvaro. Por eso no podría soportar que no fueras

feliz. Eres la mejor persona que he conocido en mi vida.

Sasha, abriendo la puerta del salón, soltó divertido:

—¡Oh, vamos, ya estamos otra vez! Espera a que se recupere, hombre.

Todos rieron divertidos. Rain se había quedado abajo comprando algo de comida para la cena.

—¡Dios, Sasha, cómo te he echado de menos! – dijo Maddie lanzándose a darle un tierno abrazo.

—Lo sé, lo sé. Es este acento. No sé qué tiene que os vuelve locas a todas. Por mí no os cortéis, yo sólo he venido a coger unas cosas de mi habitación.

A los pocos minutos salió de nuevo de su cuarto con un portátil, unos auriculares y unas cuantas cosas más y se despidió de ellos.

—Maddie – preguntó Álvaro cuando estuvieron de nuevo a solas. — ¿Por qué no me has hablado nunca de Daniel?

Ella miró un momento al suelo y se humedeció los labios antes de hablar.

—Era mi mejor amigo, mi vecino, fuimos juntos al colegio y al instituto. No hay mucho que contar, la verdad. No recuerdo ni un solo momento de mi infancia o mi adolescencia en que él no aparezca. Está en mis fotos de cumpleaños, en las de los días que compartíamos en la piscina, en la playa, en las pocas que conservo de mi familia. Fue mi apoyo, más que un hermano. Yo ya vivía aquí cuando una amiga me llamó para decirme que había tenido un accidente y había muerto. – Maddie rompió a llorar – Después de tantos años, aún no puedo hablar de él sin llorar. Lo quería muchísimo. Ni siquiera fui al entierro porque así me parecía casi mentira que aquello hubiera sucedido. Después, sin embargo, fui a ver su tumba en más de una ocasión. Ni después de haberme convencido de que había muerto pude dejar de hablar con él a través de un diario y luego mediante mails que me enviaba a mí misma en los que le contaba todo lo que me iba pasando porque así me parecía que lo sentía conmigo ¿Quién te ha hablado de él? – preguntó limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Álvaro le cogió las manos entre las suyas.

—Andrew. Me dijo que había contratado a alguien para que se hiciera pasar por él.

Ella recordó horrorizada las veces que había creído ver a su amigo entre la multitud, o mirando a su ventana desde la calle, o reflejado en algún escaparate.

—¿Por qué fuiste a ver a Andrew? — preguntó pasándose los dedos por las sienes, como si intentara borrar los últimos meses de su memoria.

—Me aterraba la idea de que pudiera haber abusado de ti cuando no podías defenderte. Me dijo que no y lo creí, porque aunque sea de una manera terriblemente enfermiza, está enamorado de ti. Tenía que decirle que íbamos a ir a por él, que lo que había hecho recibiría el castigo que se merecía. ¿Te acuerdas del hombre del metro, el que te dio un mensaje de su parte?

Ella asintió.

—También lo contrató él. Intentaba hacer que dudara de ti misma. Se aprovechó de tu miedo más grande para que acudieras a él en busca de ayuda... Mi atropello también fue cosa suya.

Aquella última frase bastó para que Maddie decidiera que Andrew tenía que pasar mucho tiempo en prisión. Aún sentía escalofríos recordando a Álvaro sobre las rodillas de Sasha intentado atrapar una bocanada de aire.

—Tienes razón, Álvaro. Esto no se va a quedar así. Haré todo lo que esté en mi mano para que vaya a la cárcel.

Una sola mirada de él bastó para que Maddie supiera dos cosas. La primera, que su sufrimiento había terminado, y la segunda, que nunca jamás nadie volvería a hacerle daño.

Álvaro fue a cambiarse de ropa para ponerse algo más cómodo y una idea lo asaltó a traición. Si quería que todo volviera a ser como antes entre Maddie y él, sin secretos, sin mentiras, tendría que contarle tarde o temprano su relación con Diana. Ese pensamiento logró ponerlo nervioso al imaginar cómo reaccionaría ella. Tenía todo el derecho a enfadarse porque se había lanzado a los

brazos de otra mujer poco tiempo después de que ella se marchara y a él no le bastaba como excusa que Maddie lo hubiera dejado. Pero no iba a pensar en eso esta noche, porque esta iba a ser la noche de la mujer que había sido tan generosa como para marcharse al pensar que él sufriría si se quedaba a su lado. Esta noche abrirían una botella de buen vino y disfrutarían juntos de la cena que trajera Rain porque tenían que celebrar que Maddie había vuelto con ellos, y que, de alguna manera, eso suponía que por fin el universo había recuperado un poco de sentido.

El tratamiento empezaba a dar sus resultados y Maddie se fue sintiendo mucho mejor según pasaban los días. Sin que nadie hubiera propuesto nada abiertamente, había vuelto a vivir con Rain. Una preciosa mañana de domingo, Álvaro pensó que sería muy buena idea ir a dar un paseo al parque y comer algo por allí. Hacía un estupendo día de primavera para disfrutar de algo delicioso y luego tumbarse un rato en el césped a disfrutar de no hacer absolutamente nada. Maddie necesitaba recuperar un poco de color, ahora que por fin habían desaparecido sus ojeras y, sobre todo, el halo de tristeza que había estado empañando su rostro. Dieron un largo paseo hasta el quiosco junto al lago y allí compraron unos sándwiches y unos refrescos para después sentarse en la hierba a la sombra de un árbol. Durante un momento se perdieron en la observación de toda la gente que inundaba el lugar con sus risas, sus chistes, su música, su vida en definitiva. Maddie respiró profundamente sintiéndose afortunada de haber salido de su particular infierno. Finalmente se había atrevido a denunciar a Andrew y a contar todo lo que había sucedido mientras estuvo retenida. Primero lo insinuó brevemente en una de sus visitas a la unidad móvil donde le controlaban el tratamiento, lo que inevitablemente llevó a que la doctora que estaba a cargo de la misma la convenciera de que algo así no podía quedar impune. De hecho, si ella no denunciaba, el equipo médico no tendría más remedio que hacerlo, ahora que sabían lo que había sucedido. Maddie estaba avergonzada pues sentía que había sido una imbécil acudiendo en busca de ayuda a Andrew y luego dejándose engañar sin intentar siquiera averiguar nada sobre su tratamiento y su supuesta enfermedad. Estaba tan convencida de que había comenzado el proceso que llevó a su madre a su desgracia, que no se planteó dudar ni un solo instante. Fue la doctora la que le habló de la facilidad de manipular a alguien como ella, con todo aquel miedo a perder la razón, a hacer daño a quienes la rodeaban. La convenció de que había sido muy fácil para

Andrew hacerla creer que sus peores miedos se habían convertido en realidad y aprovechar su relación personal con su médico para obtener los informes y falsearlos antes de que ella pudiera verlos. Y absolutamente todo aquello constituía un grave delito de secuestro y abuso psicológico. Ahora todo estaba en los juzgados y lo único que ella podía hacer era esperar el momento del juicio para ver cómo Andrew recibía el castigo que merecía.

—Maddie – repitió Álvaro por tercera vez intentando sacarla de dondequiera que se hubiera marchado su mente.

—Perdona... Me he distraído.

—Sí, ya me he dado cuenta. ¿Estás bien?

—Sí. Solamente pensaba en lo afortunada que soy de estar aquí contigo de nuevo – y al terminar de hablar le dio un beso en los labios.

—Yo también me alegro mucho de que todo esté por fin en su sitio.

Álvaro frunció un poco el ceño antes de continuar.

—Hay algo que he querido decirte todo este tiempo. He intentado encontrar el momento, pero en realidad, no creo que haya un buen momento para este tipo de cosas.

—Sabes que puedes decirme cualquier cosa, ¿verdad?

Él agachó un instante la mirada y finalmente clavó sus ojos esmeralda en los de ella.

—No quiero hacerte más daño del que ya te han hecho, Maddie, pero tengo que decirte algo que me está devorando por dentro.

Ella enseguida se alarmó, pero no quiso interrumpirlo por miedo a que no acabara de contarle lo que había empezado.

—Mientras tú no estuviste... No sé cómo decirlo de otra forma, de verdad...

—Álvaro... — dijo ella con mirada interrogante.

—Estuve con otra mujer. — dijo sin dejar de mirarla fijamente.

Maddie se estremeció por dentro, pero no lo aparentó. Reunió las fuerzas suficientes para decir:

—No tienes que explicarme nada, Álvaro. Yo me marché, te dejé. Estabas en tu derecho de salir con quien te viniera en gana.

Sus palabras sonaban frías a pesar de que ella parecía no sentirse demasiado afectada por lo que él le había dicho.

—¿Y qué pasó? ¿Dónde está ella ahora? — preguntó llevada por la curiosidad y un poco por los celos.

—En realidad no fue importante... Fue algo más bien físico. Simplemente le dije que habías vuelto y no nos hemos visto más.

Maddie guardó silencio y le tomó las manos entre las suyas.

—No importa, Álvaro. De verdad. Olvidemos todo lo que pasó entonces. Tenemos que concentrarnos en el presente, que al final es lo único que realmente tenemos.

Él se tumbó en la hierba y ella apoyó la cabeza en sus piernas y se tumbó también en silencio. ¿Quién sería aquella otra mujer? ¿Cómo había entrado en la vida de Álvaro en tan poco tiempo? Él no era de esos hombres que se lanzan a la yugular de la primera mujer que se les insinúa, de hecho cuando se conocieron solía comentar que estaba cansado de ese tipo de relaciones y que buscaba algo real. Sentía una tremenda curiosidad, pero no quería preguntar más para no hacerlo sentir incómodo, aunque sí sabía de dónde podía obtener toda la información que necesitara: Sasha y Rain, sobre todo ella, que no sabía guardar un secreto. Lo extraño era que no le hubiera dicho nada todavía.

Por la tarde, mientras Álvaro trabajaba en casa, Maddie fue al restaurante donde trabajaba Rain a intentar sonsacarle algo de información sobre la tal Diana. Justo cuando llegó a la barra, Rain preparaba café.

—Vaya — dijo Maddie — Veo que lo tienes todo listo para la cena.

—¡Mira quién ha venido! ¡Tienes muy buen aspecto! – dijo apoyándose sobre la barra para elevarse y darle un beso a su amiga. — ¿Un café? Estrenamos cafetera.

—¡Vale!

—¿Qué te trae por aquí a estas horas? Creía que estarías con Álvaro todo el día.

—Tenía que trabajar – dijo Maddie frotándose los labios – Lo he dejado en casa con no sé qué proyecto. Además... — al decir esto último se detuvo un instante – Quería preguntarte algo.

Rain colocaba la taza con el café sobre la barra cuando su amiga se atrevió a decir:

—¿Quién es Diana?

La joven cogió su taza y la miró con gesto resignado dejando escapar un suspiro casi imperceptible.

—Sabía que tarde o temprano me preguntarías por ella. ¿Quién te ha hablado de Diana?

—Álvaro.

Rain arqueó las cejas en gesto de sorpresa.

—Entonces ya sabes quién es, ¿no?

—Sí, pero no me ha dicho gran cosa. Sólo que ha sido algo así como una relación puramente física.

—Te ha dicho la verdad. – Rain dio un sorbo intentando ganar tiempo, a sabiendas de que la conversación solamente acababa de empezar.

—Pero tengo curiosidad. ¿Dónde la conoció? ¿Cómo llegaron a... bueno... a eso? Álvaro no es el hombre más lanzado que conozco, y tú lo sabes.

—Maddie...No tiene ninguna importancia. En realidad no tenía por qué

haberte dado ninguna explicación, tú te habías marchado.

Maddie torció el gesto. Eso mismo llevaba ella diciéndose desde el momento que Álvaro mencionó a la tal Diana, sin embargo, sentía una especie de curiosidad morbosa y Rain era la única que sería capaz de contarle algo.

—¿No te vas a ir hasta que te lo cuente, verdad? — preguntó Rain pasándose la mano por su pelo corto.

—No.

—Se la presentamos nosotros. Sasha la conocía de un canal de televisión local y Álvaro estaba muy deprimido desde que te fuiste. Pensó que sería una buena idea que conociera a alguien, que se animara un poco. Y Diana se lanzó en picado en cuanto lo vio. Fue acoso y derribo, en serio. No pretendo disculparlo, ya te he dicho que no creo que te deba ninguna explicación, pero fue así. Y bueno, se vieron unas cuantas veces, una cosa llevó a la otra... — Rain intentaba acabar la conversación con todo el disimulo de que era capaz, pero Maddie volvía otra vez al tema.

—¿Cómo es?

—Maddie...

—Es curiosidad, en serio.

—Pues no es muy especial físicamente, no muy alta, de complexión media, pelo largo castaño...yo diría que del montón. Pero es simpática y abierta y, por lo visto, sabe muy bien lo que quiere.

Maddie permaneció en silencio un momento y acabó su café. De repente, se puso en pie y se despidió de Rain, que la observó marcharse mientras rumiaba que esto no había acabado aquí y que le iba a caer una buena bronca por parte de Sasha por haber vuelto a irse de la lengua.

Aquella noche, a Maddie le costó bastante conciliar el sueño pues su mente se había empeñado en inventarse imágenes de Al con una chica como la que le había descrito Rain. Sabía perfectamente cómo era él en la intimidad, así que no le costó demasiado trabajo montarse su propia película donde los dos hacían el

amor como sólo Álvaro sabía hacerlo, a veces lentamente, otras salvaje, pero siempre dándolo todo en cada beso, en cada caricia, en cada mirada de aquellos ojos que ella imaginaba totalmente inundados de deseo perdiéndose en las pupilas de otra que no era ella. Sabía que no tenía derecho a pedir explicaciones, y sin embargo, no había manera de cerrar el hueco que se había abierto en su estómago desde el mismo instante en que escuchó el nombre de aquella otra mujer.

Rain masticaba su trozo de bizcocho como si no hubiera tomado nunca nada parecido mientras Maddie ni siquiera pestañeaba observándola devorarlo.

—Rain, deberías aprender a comer.

—Ya sé comer, ¿no lo ves?

—Comes como si alguien te fuera a quitar la comida – rio Maddie.

—Una nunca sabe cuándo va a volver a comer algo tan delicioso.

La mujer volvió a sonreír y dio un sorbo a su café latte con los ojos cerrados. Al abrirlos, notó que Rain masticaba mucho más despacio y tenía la vista fija en algo que había a su espalda. Maddie se giró y vio cómo una mujer joven, de pelo largo, castaño y flequillo, sonreía ampliamente mientras abría sus brazos para abrazar a Rain.

—¡Qué alegría verte! ¿Qué haces por aquí?

Rain dejó el bizcocho en el plato para levantarse y abrazar a la joven.

—¡Diana! Pues, verás...Me he acordado del bizcocho de zanahoria que sirven aquí, y no he podido resistirme.

El sonido de aquel nombre envió escalofríos desde la nuca hasta los dedos de los pies de Maddie. ¿Qué probabilidades habría de que esta Diana fuera otra y no la que había estado con Al en su ausencia?

—Maddie – dijo Rain dirigiéndose a ella apretando los labios en gesto resignado – Ella es Diana, una amiga. Trabaja en un estudio de los que frecuenta Sasha.

A pesar de su sorpresa Maddie se levantó y le tendió la mano sentándose inmediatamente intentando evitar cualquier contacto visual con ella.

—¿Os importa si me siento con vosotras a tomarme el té? Esto está abarrotado.

Rain asintió y se movió hacia la pared en su banco de madera para dejar sitio a la otra chica, que se sentó tras coger su bebida de la barra.

—Parece mentira que estemos en verano. Ahí fuera está lloviendo a mares. — dijo intentando romper un poco el hielo. No había podido resistir la tentación de ver de cerca a la mujer que había vuelto para arrebatarse a Álvaro. A juzgar por la expresión de ambas, ninguna de las dos era una desconocida para la otra, y Diana supuso que Al no había querido ocultarle su relación. Lo conocía demasiado bien como para saber que no le mentiría a la mujer que más quería. El móvil de Rain sonó y para cuando ella descolgó ya no había nadie al otro lado, así que se disculpó diciendo que tenía que salir un momento a devolver la llamada, pues era del trabajo. Las dos mujeres se quedaron a solas y Diana no desperdició la oportunidad.

—¿Así que tú eres la famosa Maddie?

—¿Famosa? Me halagas — dijo ella mirando a uno y otro lado como si pidiera que se la tragara la tierra.

—Te imaginaba diferente. No sé, quizás más espectacular, como una modelo o una actriz de cine, aunque en realidad Álvaro nunca te describió físicamente.

Genial. Álvaro. No habían estado ni un minuto a solas y ya había sacado su nombre a relucir. La conversación se preveía interesante. En aquel momento Maddie supo por qué todos decían que Diana sabía muy bien lo que quería y que no tenía pelos en la lengua para pedirlo. Maddie miró de nuevo hacia el escaparate suplicando mentalmente que su amiga volviera para acabar con esta situación que le estaba resultando tan incómoda.

—No deberías jugar con un hombre como él.

—¿Perdona? — digo Maddie tensando su expresión.

—Vienes, te vas, vuelves... ¿No se te ha pasado por la cabeza que quizás le estés robando la oportunidad de ser feliz junto a otra persona?

—No voy a contarte mi vida. No te conozco lo suficiente. Y déjame decirte que Álvaro ya es mayorcito. Sabe cuidar muy bien de sí mismo.

—Bueno, No seré yo quien te lleve la contraria, pero no me costó demasiado meterlo en mi cama. Y si no hubieras vuelto tan pronto, ¿quién sabe si lo habrías recuperado?

—Mira – dijo colocándose en su asiento en actitud agresiva – Lo mejor de los hombres como él es que pocas veces entregan su corazón, no importa cuántas veces se acueste con alguien. Es obvio que no ha tenido que decidir entre tú y yo. Si quieres jugar a algo, juega tú solita.

Diana se defendió:

—Yo no soy la mala aquí. Lo único que hice por él fue sacarlo a flote cuando tú lo dejaste completamente hundido.

—Se ve de lejos que estás muy dolida porque no esperabas que Al dejara de verte en cuanto yo aparecí. Lo de que eres la mala, lo has dicho tú, no yo.

—¿Sabes cuánto me costó que volviera a confiar en alguien? Tardó semanas en atreverse a quedarse a solas conmigo.

—¿Y qué pretendes? ¿Qué te de las gracias?

—Sólo quiero que sepas que aunque significó más para mí que yo para él nunca me sentí con nadie como con él.

—Pues bienvenida al club. Ahora sabes por qué preferí marcharme antes que hacerle daño, y por qué ahora que sé que fue la peor decisión de mi vida, no pienso volver a irme a ninguna parte sin él.

En aquel momento Rain entró de nuevo y se quedó de pie un momento junto a la mesa mientras se arrepentía profundamente de no haberse detenido a observar a través del escaparate antes de entrar, porque no lo hubiera hecho. La tensión se palpaba en el ambiente. Diana se levantó y se despidió con gesto

frustrado dejando a las dos amigas envueltas en un silencio espeso que ninguna sabía cómo romper.

—¿Qué te ha dicho? No le hagas demasiado caso. No es mala chica, pero está más dolida de lo que es capaz de reconocer.

—Lo sé. Rain, no voy a dejar escapar a Álvaro después de todo lo que hemos pasado juntos. De hecho, estaba pensando en alguna forma de compensarlo – dijo con una sonrisa pícaro en los labios – Creo que es un buen momento para retomar lo nuestro.

—¿Cómo que retomar? – preguntó Rain.

—Bueno, no hemos tenido tiempo para nosotros desde que volví, pero ahora ya estoy recuperada y Álvaro ha dejado de mirarme como si me fuera a romper. Me gustaría darle una sorpresa.

—¿Y me lo cuentas por?

—Porque se me ocurrió que sería una buena idea salir a cenar, escuchar algo de música, bailar pegados...

—¡Calla, zorrón! Si sigues hablando así me vas a poner cachonda hasta a mí.

—Sé que hay que reservar con muchos meses de antelación en el restaurante donde trabajas, pero si pudieras...

—¡Claro que puedo! Sobre todo si eso va a servir para que dos buenos amigos míos tengan una noche de lujuria y desenfreno – bromeó la joven. – Además, así verás mi nuevo repertorio: Adele, Amy Winehouse, Sia...

Pagaron sus cafés y caminaron de vuelta a casa, Rain cogida del brazo de Maddie.

—Nunca te he dado las gracias. – dijo Maddie.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por no haber dejado nunca de buscarme. Si no hubiera sido por ti...

—Maddie, Álvaro estaba muy dolido, y cuando creyó que habías vuelto con Andrew los celos no lo dejaron pensar con claridad. Y Sasha...él estaba dolido por su amigo.

—Gracias – dijo Maddie dándole un abrazo y un beso en la mejilla. No conocía a nadie de la edad de Rain con aquel aplomo y aquella madurez, con su determinación.

—¡Se acabaron los dramas! Cómprate un vestido bonito y unos taconazos. Quiero que Álvaro se quede sin respiración cuando te vea.

—Te aseguro que lleva tanto esperando este momento que se queda sin respiración incluso cuando me ve en pijama.

Ambas estallaron en una sonora carcajada.

Maddie siguió el consejo de su amiga y se compró un precioso vestido azul eléctrico y unos zapatos de tacón beige, que guardó con mucho cuidado de que Al no los descubriera y esperó pacientemente a que su amiga le confirmara la reserva. Álvaro estaba emocionado con la idea de una cita con Maddie, sobre todo porque sabía que si ella había estado organizando todo esto era porque empezaba a superar todo lo que le había sucedido.

La noche de su cita, cada uno se visitó en su casa para sorprender al otro. Cuando Maddie bajaba las escaleras hacia el portal, con su precioso vestido, su pelo suelto y su bolso en la mano, Al ya estaba abajo esperándola y un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en lo preciosa que estaba después del infierno que había vivido. ¿Cómo había podido pensar alguna vez que era frágil? Él llevaba un traje gris oscuro, una camisa granate y una corbata a juego, pero lo que de verdad lo hacía atractivo era el brillo de sus ojos esmeralda recreándose en la belleza de la mujer que ahora mismo se dirigía hacia él. Se había atrevido a traer un ramo de rosas porque sabía que Rain las pondría a buen recaudo en cuanto llegaran al restaurante.

Maddie soltó una risita casi infantil cuando se colocó frente a él y se puso de puntillas para darle un ligero beso en los labios.

—¿No crees que nos hemos puesto demasiado elegantes para

prácticamente cruzar la calle?

Él sonrió también. ¡Cómo había echado de menos su risa! La tomó de la cintura y juntos caminaron los pocos metros que los conducirían hasta su destino. Mientras bajaban las escaleras que daban acceso al enorme salón del restaurante, la voz aterciopelada de Rain cantando Smooth operator, de Sade los rodeó. Nada más entrar, los recibió su figura casi etérea sobre el escenario, sujetando el micrófono, enfundada en un precioso vestido plateado y brillante, con zapatos de tacón a juego, su pelo corto y moreno sólo adornado por unos pequeños cristales brillantes aquí y allá. Álvaro no podía dejar de mirarla orgulloso mientras retiraba la silla de Maddie para que ella se acomodara. No conocía a nadie, famoso o no, con el chorro de voz y la capacidad para cantar casi cualquier cosa que sabía que Rain poseía.

—Me encanta que hayamos salido – dijo Maddie una vez estuvieron los dos frente a frente. Al le guiñó un ojo. – Gracias.

—No empieces con eso. Ya me ha dicho Rain que vas por ahí dando las gracias a diestro y siniestro. – Bajó la mirada sintiéndose avergonzado – No es que yo me las merezca demasiado.

Ella extendió sus brazos sobre la mesa hasta alcanzar sus manos y las tomó entre las suyas.

—Álvaro, ya hemos hablado de eso. No te lo puse fácil.

Una vez sus copas estuvieron llenas de vino, Al levantó la suya:

—Por los nuevos comienzos.

—Por los nuevos comienzos – brindó Maddie. — ¿Sabes? Ni siquiera me importa lo que le pase a Andrew. A medida que pasan los días, es como un mal sueño que se va desvaneciendo poco a poco.

—A mí sí me importa. No pararé hasta que lo vea en la cárcel pagando por todo lo que te ha hecho.

Maddie decidió que no quería que el fantasma de Andrew se sentara con ellos aquella noche en su primera cita de la nueva etapa que estaban empezando y

enseguida cambió de tema contándole el último tropiezo de Sasha arreglando su tostadora. Al río a carcajadas, y su risca, fresca y sincera, acarició sus oídos. Llevaba toda la semana preguntándole cómo se había quemado las yemas de los dedos, y acababa de descubrirlo.

El champán del postre encendió una luz especial en los ojos de ambos, que salieron a bailar como dos adolescentes en celo, locos por tener contacto físico, por sentirse, por embriagarse del aroma del otro. Maddie apoyó su mejilla en el pecho de Al, sintiendo los latidos de su corazón, y él apoyó la suya sobre el pelo de ella empapándose del olor a lilas de su perfume. Las manos de ella rodeando su cuello, las de él en su cintura y el vaivén lento de sus cuerpos apretados fueron demasiado afrodisíaco y en un par de canciones los dos estaban deseando marcharse a donde pudieran estar solos y dar rienda suelta a lo que estaban sintiendo. Fue Maddie quien tomó la iniciativa tomándolo de la mano y escabulléndose entre el público hasta salir del local. Los besos empezaron en el portal, y el desatarse de las manos y los labios casi los deja sin respiración para subir los tres pisos hasta el apartamento de Maddie. A oscuras, en el primer rellano, Álvaro la aprisionó entre la pared y su cuerpo, colocando sus brazos como barrera para que no tuviera escapatoria posible y la besó como si le fuera la vida en ello, como si jamás volviera a tener la oportunidad de hacerlo. Paseó las manos por su cuerpo, dejándolas caer sobre la parte baja de su espalda entre ligeros jadeos provocados por la excitación del momento y la anticipación de lo que la noche les prometía. Ella correspondió, pero tiró enseguida de él entre risas deseando llegar a un lugar seguro. Una vez dentro del piso de ella, no fueron capaces de contenerse y aterrizaron sobre la alfombra del salón, quitándose la ropa desesperadamente el uno al otro, como siempre, Álvaro torpe con la cremallera, tuvo que pedirle que acabara de quitarse el vestido ella misma, y se alegró enormemente, pues no recordaba haber visto una forma más sexy de salir de un vestido y bajarse de unos zapatos de tacón. Él se dejó caer lentamente al suelo de espaldas, con ella encima, sin parar de pasear sus manos por su espalda, su cintura y sus caderas, subiendo por fin hasta sus pechos y perdiendo un poco más el ritmo de la respiración sólo con mirarla desnuda sobre él dejándose llevar por el huracán de sensaciones que la invadían al ver el rostro de Al, hirviendo de deseo, sudoroso, hambriento, las pupilas dilatadas y los labios entreabiertos. No dejaron de mirarse ni un instante, ambos perdidos en las caricias y el rostro del otro.

—Álvaro... — gimió ella suavemente sin poder articular palabra.

Al ya se había perdido en su cuello, en su pelo, pasando sus manos por su nuca y bajando por su espalda, entrando en ella dulce y lentamente y permitiéndole marcar el ritmo mientras sonreía junto a su oreja al notar que la excitación insoportable que se había apoderado de él no estaba siendo más benévola con ella, a juzgar por sus jadeos. Por lo demás, el silencio más absoluto reinaba a su alrededor y si hubiera podido pensar quizás se le hubiera ocurrido que hoy todo estaba siendo distinto a las otras veces que se habían compartido el uno con el otro, más silencioso, más íntimo. Maddie se movía sobre él emitiendo unos gemidos apenas audibles, como si hubiera entrado en una especie de trance, ahora con los ojos cerrados. De repente su cuerpo se volvió rígido por completo y se sacudió una y otra vez dejándose llevar por la sensación que se había forjado en su vientre y que amenazaba con hacerla estallar en pedazos. La respiración de Álvaro se volvió rápida y entrecortada, envuelto por aquel silencio y apretando las caderas de Maddie con una fuerza que sabía que dejaría marcas, pero que no podía contener. Unos sonidos incoherentes, unos jadeos y el calor y la humedad que lo envolvieron de repente mientras sentía cómo el cuerpo de ella había decidido llevarlo consigo en su ascenso hicieron que sus movimientos también se volvieran erráticos y enterró su rostro entre sus pechos hasta que sus cuerpos decidieron volver a recuperar el control. Álvaro se dejó caer sobre la alfombra viendo cómo el cuerpo de Maddie se desplomaba sobre él con la respiración agitada, sin poder articular palabra. Ella se echó a reír y él le levantó el rostro con mirada curiosa.

—¿De qué te ríes?

—Esta vez no hemos conseguido llegar hasta la cama.

—Tranquila, esto sólo ha sido el primer asalto.

Ella volvió a apoyar la cabeza sobre su pecho y respiró profundamente. Tenían todo el tiempo del mundo para estar juntos.

Cuando los primeros rayos de sol entraron por la ventana del dormitorio, Maddie abrió los ojos y se estiró, con cuidado de no despertar a Álvaro. Había algo que quería hacer desde hacía mucho tiempo, pero había estado tan ocupada que no había tenido tiempo de ponerse a ello. Se fue a la cocina, y lo primero que

hizo fue prepararse un café y abrir su portátil para escribir con una sonrisa en los labios: “Querido Daniel”. Y le contó todo lo que no le había contado desde la última vez que le escribió, recordando cada momento, cada detalle, y dejando caer una lágrima al despedirse de él, como siempre, hasta el próximo mail: “Te seguiré contando cómo me va todo, porque tú sigues conmigo cada día, porque te llevo en mi corazón. Con cariño, Maddie”.

FIN